
HARLEQUIN
Jazmín
Directo al corazón
Natasha Oakley

Directo al corazón

Natasha Oakley

Directo al corazón (2008)
Título Original: Wanted: White wedding (2008)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2214
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Daniel Ramsey y Freya Anthony

Argumento:

Padre soltero busca esposa…

El modo en que Daniel Ramsey luchaba por criar solo a su hija hizo que Freya recordara el pasado. A pesar de su apariencia salvaje, Freya siempre había soñado con casarse vestida de blanco y un «felices para siempre». Quizá porque así había podido escapar de los problemas de su hogar.

Ahora que era una mujer adulta, bella y con éxito, sabía que podía ayudar a Daniel y a su hija, pero tenía miedo de acercarse demasiado a ellos porque aún ocultaba demasiados secretos. ¿Sería posible que después de tantos años hubiera conocido a un hombre capaz de adentrarse en su corazón?

Capítulo 1

Freya se mordió la lengua para no soltar un improperio y volvió a preguntar si había alguien allí mientras sus ojos recorrían las filas de viejos sofás y cómodas. Siguió sin recibir respuesta. No se oía nada en el edificio salvo el taconeo de sus zapatos en el suelo de hormigón.

—¿Sr. Ramsey? ¿Hay alguien? —Se detuvo y examinó la sala de subastas. Contuvo la respiración y volvió a mirar la larga fila de armarios llenos de cachivaches. ¿Dónde estaban todos? El lugar parecía desierto.

Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora y comenzó a dar patadas en el suelo para que se le calentaran los pies. Aquella forma de hacer negocios era una locura. Tenía que haber alguien encargado de hablar con los posibles clientes. Un portero era lo habitual.

No había esperado que en un sitio como Fellingham hubiera algo similar a Sotheby's o Christie's, pero aquello era ridículo. Puesto que nadie la recibía, saldría de allí y echaría un vistazo a la guía, donde, sin duda, encontraría alternativas más prometedoras.

Si no fuera porque… Frunció el ceño. Si no fuera porque Daniel Ramsey había conseguido convencer a su abuela de lo maravilloso que era…

Doce años de dura experiencia la habían convencido de que cualquiera que pareciera «demasiado bueno para ser verdad» era justamente eso. El problema era que se necesitaría una nueva guerra mundial para que la anciana cambiara de opinión. Se sacó una mano del bolsillo y miró el reloj. ¿Dónde estaba Daniel? Quería verlo a solas, juzgar qué clase de hombre era sin que su abuela estuviera presente.

Dio un paso hacia atrás y chocó con una caja que había en el suelo. Maldijo en voz baja y se inclinó para quitarse el polvo de los pantalones. ¿Qué negocio era aquél? Fuera cual fuera, Daniel Ramsey no era un hombre de negocios. La sala de subastas estaba llena de objetos sin valor.

Frunció la nariz ante el olor a humedad. El señor Ramsey a duras penas se ganaría la vida con aquello. Por eso había hecho lo

imposible por congraciarse con su abuela. En cuanto tenía un rato libre iba a charlar con ella y a tomar la tarta de limón que preparaba.

Era indudable que la había engatusado. Según su abuela, sus habilidades iban de exterminar ratones a cambiar una bombilla. Y, por supuesto, era un experto en antigüedades: lo sabía todo sobre ellas. A juzgar por las muestras que había a su alrededor, ella lo dudaba. En su opinión, el don que tenía Daniel era el de interpretar correctamente a una anciana que quería deshacerse de una serie de cosas que no apreciaba, pero que a él le supondrían una elevada comisión.

Se fijó en una puerta pintada de verde donde se leía Oficina. Volvió a mirar el reloj. Estaba perdiendo el tiempo de forma estúpida. Si la oficina no estaba cerrada, le dejaría una nota diciéndole que la llamara por la tarde.

No era lo que había esperado, pero era mejor que nada. Y siempre cabía la posibilidad de que se estuviera preocupando sin motivo. Tal vez a Daniel Ramsey le gustara de verdad hacer compañía a su abuela y careciera de razones ocultas. Solo que su escepticismo habitual le indicaba que era poco probable. Llamó a la puerta con los nudillos y la empujó.

Se detuvo a la vista de la alfombra gastada y el desorden que allí reinaba. No había otra manera de definir la mezcla de muebles y cuadros que estarían mejor en un contenedor que en una sala de subastas. ¿Qué era aquello? ¿Una especie de oficina de objetos perdidos? ¿Una trapería? Se abrió paso entre los muebles y se detuvo ante un escritorio de roble. Se preguntó cómo podía alguien trabajar en medio de aquel desorden y si Daniel Ramsey sería capaz de encontrar una nota entre todos aquellos trastos.

Freya dejó el bolso en el escritorio. El sonido del teléfono la sobresaltó. Como estaba acostumbrada a contestar a todas las llamadas que recibía en cuestión de segundos, se puso nerviosa al dejarlo sonar. Estaba a punto de agarrar un bolígrafo del escritorio cuando la puerta de la oficina se abrió de golpe.

—¿Quiere hacer el favor de contestar? El teléfono. Apunte el mensaje —gritó una voz masculina—. Tardaré un minuto.

—Yo…

—¡El teléfono! ¡Conteste!

Freya se encogió de hombros. ¿Qué más daba? Al menos dejaría de hacer aquel ruido infernal.

—Subastas Ramsey —dijo con la vista fija en la puerta cerrada.

—¿Eres tú, Daniel?

Obviamente, no. Se frotó los ojos al darse cuenta de lo cómico de la situación.

—Lo siento, el señor Ramsey no se puede poner en este momento. ¿Quiere que le diga algo?

—Dígale que le ha llamado Tom Hamber, guapa.

Freya enarcó una ceja mientras agarraba un papel para apuntarlo. En otras condiciones le habría dicho a Tom Hamber que no la llamara «guapa», incluso que aunque podía transmitir un mensaje, no estaba segura de querer hacerlo.

—¿Lo ha apuntado? ¿No se le olvidará?

—Ha llamado Tom Hamber —respondió ella en tono seco—. Creo que me acordaré.

—Dígale que tengo que hablar con él antes del mediodía.

—Le dejaré una nota —si la encontraba o no, era su problema.

—Nada más, guapa.

Freya colgó. De una cosa estaba segura: no iba a consentir de ninguna manera que su abuela vendiera nada de valor por medio de aquella empresa de locos. Miró el desorden reinante en el escritorio y puso la nota al lado del teléfono.

—Gracias.

Freya se dio la vuelta y tuvo que alzar mucho la vista para encontrar unos ojos castaños que la miraban. Dado lo alta que era, más con tacones, no era habitual que tuviera que hacerlo.

¿Por qué se sentía tan bien haciéndolo? Probablemente habría algún argumento freudiano para explicarlo. Aquel hombre debía de medir casi dos metros. Y aquellos ojos… Oscuros, de color castaño oscuro e increíblemente atractivos.

—Estaba sosteniendo el extremo de una mesa y no podía soltarlo.

—Ya —dijo Freya apartando la mirada.

—¿Ha anotado el mensaje?

—Sí. Era Tom Hamber. Quiere hablar con Daniel Ramsey antes del mediodía.

—No hay problema.

A Freya la invadió la más terrible de las sospechas.

—Soy Daniel Ramsey —dijo el hombre sonriendo.

Freya se quedó sin suelo bajo los pies. Aquél no podía ser Daniel Ramsey. Se había hecho una imagen de él muy distinta a partir de lo que le había dicho su abuela. Mucho más provinciano. Más…

Bueno… menos, para ser sinceros. Mucho menos atractivo. Daniel Ramsey era un hombre a cuyo lado no le importaría despertarse un domingo por la mañana.

—Ha llegado un poco tarde —dijo él, y volvió a sonreír mientras se limpiaba las manos en la parte trasera de los vaqueros—. No se preocupe. Llego sobre las ocho y media, pero le dije a la agencia que a las nueve y media estaría bien.

Extendió la mano y ella hizo lo propio de manera automática. Su anillo de casado lanzó un destello. Era evidente que un hombre con aquel aspecto no podía estar libre. Nunca lo estaban, aunque lo fingieran.

Una conocida sensación de insatisfacción se apoderó de ella. Era sorprendente la cantidad de hombres que decían que estaban separados cuando lo único que los separaba de su pareja era una distancia geográfica y temporal.

Estaba harta de aquello, harta de jueguecitos.

Daniel se inclinó y abrió el cajón inferior del escritorio.

—La llave de la otra oficina está aquí. Voy a enseñarle dónde está todo. Luego tengo que irme a la granja Penry-James.

—No…

—¿Qué es lo que no ha entendido? —preguntó él mientras se erguía.

—Lo he entendido perfectamente, pero no pertenezco a ninguna agencia. Soy una posible cliente.

—¡Vaya! Lo siento mucho. Creí que…

—Que era otra persona —no había que tener la agilidad mental de Einstein para darse cuenta.

Los ojos de él se iluminaron risueños, y ella tuvo que luchar contra la atracción que experimentaba en su interior.

—Será mejor que volvamos a empezar.

Ella experimentó una sensación de extrañeza inexplicable cuando, por segunda vez, se estrecharon la mano. Se dio cuenta de que tenía las manos bonitas, fuertes y con las uñas bien cortadas. Y

su voz era como sumergirse en un tonel de chocolate.

Pero no está libre, le recordó la parte lógica de su cerebro. Y, además, si en realidad no estaba tratando de explotar a su abuela, iba a aprovechar al máximo la oportunidad que se le presentaba.

—Debe de haber creído que estaba loco. ¿Le ha dicho Tom lo que quería?

—No.

—Entonces, si no es de la agencia, ¿qué desea? —Su sonrisa se hizo más ancha, y ella no pudo evitar que se le contrajera el estómago.

—No soy yo. Es mi abuela —respondió ella en tono innecesariamente cortante mientras trataba de recuperar el control. Inspiró profundamente y dejó escapar el aire, que se transformó en vaho—. ¿Hace aquí siempre tanto frío?

—En verano, no —se apartó y encendió una estufa—. El calor puede llegar a resultar muy desagradable.

—¡Este frío es lo que es muy desagradable!

—Porque la ventana de esta habitación no se abre —continuó él como si Freya no hubiera hablado—. Se ha pintado demasiadas veces.

Ella no dijo que conseguir que una ventana se abriera era muy fácil de solucionar; en cualquier negocio normal, claro.

—Supongo que debería hacer algo al respecto —añadió él.

—Yo lo haría.

Él se echó a reír. Freya lo miró sobresaltada. Hacía mucho tiempo que alguien se había atrevido a reírse de ella. Observó los reflejos de ámbar en sus ojos risueños y tragó saliva.

Era una persona imprevisible. Se había hecho una imagen de él y se había aferrado a ella con tanta fuerza que le resultaba difícil cambiarla ante el ser real.

—¿En qué puedo ayudar a su abuela?

—Tiene algunos objetos que quiere vender, y me gustaría que un profesional los tasara.

—¿Puede traérmelos?

—No es fácil. Son muebles grandes.

—Entonces iré a por ellos —sorteó los montones de cajas apiladas y se sentó a su escritorio. Tomó un bolígrafo.

—Hoy, si es posible.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó asintiendo.

Freya vaciló. Aún no estaba dispuesta a decírselo. Llevaba tres días en Fellingham y ya estaba más que harta de la reacción de la gente cuando oía su nombre. Por la forma en que enarcaban las cejas, no le quedaba más remedio que suponer que en el folclore local era la encamación de la depravación.

No debería importarle; de hecho, no le importaba. Pero la ira que le producía seguía en su interior y no dejaba de importunarla a pesar de los éxitos que había logrado.

—Mi abuela es Margaret Anthony.

Daniel entrecerró ligeramente sus atractivos ojos. Si ella no hubiera aprendido a reconocer las reacciones de la gente, probablemente no se habría dado cuenta, ni tampoco del instante de silencio que se produjo después.

—Entonces, usted es Freya Anthony.

—Así es.

Él abrió una gran agenda negra y apuntó el nombre de su abuela al final de una larga lista.

—Tendrá que ser alrededor de las cinco. Hoy tengo mucho trabajo.

—Está bien.

Él alzó la vista, pero sus ojos ya no sonreían. Algo se marchitó dentro de ella. A pesar de no conocerla, ya se había formado una mala opinión de ella. Por descontado. ¿En qué estaba pensando? La red de cotilleo de Fellingham funcionaba a toda marcha, y no hacía falta ser muy imaginativo para adivinar lo que él habría oído decir de ella.

—¿Sigue su abuela pensando en vender los jarrones?

—Sí.

—¿Y?

—Quiero asegurarme de que le ofrezcan el máximo posible por ellos —dijo Freya mientras le sostenía la mirada con la intención de intimidarlo—. Creo que una pareja intacta es muy valiosa.

—Puede serlo. Lo único que se necesita son dos coleccionistas que tengan muchas ganas de poseerlos. Creo que pueden ofrecerle mil libras.

—¿Y en Londres?

—Posiblemente más —contestó él encogiéndose de hombros. No

se inmutaba ante sus preguntas—. Pero la diferencia se está reduciendo debido a Internet. Los buenos coleccionistas buscan en la Red.

—No sabía que tuviera una página web.

—La estamos creando.

—Pero estará en la fase inicial —dijo ella con desdén—. Así que aún no resulta muy útil —se alzó el cuello de la cazadora para darse calor. No le importaba lo que pensara de ella. Lo único que le importaba era su abuela, e iba a hacer todo lo posible para que no la engañaran ni le hicieran daño. Ni él ni nadie—. Le diré a mi abuela que lo espere.

—Trataré de ser lo más puntual posible.

—Estaremos las dos —le dedicó una rápida sonrisa antes de agarrar el bolso y salir de la oficina.

Capítulo 2

Así que aquélla era la famosa señorita Anthony. Daniel observó el movimiento de sus caderas mientras salía… porque no pudo evitarlo. Tenía unas piernas muy largas, de las que podían enroscarse dos veces en tu cuerpo. Luego oyó el ridículo taconeo de sus zapatos en el suelo de hormigón hasta que el sonido se perdió. Se metió las manos en los bolsillos.

La chica mala de Fellingham no era exactamente como se la había imaginado. El nombre de Freya le sentaba bien. Alguien que se llamaba como la diosa escandinava del amor y la belleza tenía que tener su aspecto.

Jugueteó con la etiqueta de uno de los objetos destinados a la subasta de objetos del siglo XX que tendría lugar aquel mes. La nieta descarriada de Margaret Anthony tenía que ser muy guapa para estar a la altura de una milésima parte de la vida que el cotilleo local le atribuía.

Sin embargo, no esperaba que se apreciara tan claramente en ella la clase que tenía, aunque no entendía por qué, ya que se había enterado de todo lo concerniente a su Audi Roadster unos minutos después de que entrara en el pueblo conduciéndolo. No le debería haber sorprendido el peinado de su cabello rubio ni la ropa de diseño que llevaba.

—Daniel…

Se dio la vuelta.

—Tenemos un problema —el mozo de carga puso la mano en el marco de la puerta—. Esa rubia explosiva quiere que movamos el camión de Pete. No deja salir a su coche. Se ha puesto a gritar.

—Me lo imagino.

—Le he dicho que el conductor está desayunando y que tardará unos veinte minutos en volver, pero le da igual. Dice que, si mi tiempo no vale nada, el suyo es oro. Quiere que lo quitemos ahora mismo.

A Daniel no le resultaba difícil creer que Freya Anthony esperara que las cosas sucedieran cuando y como ella quisiera. No dudaba que le bastaría chasquear los dedos para que el mundo cayera exactamente donde ella quisiera.

—Voy a hablar con ella.

—Será lo mejor. Está que trina.

Daniel sonrió. El cuadro que Bob presentaba era indicativo de lo que suponía que la señorita Anthony haría cuando se le llevara la contraria.

—Muy bien. Ya me encargo yo —Daniel miró el reloj e hizo una mueca. Aquel día todo le estaba saliendo mal. Parecía que iba retrasado desde el momento de despertarse.

—De todas maneras, es muy guapa, ¿verdad? —dijo el mozo.

Así era… si te gustaban las mujeres que te devoraban y luego escupían tus restos.

Daniel salió al patio y examinó cómo estaba aparcado el coche. Se desvaneció su leve esperanza de que Freya pudiera salir dándole indicaciones. Se dirigió hacia ella.

—Lo siento.

—Muévalo.

—A ver si encuentras a Pete y le pides las llaves —dijo Daniel volviéndose hacia Bob.

—¿No tiene otro juego?

—¿Para qué? El camión no es mío —respondió él con calma al tiempo que veía brillar la ira en los ojos de ella. Se volvió de nuevo hacia Bob—. Creo que estará en Carlo's.

Bob asintió y se marchó. Freya emitió un sonido gutural de pura irritación.

—No tardará mucho —dijo Daniel—. ¿Quiere esperar dentro?

—¿Qué diferencia hay? Hace tanto frío aquí como allí.

—Puede usar el teléfono si tiene que llamar a alguien —añadió él.

—Tengo un móvil.

Daniel dejó a propósito que el silencio entre ellos se prolongara. Por muy difícil que ella se pusiera, no iba a conseguir que le siguiera el juego. Al cabo de unos instantes, pareció que había tomado la decisión de tranquilizarse, a pesar de que seguía estando muy tensa.

Al mismo tiempo que observaba que las pequeñas arrugas le desaparecían de la frente, Daniel pensó que estaba muy consentida, que era una mujer que se salía con la suya con demasiada frecuencia y facilidad. Ella dio media vuelta y fue a sentarse en una

valla baja de ladrillo que había detrás de su coche.

Él lanzó una mirada al elegante Audi gris del que tanto había oído hablar.

—Es un coche muy bonito.

—A mí me gusta.

Él sonrió. Era un coche para lucirse, no para ir de un sitio a otro; un coche que no pasaba desapercibido, que causaba envidia, y ella lo sabía. Y seguro que había previsto la reacción que produciría al entrar en el pueblo conduciéndolo.

Se preguntó si todo aquello no sería un juego para ella. ¿Le hacía gracia la idea de volver a su lugar de origen y ofrecer a los chismosos material para sus habladurías? Porque hablar, hablaban. Diseccionaban todo lo que hacía y decía, adonde iba…

¿Le importaba?

Observó las ojeras que tenía y el rictus de su boca. Le importaba. No tenía ni idea de por qué estaba tan seguro.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Todavía no lo he decidido.

—Está muy bien poder elegir —Daniel se sentó a su lado, resuelto a hacer que hablara—. ¿Sigue Margaret pensando en trasladarse a una vivienda vigilada para ancianos?

—Posiblemente —contestó ella encogiéndose ligeramente de hombros—. No hay necesidad de que espere aquí conmigo —añadió.

—No me importa.

—Estoy segura de que… se llama Bob, ¿verdad? Pues estoy segura de que Bob encontrará al conductor de esa cosa —señaló la camioneta blanca— y podré salir antes de la hora de la comida. Vaya a hacer lo que tenga que hacer.

—Pete está en su hora libre, así que seré yo quien la eche hacia atrás. A menos que quiera hacerlo usted.

—No tengo ningún problema.

Daniel reprimió las ganas inesperadas de reírse. Estaba seguro de que lo haría. Le gustaría verlo. Era una lástima que Bob fuera a negarse a entregarle las llaves, ya que Pete le daría una paliza si veía el más mínimo arañazo en su vehículo.

—Me parece que a Pete no le gustaría. Esa camioneta es su orgullo y su alegría.

—Entonces, ¿por qué me lo ha propuesto?

Buena pregunta. ¿Por qué? Daniel le examinó el rostro durante unos segundos. Porque le gustaba ver cómo elevaba la barbilla ante un desafío, la resolución que expresaba su cara y que, cuando no se la retaba, serviría de modelo para la de una muñeca de porcelana.

Freya Anthony tenía las pestañas más oscuras que había visto en su vida, aunque tal vez se debiera a la blancura de su piel. Tenía los ojos azules y una mirada inteligente, precavida, herida…

Se había dado cuenta porque él también se había sentido así. Siempre se establecía un vínculo sin palabras entre dos personas que sabían lo que era sufrir. Hizo un gesto con la cabeza. Había una afinidad entre dos almas que sabían que la vida no era perfecta ni podía serlo. Y, por algún motivo, sabía que aquella rubia lo entendía, que lo sabía con la misma certeza que él.

—Si vamos a estar aquí sentados un rato, ¿quiere que le traiga un café?

—No —se obligó a ser educada y añadió—: Pero eso no impide que vaya usted a prepararse uno si está decidido a hacer de niñera —se puso de pie y dio una patada al suelo.

—No importa. Me quedaré aquí con usted.

—¿Desde cuándo conoce a mi abuela?

La pregunta le sorprendió. O, mejor dicho, su tono hostil. Se encogió de hombros.

—Hace años.

—¿Cómo se conocieron?

Daniel la miró a la cara y observó su gesto de disgusto. ¿Qué le pasaba? Algo la sacaba de quicio y parecía que ese algo era él.

¿Era una persona posesiva? Tal vez no le hubiera hecho gracia descubrir que Margaret había llenado el vacío dejado por su familia, si no del todo, al menos en parte.

—Margaret se interesa por los demás —dijo lentamente—. Y la gente se lo agradece —observó que ella asimilaba sus palabras y que emitía un juicio silencioso.

Ella volvió a golpear el suelo y se dio la vuelta para que no pudiera verle la cara.

—¿Va a tardar Bob mucho más? Esto es ridículo.

—Depende de lo difícil que le resulte localizar a Pete.

—Tengo que hacer cosas que no pueden esperar —dijo ella

girando la cabeza bruscamente.

Daniel volvió a pensar que la única forma de calificar la conducta de Freya Anthony era de «poco razonable» y «consentida». Era muy similar a la de su hija cuando le prohibía algo que «todos los demás» hacían. Pero Mia tenía quince años, por lo que el hecho de comportarse como una niña malcriada tenía mucha más justificación que el que lo hiciera una mujer al final de la veintena… por muy hermosa que fuera.

Al pensar en su hija maldijo para sí y se metió la mano en el bolsillo del abrigo para agarrar el móvil. Se había olvidado de volverlo a encender, lo que implicaba que el instituto no habría podido localizarlo si…

Si querían hablar con él. Dada la mañana que habían tenido su hija y él, era algo inevitable. Hacía poco más de tres años que Anna había muerto y nunca la había echado tanto de menos.

Anna habría sabido qué hacer. Habría tenido con Mia una de esas charlas de madre a hija que recomendaban los libros sobre cómo tratar a los adolescentes.

«Pero quizá Mia no se comportaría como lo está haciendo si Anna no hubiera muerto», pensó. Cerró los ojos. Las cosas eran como eran. Había que seguir hacia delante de la mejor manera posible. No era lo que él habría elegido. Nada era lo que él habría elegido…

Un pitido le indicó que tenía una llamada perdida.

Tuvo un mal presentimiento al presionar el botón para oír el mensaje. Era breve y directo. Daniel se pasó la mano por la nuca.

—¿Algún problema? —preguntó Freya.

—Tengo que hacer una llamada —no debería dejarla allí sola a esperar quién sabía cuánto tiempo más. Daniel vaciló antes de que sus prioridades salieran vencedoras—. Lo siento, de verdad.

—No pasa nada.

—Es del instituto de mi hija…

—No pasa nada —repitió ella y, por primera vez, su mirada perdió dureza y agresividad.

El cambio fue tan espectacular que Daniel dejó momentáneamente de preocuparse por su hija.

—Si tengo que esperar a que Pete acabe de desayunar, esperaré.

Daniel examinó sus ojos en busca de la explicación de un cambio

tan brusco.

—Nos veremos a las cinco —dijo ella volviéndose a sentar en la valla.

—Se lo agradezco.

Freya se sentó en el asiento del conductor y buscó el cacao labial en la guantera. No había hecho nada bien. No solo no había podido juzgar qué clase de hombre era Daniel Ramsey, sino que, después de que él presenciara su forma de comportarse, lo más probable era que creyera que a su abuela había que protegerla de ella. Aquella visita no había resultado como había previsto. Destapó la barra de cacao y se pasó la mano por el pelo. ¿Por qué estaba tan enfadada?

Por lo que sabía, Daniel Ramsey era un buen hombre que trataba de sacar adelante una pequeña sala de subastas en un pueblo. Parecía amable. A fin de cuentas, ¿cuántos hombres de su círculo de conocidos de Londres lo dejarían todo para salir corriendo cuando los llamaran del colegio de sus hijas?

No tuvo que pensarlo mucho: ninguno. No conocía a nadie así.

Cerró la guantera de un golpe. La culpa la tenía aquel espantoso pueblo. Parecía que le impedía dejar de portarse mal; tal vez porque eso era lo que todos esperaban. Cualquiera que fuera el motivo, ella se estaba mostrando a la altura de las expectativas de la gente de allí.

Pete, el conductor de la camioneta, pasó al lado del coche y le dirigió una breve mirada. Era indudable que la actuación de ella aquella mañana se añadiría a sus supuestas faltas. Pero, en aquel caso, buena parte de la culpa era suya.

¿Por qué había creído que volver al pueblo sería una buena idea? Había pensado que su presencia disuadiría a su padre en mayor medida que saberse observado a distancia, pero había algo más, razones complejas que se entremezclaban. El hecho era que estaba a punto de cumplir treinta años y lo estaba viviendo casi como una crisis. Y, además, tenía que demostrar algo, al menos a ella misma: no iba a volver a Londres con el rabo entre las piernas por no caer bien a la gente. Ya lo había hecho antes, y tenía cicatrices que lo demostraban.

Pero al volver a Fellingham se sintió tan criticada como antes. Y,

francamente, al cabo de doce años no había esperado sentirse así. Se daba cuenta de que la paz de espíritu que tanto le había costado conseguir se venía abajo.

Dejaban de tener sentido afirmaciones como «es importante no sentir ira hacia nadie ni nada». ¿Qué quería decir cuando realmente la analizabas? Estaba enfadada, muy enfadada. ¿Y eso de: «no hay que dejar que el pasado determine el futuro»? ¿No era eso lo que le había dicho su terapeuta?

Eran tonterías. Puso el coche en marcha. Era evidente que su psicóloga no sabía lo que era vivir en un lugar pequeño y lleno de chismosos como Fellingham.

¡Claro que el pasado conformaba el futuro! Aunque se tratara de hacer borrón y cuenta nueva, siempre quedaban cosas que seguían influyendo.

Dio marcha atrás para salir al camino y se dirigió a Kilbury sin saber por qué. Entró en el pueblo y condujo hasta el instituto. Era un edificio de los años setenta, achaparrado y feo. Detuvo el coche al tiempo que gruesas gotas de lluvia comenzaban a chocar contra el parabrisas.

En ningún otro sitio se había sentido más desdichada, y no por culpa del instituto. Al mirar hacia atrás se daba cuenta. Todo lo que la había torturado procedía de su interior. Pero, por aquel entonces, había sido una cosa más contra la que rebelarse.

Freya miró el reloj y volvió a arrancar. No tenía sentido quedarse allí sentada recordando lo desgraciada que había sido. Se había engañado al creer que, por el hecho de volver a ver el edificio, se libraría de algunos fantasmas; más bien los había despertado de su letargo.

Tomó la carretera principal hacia Fellingham. Era extraño conducir por allí. Por un lado, le resultaba familiar, pero no del todo. Habían cambiado la cabina telefónica roja por uno de aquellos cubículos transparentes. También había cambiado el nombre de algún bar.

Pero la mayoría de las cosas seguía igual. Lo más probable era que el autobús escolar siguiera saliendo a la misma hora, del mismo sitio e hiciera la misma ruta. Disminuyó la velocidad al llegar a un cruce y observó la parada del autobús que había sido su vía de escape.

No había que tener mucho ingenio para salir por los vestuarios, cruzar por detrás del aparcamiento de bicicletas y tomar el camino principal hasta llegar a la parada del autobús. Desde allí, en veinte minutos llegaba a Olban y a todas las diversiones de una gran ciudad.

Parecía que los tiempos no habían cambiado, pues vio por el rabillo del ojo a una adolescente vestida con el uniforme escolar dando la espalda al viento para encender un cigarrillo.

Mientras se alejaba en el coche se le ocurrió que debía haberse parado. Pero ¿qué le habría dicho a la chica? Uno no podía detenerse y recoger a un adolescente descarriado así como así. Había leyes que lo prohibían. Y si aquella chica era como ella a su edad, le habría echado una bronca por meterse donde no la llamaban.

Pero…

Freya miró por el retrovisor. ¿Debería llamar al instituto? No podía hacerlo. Sería una traición a sí misma. Oyó retumbar un trueno a lo lejos. Unos segundos después vio el relámpago. Volvió a mirar por el retrovisor, pero se había alejado demasiado para ver cómo reaccionaba la chica ante la tormenta. No era el mejor día para hacer novillos.

Le resultaba muy fácil imaginarse cómo se sentiría la chica. Y el frío que tendría. Maldijo en voz baja y dio la vuelta para ver al menos si se encontraba bien. Una cosa era no querer meter a alguien en un lío, y otra, marcharse dejándolo empapado y sintiéndose muy mal.

Llovía a cántaros. A pesar de ello, la chica saltó a la calzada y levantó el pulgar, lo cual facilitó mucho las cosas a Freya. Detuvo el coche.

—¿Te pasa algo? —preguntó mientras abría la ventanilla.

—El autobús se ha retrasado y tengo una cita en Olban —la chica dio una calada al cigarrillo—. ¿Va usted para allá? ¿Puede llevarme?

La lluvia se colaba por la ventanilla abierta y salpicaba la cazadora de Freya. La adolescente estaba en una situación mucho peor. Tenía el abrigo y el pelo empapados.

—¿A qué hora has quedado? —preguntó Freya.

—A las doce y cuarto. He quedado con mi madre en el

McDonald's.

—¿Puedo llamarla por teléfono? —preguntó Freya, que no se había creído ni una palabra—. Quiero estar segura de que no le importa que te lleve.

—No le importará.

—De todas maneras, quiero hablar con ella.

—Me he quedado sin batería —afirmó la chica.

—Podemos usar mi teléfono.

—No me acuerdo del número.

Freya movió las manos con impaciencia sobre el volante. Aquellas cosas no le sucedían en Londres. Siempre estaba demasiado ocupada para fijarse en los demás. Tenía que haber llamado al instituto, y habría vuelto a Fellingham sin sentirse culpable.

—¿Me va a llevar? —La chica dio otra calada y tiró el cigarrillo al suelo—. No voy a fumar en el coche. Y llevo una bolsa de plástico —dijo mientras levantaba la cartera escolar—. La pondré en el asiento para no mojarle la tapicería.

Freya tuvo que contenerse para no sonreír. Aquella chica solo se hallaba en los inicios del mal camino. A su edad, ella no habría dicho nada similar, sino que habría fumado en el coche si creía que eso iba a escandalizar al conductor, y ni siquiera se le habría ocurrido la idea de proteger el asiento.

—Te puedo llevar, pero tengo que llamar al instituto para que se pongan en contacto con tu madre. Necesito que me dé permiso.

—No se moleste —la chica volvió al resguardo de la parada del autobús.

—Es peligroso hacer autostop —afirmó Freya, aunque sabía que no iba a conseguir nada diciéndolo—. Puede pararte cualquiera.

—Pero usted no es cualquiera. Es Freya Anthony. La he visto antes.

—¿Ah, sí?

—Además, todo el mundo habla de usted.

—¿Me dices cómo te llamas?

—¿Me lleva? —contraatacó la chica.

Era como mirarse en un espejo que pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Pero había algo más. Tenía la sensación de haber visto a aquella chica en algún sitio. Aunque tal vez no fueran más que los

fantasmas de su juventud que la acosaban y la hacían recordar.

—Está diluviando, y estoy empapada.

A Freya la distrajo la luz brillante que apareció en el retrovisor. Miró por encima del hombro y vio que una camioneta se detenía. La chica lanzó una maldición y Freya giró la cabeza justo a tiempo de ver que trataba de esconderse. Las luces de la camioneta se apagaron y se oyó un portazo. Freya se dio la vuelta en el asiento y vio, asombrada, que Daniel Ramsey se precipitaba hacia la parada.

«Dios mío», se dijo. Estableció la relación sorprendentemente despacio. No se le había ocurrido que un hombre de la edad de Daniel Ramsey tuviera una hija tan mayor. Pero tenía que ser así. Se veía claramente que estaba muy enfadado.

La mirada de él se cruzó con la de Freya, pero su atención se centró en la adolescente. Fascinada, observó cómo la chica segura de sí misma e insolente se transformaba en otra malhumorada y callada. Apartó la mirada de modo deliberado.

Al verlos a los dos, sintió una extraña punzada de envidia. A ella nadie la había ido a buscar en su vida. Su padre, no, desde luego. Y habría significado mucho para ella que lo hubiera hecho, que, por una vez, ella hubiera sido lo más importante. Irritada, se pasó la mano por los ojos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan afectada por semejantes pensamientos. Ya no le importaba.

Sus padres eran como eran. Lo habían hecho lo mejor que habían podido. La valía personal procedía del interior de uno mismo… Le gustaría poder creérselo en otro plano que no fuera el racional.

—Señorita Anthony, ¿es suyo o de ella? —preguntó Daniel Ramsey con brusquedad. El tono de su voz era airado y tenía los ojos clavados en la colilla que estaba en la acera.

—¿El qué? —preguntó Freya.

—El cigarrillo.

El tono de su voz era duro como el acero, y Freya reaccionó en contra de modo instintivo. ¿Quién se creía que era para dirigirse así a ella? Miró a su hija, que estaba detrás de él, y vio que le pedía ayuda con los ojos.

Y no pudo hacer otra cosa que responder a la afinidad que sentía.

—¿Le causa algún problema?

—Muchos, para serle franco. Pero si no quiere llegar a vieja, no es asunto mío —giró la cabeza—. Mia, sube al coche ahora mismo.

La chica dirigió a Freya una rápida mirada de gratitud antes de hacerlo. Se montó y dio un portazo.

Freya volvió a mirar a Daniel al tiempo que se sentía un poco culpable. Él se mantuvo callado unos segundos mientras trataba de recuperar el control.

—No sé a qué juega, pero si mi hija hubiera subido a su coche, me habría planteado muy en serio denunciarla por secuestro.

—Yo…

—Le recomiendo que, de ahora en adelante, no se meta en lo que no le importa.

Freya se quedó desconcertada ante su forma de atacarla. No le salían las palabras, y eso que decían que tenía una lengua viperina. Al ver la expresión de Daniel cuando pasó conduciendo a su lado, pensó que no le importaría estar en el pellejo de Mia en aquel momento. Aquél era el precio que había que pagar porque te quisieran, porque no le cabía la menor duda de que ése era el motivo que impulsaba a Daniel a obrar así.

De todos modos, no debía haberle hablado en ese tono. Había sido desproporcionado. Por cómo había reaccionado él al decirle cómo se llamaba, había sabido que había oído hablar de ella. Pero ¿qué se pensaba que quería de una adolescente que hacía novillos? ¿Se imaginaba que ella se dedicaba a recorrer el país en busca de chicas descarriadas para convertirlas en una versión reducida de sí misma?

Puso el coche en marcha. Cuanto antes se fuera de aquel horrible lugar, mejor se sentiría.

Capítulo 3

—¿Está tu nieta? —preguntó Daniel mientras se sacudía el agua del abrigo—. Desearía hablar con ella.

—Por aquí —Margaret le indicó la puerta del comedor—. No creo que tenga muchas ganas de verte, pero pasa —dijo con una sonrisa que daba a entender que se estaba divirtiendo mucho—. Voy a calentar agua para el té. Llámame si necesitas ayuda.

Daniel no sobrepasó el umbral de la puerta. Freya estaba envolviendo objetos de porcelana, totalmente absorta en la tarea. Él buscó las palabras que tenía que decir y trató de sentirse enfadado con Mia por haberlo puesto en aquella situación tan embarazosa.

Pero sabía que aquello era asunto suyo. En los meses anteriores había hablado lo suficiente de la responsabilidad personal como para saber que solo se podía culpar a sí mismo por el modo en que había hablado a Freya. Suponía que lo había hecho porque quería buscar un culpable, alguien en quien descargar su frustración y su ira.

Pero el aspecto deplorable de aquello era que había visto cómo se abrían ligeramente sus ojos azules y el daño que reflejaban. Fue cuestión de un segundo, y ella lo había controlado rápidamente. Pero lo había visto y se había sentido como si le hubiera dado una patada a un cachorro de perro.

Ya había bastante gente dispuesta a clavar un cuchillo a Freya Anthony, y no estaba dispuesto a ser uno de ellos. A Margaret, el hecho de que su nieta estuviera allí le parecía maravilloso, y si ella estaba contenta, él no debía contribuir a que la estancia de Freya fuera más difícil; lo que implicaba disculparse o, al menos, intentarlo.

No iba a ser fácil. La ligera inclinación de la cabeza de ella le indicó que sabía que estaba allí, pero que no le iba a facilitar las cosas. ¿Y por qué iba a hacerlo?

—Le debo una disculpa.

—Sí —Freya levantó la vista.

—Lo que le dije… no venía a cuento. Lo lamento. Fui injusto y…

—Grosero —sugirió ella en tono helado.

—Descargué mi ira en usted. Lo siento. No tenía derecho a

hacerlo —ya estaba: se había disculpado lo mejor que había podido sin mencionar a su hija.

—Ningún derecho. ¿Me pasa la cinta adhesiva, por favor?

Daniel entró en la habitación y la tomó del otro extremo de la mesa. Al aproximarse a ella olió su perfume y vio el pulso latirle en la base del cuello.

Y, de repente, le importó de verdad que lo creyera. Le había hecho daño, y tenía la extraña sensación de que mucha más gente se lo había hecho. No le dio la cinta adhesiva cuando ella extendió la mano para obligarla a mirarlo.

—Debí gritarle a Mia y, como no pude, lo pagué con usted. Fue mi chivo expiatorio —sonrió con ironía—. Lo siento mucho.

—Lo sé —dijo ella tras un momento de vacilación.

Solo habían sido dos palabras, pero el tono de su voz había perdido la dureza. Se quedó helado. Volvió a la realidad cuando ella tiró de la cinta.

—Entiendo por qué estaba enfadado. Pero creo que no me lo merecía —se pasó la lengua por los labios—. ¿Qué pasó con Mia? ¿La llevó de nuevo al instituto? ¿Le importa que se lo pregunte?

La preocupación de Freya por su hija aumentó la confusión de Daniel. La gente le preguntaba por Mia constantemente, pero nadie parecía realmente interesado. ¿Por qué le importaba a Freya? Era evidente que la empatía no era su fuerte y, desde que él vivía en Fellingham, ella no había visitado antes a su abuela, a pesar de que debía de saber lo desesperadamente que Margaret deseaba que lo hiciera.

—No, en absoluto. La llevé directamente al instituto —la observó doblar el extremo de la cinta adhesiva y volver a dejarla en la mesa.

Le encantaría saber por qué Freya estaba de visita. No parecía la clase de persona que se pasaba los días envolviendo los bienes ajenos. ¿Sería verdad, como le había dicho Sophy, que no tenía adonde ir?

Observó las manos de Freya. Tenía las muñecas pequeñas como Anna. Pero ahí se acababan las semejanzas. Alzó la vista para mirar su rostro oval, la forma perfecta de las cejas y de los labios, que resaltaba el carmín. Las dos mujeres no podrían ser más diferentes.

Anna había sido una mujer sin artificios, mientras que era

imposible que Freya cuidara aún más su aspecto. Era hermosa, pero él creía que lo sería más por la mañana temprano, antes de ocultarse tras el maquillaje.

Tal vez fuera eso lo que hacía: esconderse. Quizá fuera una mujer poco consentida, pero muy asustada. No sabía por qué le preocupaba tanto: no era asunto suyo. Pero…

En los comentarios que habían circulado los días anteriores en el pueblo había algo desagradable, algo que no le gustaba.

—En el instituto se dieron cuenta de su ausencia enseguida —observó Freya mientras colocaba los platos que había envuelto en una caja pegada a la pared.

—Pasan lista al comienzo de cada clase. Aunque no parezca normal, Mia se salta las clases tan a menudo que ya casi hemos establecido una rutina.

—¿La acosan en el instituto?

—No —«ojalá fuera así de fácil», pensó—. No sabemos el motivo. Al menos, nadie en el instituto nos lo explica. Nos han asignado una excelente psicóloga, pero nada de lo que le dice parece surtir efecto. No entiende por qué tiene que ir al instituto, y ya está.

—¿Un té? —dijo Margaret entrando con una bandeja. Daniel la agarró mientras ella se sentaba en la silla más cercana—. Mi cadera… Cuanto antes me operen, mejor.

—No me canso de repetirte que, si fueras a un hospital privado, no tendrías que esperar —dijo Freya.

—No quiero pagar.

—Lo haría yo.

Daniel dejó la bandeja en la mesa. Otro de sus prejuicios había caído. Teniendo en cuenta lo que le habían dicho, no esperaba que hubiera una relación afectiva entre Margaret y su nieta. Pero era evidente que la había. ¿Cómo era posible? Hacía mucho tiempo que Freya se había marchado de Fellingham sin volver la vista atrás. Antes de hacerlo, solo había sido una fuente de problemas. Pero lo que él observaba no era una reconciliación reciente, sino familiaridad en la forma de hablarse y cariño.

—Llevo pagando casi cincuenta años la Seguridad Social, así que no veo por qué voy a tener que pagar más ahora.

—Supongo que quiere leche —dijo Freya mientras se sentaba

frente a Margaret y miraba a Daniel—. Llevamos meses discutiendo lo mismo y nunca nos pondremos de acuerdo.

—Así es —asintió su abuela.

—Es de locos seguir sufriendo cuando existe una alternativa —le pasó la taza a Margaret—. Piensa que, cuando te hayan operado, tal vez no sientas la misma necesidad de mudarte de aquí.

—Nadie querrá este sitio cuando me muera —Margaret agarró el azucarero—. Es la casa de la familia. Tenía que haberla vendido hace mucho tiempo.

—No veo por qué.

—Para empezar, para que alguien cuidara del jardín. Y tu padre tiene mucha razón al decir que debo tomar medidas ahora para no tener que pagar el impuesto sucesorio.

—¡No tendrás que pagarlo tú! Será papá. Saldrá de tus propiedades.

—Pero no quiero que mi dinero vaya al gobierno —Margaret dejó la cucharilla en el plato y miró a Daniel—. ¿Qué has hecho con Mia? No hacía falta que te apresuraras a venir esta tarde. Espero que no creyeras que no podías anular la cita.

A decir verdad, a él no se le había ocurrido anularla. Su único pensamiento había sido pedir disculpas a Freya.

—Está en el coche —le costaba decir incluso aquello.

Tenía una hija de quince años en la que no podía confiar ni para dejarla media hora sola en casa. Su vida era un desastre. Otros padres criaban hijos equilibrados mientras que la suya iba camino de convertirse en una delincuente hecha y derecha. ¿Qué pensaría Freya de eso? ¿Qué pensaría de él? De pronto le interesaba saberlo. Había una expresión astuta en sus ojos cuando lo miraba. Parecía juzgar todo lo que decía y que no estaba a la altura de sus expectativas.

—Pero, Daniel, tráela aquí. Hace mucho frío para estar sentada en el coche, aunque tenga el… como se llame a lo que se conectan ahora todos los jóvenes.

—Supongo que te refieres a un MP3 —dijo Freya con una sonrisa.

—Algo así —asintió Margaret—. Freya, haz el favor de traerle un refresco. Debe de estar harta de estar sentada ahí fuera. Se va a quedar helada. Daniel, tráela ahora mismo.

Freya sonrió. Había oído ese tono de voz en su abuela muchas veces, y era irrebatible. Incluso su padre hacía lo que le decía cuando empleaba ese tono.

Era una lástima que no lo hubiera usado más a menudo. Si ella se hubiera quedado más tiempo aquellas vacaciones de verano, tal vez habría decidido hacer otras cosas, tal vez habría aprobado los exámenes. Volvió a preguntarse cuáles eran los motivos de Mia para comportarse como lo hacía. Era evidente que la relación con su padre estaba rota, pero eso no significaba que toda la culpa la tuviera Daniel.

«Un buen hombre que trata de hacerlo lo mejor posible», era lo que su abuela había dicho cuando le había contado el incidente. Y ella no había esperado que él se disculpara, al menos no de manera sincera. Eso cambiaba las cosas. ¿Era posible que hubiera dado con un hombre íntegro?

Volvió al comedor con el refresco.

—Muy bien —dijo su abuela—. No podemos dejar a Mia allí. Seguro que está mandando mensajes a quien no debe.

—Como hacía yo —dijo Freya dejando la bandeja.

—Pero cuando tenías su edad no se podían enviar mensajes por teléfono. Tuvimos otro tipo de problemas.

Así había sido. Pero ella había tenido sus razones. Cuando alguien trata de autodestruirse solía ser por alguna razón. ¿Cuáles eran las de Mia? Se volvió al oír que padre e hija volvían.

—Tómate un refresco —dijo Margaret en cuanto aparecieron.

Mia era una chica muy atractiva. Su pelo, que cuando Freya lo había visto mojado parecía castaño oscuro, era de un rojo espectacular. Si sonriera, su belleza sería deslumbrante. Por si no se habían enterado de que estaba allí de mala gana, no prestó atención a las palabras de Margaret. Daniel le dirigió una mirada de exasperación.

Casi resultaba cómico observar a Mia, pero solo casi, porque Freya sabía lo que era estar llena de ira, sentirse sola y asustada y tan enfadada como para no saber qué hacer contigo misma.

—Si ya te has acabado el té —le dijo Margaret a Freya—, ¿por qué no enseñas a Daniel la mesa y la cómoda? Yo me quedaré aquí haciendo compañía a Mia.

Daniel se bebió de un trago lo que le quedaba en la taza y miró

a su hija.

—No tardaré.

Mia se encogió de hombros. Freya sonrió levemente y observó el destello de ira en los ojos de Daniel. Si Mia trataba de provocarlo, lo había conseguido. Volvió a mirarla y se dio cuenta de que también había percibido la reacción de su padre. Fuera o no Daniel la causa del enfado de su hija, ciertamente lo dirigía hacia él.

—Supongo que sabe adónde vamos —dijo Freya sonriendo a Daniel.

Este asintió y echó a andar. Freya miro hacia atrás. Al salir su padre de la habitación, toda la hostilidad de Mia había desaparecido. Parecía únicamente triste; y más joven. Margaret sonrió a Freya por encima de la cabeza de Mia e intercambiaron una mirada de mutuo entendimiento.

Freya siguió a Daniel al vestíbulo mientras se preguntaba qué había sucedido para que la relación fuera tan tensa entre padre e hija. Aunque pudiera parecer arrogante, creía que, si pudiera hablar solo media hora con Mia, sería capaz de ayudarla. ¿Y dónde estaba la madre? Su abuela no la había mencionado y ella no había querido preguntarle.

—Margaret es muy buena con ella —observó Daniel—. Es uno de los pocos sitios al que puedo traerla.

—Bueno, mi abuela ya tiene práctica.

—¿Con usted? —preguntó Daniel mientras entraban en el cuarto de estar.

—No me diga que no lo ha pensado. Me imagino que, como mínimo, le habrán contado cinco versiones distintas de mis fechorías juveniles.

—Solo un par de ellas.

No debería dolerle oírle decir lo que ya sabía, pero así era. A pesar de todo, prefería que no le mintiera. Habló en tono jovial.

—Ése es el problema de Fellingham. Como aquí no sucede nada, tienen que hacer un refrito de viejas historias. Después de tanto tiempo cabría esperar que hubieran encontrado otro tema de conversación.

—Su llegada ha reavivado el interés.

—Estoy segura. Dígame si soy sospechosa de asesinato o solo de secuestro de menores.

—Ya me he disculpado.

—Es cierto. Soy yo la que ahora le pide perdón.

—No debía de ser mucho mayor que Mia cuando se marchó de aquí. ¿Cuántos años tenía?

Freya lo miró a la cara. Daniel realmente tenía unos ojos increíbles. Parecían ofrecerle un afecto y una aprobación que no veía hacía mucho tiempo.

—Diecisiete.

—Mia tiene quince. Eran de edades similares.

—Dos años es mucho tiempo en un adolescente —afirmó Mia rápidamente para dejar muy claro que no pensaba que la vida de Mia fuera a seguir el mismo curso que la suya—. Esos dos años no fueron buenos para mí, e hice todo lo posible para fastidiar a todo el mundo.

Era curioso que se pudiera resumir toda la angustia que había experimentado en una sola frase. Al recordar aquella época, vio que se había enfrentado a todos. El resultado era que nadie estaba contento de que hubiera vuelto. En todas partes oía los murmullos, sentía las miradas y las constantes especulaciones sobre el motivo de su regreso.

—Margaret está muy contenta de tenerla aquí —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento.

Freya, por razones inexplicables, tuvo ganas de llorar. Se mordió los labios para contener las lágrimas.

¿Cómo sabía lo que estaba pensando? Si no tenía cuidado, acabaría por contarle todos sus secretos. Aunque tal vez no fuera necesario, porque aquellos ojos parecían leer lo que había en su alma.

—Parte de los problemas que ahora tiene se debe a eso. Margaret se emocionó tanto al saber que venía que se lo contó a un par de personas.

—Lo sé —afirmó Freya mientras se reía de forma inesperada. Su abuela no se había creído que iría a verla hasta que la había visto en la puerta.

—Y debe recordar que ya no tiene diecisiete años —su voz era suave como el terciopelo.

En efecto, no los tenía. Y en aquel momento tampoco se sentía como si los tuviera. Daniel Ramsey debería embotellar y vender el

don que poseía: se haría rico. Incluso una cínica como ella se estaba derritiendo a sus pies.

Su pobre esposa tuvo que pasarlo mal, ya que Daniel tenía más oportunidades que la mayoría de los hombres para desviarse del buen camino. Quizá lo hiciera, y de ahí el enfado de Mia.

No podía ser. Seguro que se equivocaba al pensarlo.

—¿Quiere Margaret venderla? —preguntó Daniel tocando la cómoda—. Francamente, sería mejor que la siguiera conservando. La madera oscura ya no gusta tanto como hace unos años. Es cuestión de modas. Volverá a gustar.

Daniel no podía ser esa clase de hombre. Si lo fuera, su abuela no lo hubiera descrito como «un buen hombre que trata de hacerlo lo mejor posible». Y llevaba el anillo de casado. Freya apartó la vista del sensual movimiento de sus dedos sobre la madera.

—No cabe en el sitio al que quiere ir. Así que no le queda más remedio.

—Me parece que una vivienda vigilada para ancianos no es el sitio adecuado para ella.

—Estoy de acuerdo. Pero están construyendo unas en el pueblo que le gustan mucho… y supongo que, a la larga, será una decisión razonable. No me importa, si es lo que ella quiere.

—No le van a dar más de quinientas libras por ella —dijo Daniel volviendo a mirar la cómoda—. Es del siglo XIX y es muy grande. No cabe en la mayoría de las casas.

—Y es fea. Pero ¿no cree que le darían más en otro sitio? —Freya se apartó y se situó más cerca de la puerta. Se sentía mejor si había más espacio entre ellos. Había aprendido que era mejor evitar el peligro. Y su instinto de supervivencia le indicaba que Daniel era peligroso.

—Si creyera que su abuela podría conseguir más dinero, se lo diría. Margaret es mi amiga. Y en mi sala de subastas no buscamos desesperadamente cosas para vender. Con todos los programas que últimamente hay en la televisión sobre antigüedades, el negocio va viento en popa.

—No era mi intención…

—Sí lo era —la interrumpió Daniel mientras le sostenía la mirada sin pestañear.

Se produjo un silencio. Realmente le leía el pensamiento.

—Bueno, sí lo era —reconoció ella.

—¿Tiene algún motivo para creer que voy a hacer algo turbio?

—No sé nada de usted —replicó ella rápidamente.

—Pero no le caigo bien.

—No tiene que caerme bien —dijo Freya mientras se acercaba a la mesa y comenzaba a quitar las cajas que había encima—. Solo quiero estar segura de que no van a engañar a mi abuela.

—¿Cree que yo lo haría?

—Lo que creo es que su negocio necesita una inyección económica y que quiere que por la sala de subastas pasen muebles de calidad, aunque sus dueños puedan obtener un precio mejor en otro sitio.

Se produjo un silencio más largo que el anterior.

—Siempre va a matar, ¿verdad?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Freya se encogió de hombros—. Cuanto antes acabemos, antes se llevará a Mia a casa. ¿Qué le parece la mesa?

—¿Tiene las otras alas?

—Son tres. Están detrás de la puerta.

—¿Cuánto mide cuando se abre del todo?

—Trescientos diez centímetros. Una de las alas tiene un arañazo —añadió Freya mientras Daniel se dirigía a la puerta para examinarlas. No recuerdo cuál.

—Es muy profundo, pero no afectará a su valor —Daniel se volvió hacia ella—. No sabía que Margaret la tuviera. Es preciosa. ¿Por qué no la usa?

—La usaba cuando yo era pequeña. Comíamos en ella los domingos —la mirada de Daniel volvió a ablandarse y ella quiso salir corriendo para esconderse. ¿Qué veía cuando la miraba? No había ninguna posibilidad de que él supiera lo que le gustaban aquellos domingos—. Lleva años sin usarla, así que no merece la pena conservarla —añadió con brusquedad.

—Rondará las tres mil libras. ¿Quiere que vea algo más, ya que estoy aquí?

—Hay un reloj en el vestíbulo. Mi abuela no quiere venderlo pero, si acaba marchándose, tampoco le cabrá en la nueva casa —Freya lo condujo de vuelta al vestíbulo—. Me gusta mucho.

—Es precioso.

—¿No necesita examinarlo más de cerca?

—Es una joya. Ya lo he visto antes —sonrió con ironía—, cada vez que vengo. La honradez me impulsa a decirle que sería mejor que lo vendiera en otro sitio. Hace meses que no tenemos un reloj de esta calidad en la sala.

—¿Cuánto vale?

—Unas veinte mil libras. Es un cálculo conservador.

—¿Por qué vale mucho más que la mesa? Hay montones de relojes por todas partes.

—Porque la caja —contestó él mientras la acariciaba como si fuera algo muy valioso— se atribuye a William Daves, un ebanista de la primera década del siglo XIX, por lo que el reloj probablemente se construyera a principios de siglo en Estados Unidos.

—Así que es americano. ¿Cómo demonios lo sabe?

—Mire —dijo Daniel sonriendo—, en un reloj europeo, la esfera suele ser de latón, pero en Estados Unidos era difícil conseguir ese metal, así que utilizaban hierro y lo pintaban de blanco.

—Ah. ¿Y cómo sabe que es de William Daves?

—Porque está escrito aquí. Es una buena pista.

Se estaba burlando de ella. Sus ojos le brillaban de forma muy atractiva. Se puso colorada. ¿Qué le pasaba? Su plan de supervivencia se basaba en el autocontrol. El control lo era todo. Pero había algo en aquellos ojos castaños que derribaba sus defensas, que la hacía desear…

«¡Maldita sea!», exclamó para sí. Estaba casado. Y a ella no le interesaba un hombre dispuesto a mentir a alguien a quien había prometido amar.

—¿Habéis acabado? —preguntó Margaret desde el comedor.

—Lo que queda son objetos pequeños —dijo Freya—, así que puedo llevárselos cuando los hayamos organizado mejor. Pero tendrá que venir a recoger los objetos grandes.

—Muy bien —asintió Daniel—. El precio del transporte se lo descontaré del dinero que se obtenga en la subasta. Pero dígame lo que quiere hacer.

—No soy yo quien debe decidirlo.

—No sé por qué, pero lo dudo —dijo él sonriendo lentamente, lo cual lo hacía aún más atractivo—. Hemos terminado. Pondré la

tasación por escrito y se la haré llegar dentro de un par de días.

—Estupendo —dijo Freya mientras pensaba que estaba equivocado. Si fuera su decisión, su abuela no vendería nada y donaría la finca entera a una organización caritativa.

Pero su abuela estaba decidida a vender, y probablemente daría a su hijo buena parte de los beneficios, porque seguía sin poder negarle nada. Y, con independencia de lo que otros le dijeran, vendería en la sala de subastas de Daniel porque lo apreciaba.

De vuelta al comedor, vio que Mia se había terminado el refresco y ya estaba de pie. No debía de resultarle muy divertido que su padre la llevara consigo cuando iba a realizar una tasación. Pero eso debía de ser porque su padre no se fiaba de ella para dejarla sola en casa. ¿Y la madre? ¿Trabajaba hasta tarde? Se moría de curiosidad por saber cómo era la mujer con la que Daniel estaba casado.

—Tenemos que irnos —dijo Daniel—. No te levantes —le pidió a Margaret que, como era de esperar, no le hizo caso.

Freya se apartó para dejarlos pasar. Le guiñó un ojo a Mia.

—Gracias por el refresco —dijo ésta sonriendo.

—De nada.

—Adiós —dijo Margaret agitando la mano mientras el coche de Daniel se alejaba. Luego cerró la puerta—. ¿Te cae mejor ahora? —le preguntó a su nieta.

—Sabe más de antigüedades de lo que creía —respondió ella mientras volvían al comedor—. Pero sigue pensando que deberías buscar una sala de subastas más grande.

—Ya te he dicho que prefiero hacer negocios con alguien a quien aprecio.

—La mayoría de la gente trata de ser competitiva en su profesión —dijo Freya mientras colocaba las cosas del té en la bandeja—. En mi vida había visto una oficina como la suya.

—Dudo que siempre esté así. De momento solo tiene un ayudante temporal, que nunca es lo mismo que alguien fijo, ¿verdad?

—Me sorprende que haya tenido alguna vez a alguien fijo —gruñó Freya—. Parece una oficina de clasificación del correo. Y está sucísima. Si pasas mucho tiempo en ella, seguro que necesitas que te fumiguen al salir.

—Y luego está Mia, claro, que le tiene muy ocupado. Debo reconocer que mi hijo nunca aplazó nada a causa de tus travesuras. Pero Daniel es un padre muy distinto.

—Mia me cae bien.

—A mí también. Es una chica brillante pero, como no tenga cuidado, se va a echar a perder.

—Yo no lo hice —dijo Freya deteniéndose en la puerta con la bandeja.

—Tú tenías una motivación muy fuerte. Creo que Mia no es igual que tú —respondió Margaret mientras la seguía—. Si no me equivoco, esa chica no sabe qué hacer. No es un buen momento para no tener madre.

—¿No tiene madre?

Freya repasó mentalmente todas las situaciones posibles. Tal vez la madre hubiera tenido una aventura y había abandonado a su hija. Pero, entonces, ¿por qué seguía Daniel llevando el anillo de casado?

—¿Te acuerdas de Anna Jameson? —preguntó Margaret interrumpiendo sus pensamientos.

—Creo que sí. Vagamente. ¿No es la hermana mayor de Sophia Jameson? —Freya se detuvo—. ¿Quieres decir que Mia es hija de Anna Jameson? ¡No me lo creo!

Sus recuerdos de Anna eran borrosos. Ella era unos años mayor pero, por lo que recordaba, Anna era larguirucha, delgada y muy buena chica. ¿Cómo demonios se las había arreglado para atraer a un hombre tan sexy como Daniel Ramsey?

—Anna murió hará unos tres años.

—¿Que Anna está muerta?

—Era tan joven… —respondió su abuela—. Tenía poco más de treinta años.

—¡Qué horror! No lo sabía.

—No tenías manera de saberlo —de pronto, la expresión de Margaret reflejó un dolor agudo—. No te has seguido relacionando con Sophia. No te cae muy bien, ¿verdad?

Para ser sinceros, no le gustaba ninguna de las dos hermanas. Sophia era una de esas personas maliciosas que conseguía engañar a todo el mundo y hacerle creer que era una chica dulce y cariñosa. Anna encarnaba la perfección de la clase media. Realmente no

había llegado a conocerla. Era la mejor violonchelista del instituto, y una alumna de sobresaliente. Era pelirroja y llevaba el pelo recogido en una hermosa trenza. Era del mismo color que el de Mia. ¡Qué estúpida había sido al no darse cuenta!

—Anna debió de tener a Mia muy joven, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos años tenía?

—Lo poco que sé es que tuvo que dejar la universidad al saber que estaba embarazada. Sus padres estaban muy avergonzados.

—¿No pudo seguir sus estudios después de dar a luz?

—No lo sé. Ya te imaginarás que nadie habló de ello —dijo su abuela con fingido horror—. Todos hicimos ver que no sabíamos contar.

Eso casaba muy bien con lo que sabía de los Jameson. ¿Pero Daniel? Él no encajaba tan bien. ¿Cómo se había relacionado con alguien como Anna Jameson? ¿La había amado? ¿O había sido víctima de las circunstancias? Seguía llevando el anillo tres años después de su muerte. Debía de haberla amado. Debía de seguir amándola.

Entró en la cocina y dejó la bandeja. Pero un hombre que se relacionara con cualquier miembro de la familia Jameson necesitaba un examen psiquiátrico. Y, además, vivir allí, cerca de ellos…

—¿Por qué frunces el ceño? —le preguntó Margaret, que había entrado detrás de ella.

—Si Mia tiene quince años, yo todavía estaba aquí cuando nació. ¿Cómo es que no me enteré?

—Anna no volvió aquí. Se fue a vivir con unos amigos de la hermana de su madre.

—¿Hasta después de nacer el bebé?

—No conozco los detalles, Freya. La versión oficial fue que Anna se había casado, había tenido una hija y vivía muy feliz en Londres. Después supimos que tenía cáncer. Supongo que quería estar cerca de su familia, porque volvieron aquí seis o siete meses después. Me imagino que fue todo muy difícil para Daniel, ya que no es una familia fácil. Y un año después, Anna murió.

Capítulo 4

Freya supo que la señora Runton estaba hablando de ella en el mismo momento en que entró en la tienda. Se dio cuenta por la brusca interrupción de la conversación y porque ni ella ni la chica que estaba tras el mostrador la miraron a la cara. Inspiró profundamente y fingió que miraba las mermeladas. Si se hubiera dejado llevar, se habría marchado.

—¿Cómo está Margaret? —preguntó la señora Runton.

Freya la miró. Se le hacía raro pensar que aquella vieja entrometida tuviera nombre de pila. Nunca lo había oído. La señora Runton siempre desaprobaba todo.

—Bien, gracias.

—¿Y tu madre? No he querido preguntarle a Margaret desde que tus padres se divorciaron. Creo que no se llevan muy bien últimamente.

Freya se volvió de nuevo hacia las mermeladas y eligió una de fresa. A continuación, con calma deliberada, agarró dos tarros de *chutney*.

—Está bien. Acaba de renovar sus dos primeros hoteles.

—¿Ya? —preguntó la anciana como si supiera todo lo referente a los planes de su madre.

Freya sonrió. Por primera vez desde que había vuelto a Fellingham, todo aquello le resultaba ligeramente ridículo en vez de doloroso.

—¿Y tu padre se ha vuelto a casar?

No solo se había vuelto a casar, sino que lo había hecho ocho años antes, lo cual demostraba el sinsentido de aquella conversación.

—Y es muy feliz —se había casado con la perfecta mujer trofeo. Volvió la cabeza al oír la campanilla de la tienda.

—¡Freya!

Daniel parecía tan desconcertado como ella. Aunque, pensándolo bien, no era tan sorprendente. Tenían que acabar por encontrarse. De todas maneras, ella aún no estaba preparada. Todavía no se había hecho a la idea de que era el viudo de Anna Jameson, de que estaba disponible.

—No he visto tu coche.

—Espero que siga ahí.

—No te preocupes. Las estadísticas de robo de coches en Fellingham son muy bajas —sonrió, pero se notaba que le costaba hacerlo.

Parecía cansado. No era de extrañar, ya que se había ido a casa con una adolescente furiosa.

—He venido a comprar algo para comer —añadió.

—Yo he venido a por cosas «esenciales» —dijo ella mientras le mostraba la cesta.

La señora Runton se interpuso entre ellos para agarrar un frasco de mermelada.

—Tu padre vive ahora en Beadnell, ¿verdad, Freya?

—Así es.

—Es lo que le decía a Mary Davidson el otro día —continuó la señora Runton mientras Freya seguía llenando la cesta—. Desde que se fue, no hemos tenido un médico igual en el pueblo. Era un hombre maravilloso.

Daniel se dirigió a la sección de congelados y Freya lo siguió con la mirada. Le habría encantado saber cómo había acabado el día con Mia, pero no podía preguntárselo. También habría querido preguntarle si todavía estaba de luto por su mujer, y si por eso seguía llevando la alianza matrimonial.

Le resultaba difícil aceptar que se hubiera casado con Anna Jameson. De hecho, la sola idea de que a Anna la actividad sexual la hubiera entusiasmado hasta el punto de olvidarse de utilizar algún método anticonceptivo le resultaba increíble.

—Supongo que te acuerdas de Muriel —prosiguió la señora Runton inexorablemente—. Jenny, su hija, estaba en tu curso el mismo año que la hermana pequeña de Anna —dijo introduciendo a Daniel en la conversación—. Sophia estaba en el mismo curso que Jenny, ¿verdad?

—No lo sé, Pamela —contestó él—. Anna nunca me habló de ella.

«Pamela Runton», pensó Freya con satisfacción. Un misterio resuelto.

—Veo que ya conoces a nuestro Daniel.

—Nos conocimos ayer —contestó Freya.

—¡Oh! —dijo la anciana. Se detuvo con la esperanza de que alguno de los dos añadiera algo—. Sophia no me lo ha dicho. Hace media hora que la he visto.

Algo se rompió dentro de Freya. Su nueva sensación de libertad se evaporó con tanta rapidez como se había producido. La señora Runton y la maldita Sophia habían estado hablando de ella, por supuesto. Eso era lo único a lo que se podían dedicar los habitantes de aquel pueblo encerrado en sí mismo e intolerante.

Trató de controlar la ira que la invadía. Era muy probable que Sophia siguiera esparciendo veneno con su sonrisa de mosquita muerta, que siguiera clavándole cuchillos y pusiera cara de no haber sido ella si se lo echaban en cara. Tenía ganas de gritar.

—Si has acabado de comprar —dijo Daniel mientras se le acercaba—, podemos tomamos un café para hablar de en qué subasta quiere Margaret que se vendan sus muebles. Tengo veinte minutos antes de volver al trabajo.

La estaba rescatando, aunque quizá también él deseara marcharse de allí. Freya observó la expresión de sus ojos, que indicaba claramente que tampoco quería quedarse a merced de la señora Runton.

—Me sobran unos minutos —dijo ella mientras depositaba la cesta al lado de la caja.

—¿Es que Margaret va a vender la casa? —preguntó la señora Runton.

—Lo está pensando —Freya entregó la tarjeta de crédito a la chica de la caja.

—Supongo que por eso estás aquí —la señora Runton hizo una pausa, pero siguió hablando al ver que Freya no contestaba—. Dile a Margaret que me pasaré el lunes para que me cuente sus planes.

—Voy a llevar esto al coche —dijo Freya dirigiéndose a Daniel —. Nos vemos fuera.

Recogió las cosas mientras gritaba para sí. Vivir en aquel pueblo era como hacerlo en una pecera. Salió al frío de aquella mañana de enero. Odiaba aquel sitio. Dejó las bolsas en el asiento del copiloto y cerró de un portazo. ¿Cómo soportaba su abuela ser parte de todo aquello? Que todo el mundo husmeara en sus asuntos, que todos creyeran que sabían lo que sucedía detrás de su puerta, cuando no era así.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daniel, que se había aproximado por detrás sin hacer ruido. Extendió las manos hacia ella, pero las dejó caer sin tocarla.

—Estoy enfadada, eso es todo. Ni siquiera puedo ir a comprar leche y pan sin toparme con alguien que cree… —se interrumpió bruscamente—. Lo siento. No quiero que me afecte. No importa.

Daniel no la creyó. A Freya le bastó mirarlo a la cara para darse cuenta.

—Venga, ¿quieres ese café o no? —preguntó él.

No sabía lo que quería. Él no estaba casado, pero era una posible complicación que no necesitaba en aquellos momentos. Se había prometido que estaría un año sin relacionarse con hombres, un año libre.

—Aprovechemos ahora que la señora Runton está maravillada de conocer a alguien que ha renovado dos hoteles.

Freya lo miró a los ojos, que reían con malicia, y sintió que su ira se evaporaba. Se rio entre dientes.

—Es una mujer horrible.

—Creo que más bien se aburre. Vamos a tomar café. Respira hondo y olvídate de ella.

Era tentador, pero probablemente poco sensato precisamente por lo tentador que resultaba. De pronto se le ocurrió algo: a menos que su cuñada hubiera cambiado por completo, a Daniel no le habrían dicho nada bueno de ella. Así que, ¿por qué se molestaba? Realmente debía de querer vender las cosas de su abuela.

—¿Estás seguro de que conservarás tu reputación si te ven en público conmigo?

—Tal vez suba algún punto —respondió él sonriendo—. Si a ti no te gusta lo que la gente dice de ti, yo estoy un poco harto de mi reputación. Venga, dime que no te han dicho que soy un buen chico o algo así.

—Pareces una buena persona.

—¡Qué poco emocionante! Vamos, invito yo al café. Te lo debo por haberme mostrado tan poco razonable ayer. Hagamos las paces.

—Tampoco yo me porté muy bien.

—Es comprensible si crees que he estado manipulando a Margaret. Me caes mejor por preocuparte de ella. Es una mujer especial.

—Sí —Freya volvió a mirarlo a los ojos y tomó una decisión repentina. Solo era un café. Y tenían que hablar de negocios—. ¿Adónde vamos?

—A Annabelle's. Tiene las mejores tostadas de la ciudad. Quiero que sepas que no tengo planes ocultos con respecto a Margaret. La aprecio. Tiene buen corazón.

—Ella también habla de ti en términos elogiosos.

—Pero a ti sigue sin gustarte que lo haga —Daniel sonrió—. Eres escéptica por naturaleza.

La vida la había hecho así, y el escepticismo era un rasgo de carácter al que se solía aspirar.

—No estoy segura de lo que creo —dijo Freya, aunque la verdad era que deseaba confiar en él. Alto, de pelo oscuro, inteligente, guapo… Tenía que haber truco—. La visitas para tomar el té con ella, le cambias los fusibles, te encargas de exterminar los roedores… ¿Por qué lo haces?

—Es mi amiga.

Freya se encogió de hombros. Era eso lo que le costaba aceptar.

—Lo que pasa es que no creo que alguien haga algo sin intenciones ocultas.

—Pero yo soy una buena persona —replicó él con rapidez.

—Me reservo la opinión.

Daniel se echó a reír. Su risa era asombrosamente sexy. ¿Cómo reaccionaría si le dijera que acababa de vender su empresa por dos millones y medio de libras? ¿Se sentiría intimidado? ¿Sería capaz de mirarla sin ver cifras impresas en su frente?

Entraron en el café y se sentaron a una mesa con vistas al patio.

—¿Qué sillas son éstas? —preguntó ella mientras se volvía a mirar las sillas de roble con respaldo. ¿Proceden de una iglesia?

—Annabelle las compró en una subasta. Hace año y medio, la iglesia de St. Andrew, en Kilbury, se convirtió en un centro comunitario. Vendimos todo, hasta el pulpito.

—¡Qué lástima! —exclamó Freya mientras se volvía hacia él y agarraba el menú.

—¿Por qué? Me había imaginado que estabas a favor del progreso.

—Hay cosas que no deberían cambiar.

Como la casa de su abuela. Sintió una punzada de dolor. Era

totalmente irracional teniendo en cuenta que llevaba más de una década sin aparecer por allí. Pero era un consuelo saber que todo seguía igual, que las cosas seguían en su sitio.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo él sonriendo.

—¿Ha pasado lo mismo con la iglesia de aquí?

—Aquí nada ha cambiado.

—Me parece muy bien. Me gustaba mucho la iglesia.

—¿Ah, sí?

Ella entendió su sorpresa pero, como casi todos, no sabía nada de las peleas que había habido en su casa. El viejo párroco se había acostumbrado a que ella fuera a la iglesia, y la dejaba sentarse y leer tranquilamente. Había sido uno de los pocos que se había dado cuenta de que el matrimonio de sus padres era una farsa.

—Seguro que la señora Runton se quedaría atónita —dijo Freya en tono divertido.

Sonó la campanilla de la puerta de entrada. Una pareja de ancianos, cargada con la cesta de la compra, trataba de subir el escalón. Daniel se levantó de inmediato.

—Gracias, Daniel —el hombre sonrió y saludó a Freya con un gesto de la cabeza.

—Siento no haber podido ir ayer a la granja.

—No importa. Me alegro de que encontraras a tu hija antes de que se metiera en un lío.

—Te llamaré después para concertar otra cita.

—Muy bien —asintió el anciano—. No corre prisa.

—¿Faltaste ayer a muchas citas? —preguntó Freya mientras Daniel volvía a sentarse.

—A un par de ellas. Fue un día muy largo y complicado. A propósito, ¿por qué me mentiste sobre el cigarrillo?

—No lo hice —Freya sonrió—. Te pregunté si tenías algún problema con que fuese mío.

—Lo sé. Pero, ¿por qué dijiste eso?

—¿Quieres que te sea sincera? Mia me pidió ayuda con la mirada y creí que ya tenía bastante con lo que tenía.

—Supongo que tienes razón.

—Me cae bien.

—A mí también —dijo él mirándola sorprendido—. Pero algunas de las cosas que hace últimamente… Detesto que fume. Pensará que

soy idiota y que no le huelo el aliento.

—No creo que lo piense. Sospecho que quiere que lo sepas. Simplemente está tratando de sobrepasar los límites, de adivinar dónde están.

—Eso parece —Daniel sonrió—. ¿Qué vas a tomar?

—Un café con tostadas.

—Muy bien —hizo un leve gesto a la camarera, que se presentó enseguida—. Dos cafés con tostadas —esperó hasta que ésta acabó de tomar la comanda y le pregunto—: ¿Cómo está Annabelle?

—Creo que vendrá mañana —respondió la camarera.

—¿Qué le pasa a Annabelle? —preguntó Freya.

—Tiene la gripe. La mayor parte del pueblo cayó enferma durante la Navidad. Margaret también. ¿No te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Por eso has vuelto?

—En parte.

—Y en parte, no. Pero no tienes intención de contármelo.

—Todavía no estoy segura de que seas una buena persona. Me gusta hacer mis propios juicios.

—Me parece bien —le brillaban los ojos.

La camarera volvió con los cafés y una jarrita de nata líquida. Había azúcar moreno en un azucarero en el centro de la mesa. El sitio resultaba pintoresco, con un toque de la vieja Inglaterra. Si la camarera hubiera llevado un delantal almidonado sobre un largo vestido negro, no habría desentonado. Freya comenzó a relajarse. Aquello era precioso.

Vio que Daniel la miraba. Algo en su expresión despertó un fuego en su interior. Él se pasó el pulgar por el anillo de casado y lo giró. Tenía que ser precavida. Aunque Daniel estuviera oficialmente libre, seguía llevando la alianza. Eso no lo hacían los hombres que buscaban una nueva relación. Ella tampoco la buscaba. Sonrió y se obligó a pensar en otra cosa.

—Cuando me fui de aquí, la tienda era un local muy pequeño y los graneros eran eso: graneros. La idea de convertir todo esto en un pueblo artesano es estupenda.

—En verano es mucho mejor, porque ponen mesas en el patio. Algunos fines de semana toca un cuarteto de cuerda. Yo he asistido un par de veces a un concierto de jazz. En Navidad resulta mágico

con todas las luces. Y allí —Daniel señaló una esquina— se pone la gruta de Santa Claus, que sirve para recaudar fondos para el hospicio local. Se ha puesto en los tres últimos años.

—¿Y quién hace de Papá Noel?

La camarera volvió con las tostadas y unos platitos con mantequilla. Después de haberse pasado los años anteriores contando cada caloría que ingería, Freya decidió darse un gusto.

—Nos vamos turnando.

—¿Quieres decir que tú has hecho de Papá Noel?

—Se me da muy bien. Aunque no sé por qué los padres dejan que sus hijos se sienten en el regazo de un completo desconocido.

No solo era un buen hombre, era dulce como el chocolate. Le brillaban los ojos, que tenían un efecto balsámico sobre ella. Pero Daniel también tenía una profundidad oculta que, unida a su bondad, producía un efecto mortal.

—¿Se siguen sentando hoy los niños en las rodillas de Papá Noel? —preguntó Freya a punto de echarse a reír.

—No mucho.

—Me lo imaginaba —mordió una tostada—. Hacía años que no las comía.

—¿Por qué?

—No he tenido tiempo de sentarme en un café. He estado demasiado ocupada.

—¿Demasiado ocupada como para venir a Fellingham?

Freya alzó la vista en busca de una mirada de reproche. Pero no la había. Solo halló interés.

—Fue lo que Margaret me dijo en una ocasión en que le pregunté por su familia —prosiguió él.

—He estado mucho tiempo en el extranjero.

Freya sabía que trataba de justificar lo injustificable. Claro que podría haber ido a Fellingham antes. Estaba a cincuenta minutos de Londres por la autopista. La verdad era que no había querido. Hablaba con su abuela por teléfono. Ésta había estado una vez en Londres, pero de eso hacía ya más de dos años.

—¿Y ahora? —preguntó él.

Ya no le parecía una excusa tan buena. Su abuela tenía la cadera mucho peor de lo que le había dado a entender, y su padre se volvía cada vez más insistente para que Margaret le diera parte de la

herencia antes de morir.

—Ahora me he tomado un año de descanso. Voy a viajar.

—¿A algún sitio en concreto?

—Me gustaría ir a Australia. Tengo unos amigos que acaban de volver a Melbourne desde Londres. Me gustaría verlos.

—Melbourne es una ciudad fantástica —alzó la taza y bebió un sorbo—. Anna y yo estuvimos en… No me acuerdo. Hace años. Nos divertimos mucho.

Freya no podía imaginarse a Anna Jameson divirtiéndose. Pero Daniel se había casado con ella y seguía llevando el anillo a pesar de que había muerto. Aquello la fascinaba, ya que la mitad de los hombres «felizmente» casados que conocía solían esconderlo.

—Ayer me enteré de que tu mujer había muerto. Lo siento.

—¿No lo sabías? Me sorprende. Suele ser lo primero que dicen de mí.

—Mi única fuente de información es mi abuela, y no se dedica a chismorrear.

—Ya lo sé —Daniel sonrió y se recostó en la silla—. Tampoco me ha hablado mucho de ti.

—¿Así que solo sabes lo que has oído en el pueblo?

—Solo eso —volvió a sonreír—. Y me creo la mitad.

Freya se echó a reír. Le encantaba su forma de sonreír, las arrugas alrededor de los ojos. ¿Por qué las patas de gallo resultaban tan atractivas en los hombres?

—Ayer no quisiste decírmelo —prosiguió— pero, ¿cuánto piensas quedarte?

—No lo sé. Iba a ser una visita rápida, pero mi abuela tiene la cadera mucho peor de lo que me había dicho. Me gustaría que la operaran antes de marcharme del país.

—Lo cual puede tardar bastante si insiste en hacerlo por la Seguridad Social.

—Ya lo sé —Freya hizo una mueca.

—Le encantaría que te quedaras —Daniel vaciló—. Si estás sin trabajo y quieres quedarte en el pueblo durante un tiempo sin que tus reservas económicas disminuyan, puedes trabajar para mí.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no? Estás sin empleo y yo necesito desesperadamente a alguien que me ayude en las tareas

administrativas.

—No sabes nada de mí.

—Sé que sabes escribir y contestar al teléfono. Si resulta que, además, manejas un teclado con más de dos dedos, serás mucho mejor que las personas que me han mandado de la agencia.

Freya se echó a reír, sobre todo por la sorpresa. No le cabía en la cabeza que le estuvieran ofreciendo trabajo de secretaria para todo y que en parte creyera que sería divertido aceptarlo.

—¿A qué te dedicabas antes?

—A la informática.

Lo cual era una verdad relativa, pero prefería que los habitantes de Fellingham no supieran que había creado una gran empresa de venta *online* de productos naturales de belleza.

—¿Sabes crear una página web?

—Sí —así era como había empezado.

—En ese caso —dijo Daniel—, te ruego que trabajes para mí.

—Pero es que no quiero trabajar para ti —contestó Freya sonriendo.

—¿Es una negativa tajante?

—Eso parece.

—Tenía que intentarlo —dijo él riéndose—. ¿Quién sabe? Tal vez la próxima persona que me manden para el empleo sea la respuesta a mis oraciones.

—¿No puedes cambiar de agencia de empleo si no te satisface el servicio de la que tienes?

—En esta zona solo hay dos, y en ambas me han dicho que estos años hay escasez de buenos trabajadores temporales. El año pasado hubo exceso de oferta.

—Los buenos se marchan a otro sitio. Tienes que ser más exigente. Yo lo sería si se tratara de mi empresa.

Los ojos de él volvieron a sonreír. Freya no sabía cómo conseguía mantener la cara totalmente inmóvil mientras los ojos… le bailaban. Sintió que se derretía. Los hombres con aquellos ojos eran su talón de Aquiles.

—Los trabajadores eventuales son caros —dijo Freya.

—Dímelo a mí.

—Y me gusta sacarle rendimiento al dinero que gasto —añadió ella.

—Quizá debieras ser tú la que llamaras a la agencia para ver si se sacan de la manga a alguien a quien pueda emplear de verdad.

—Seguro que podría hacerlo. Creo que se me da bien dirigir a la gente.

—¿Solo lo crees?

—Bueno, no es una ciencia exacta. Me limito a decir muy claramente lo que quiero y a asegurarme de que se hace.

—Eso no sirve si la persona con la que hablas no es capaz de hacer el trabajo.

—Supongo que no —asintió Freya mirándolo con curiosidad.

Pero nunca había dado empleo a alguien que no fuera capaz de llevarlo a cabo; ni tampoco lo había hecho por capricho. En su oficina nunca habría habido una ventana que no se pudiera abrir porque la habían pintado. Y, desde luego, habría insistido repetidamente para que la agencia le enviara a la persona adecuada.

—Tengo que marcharme —dijo mientras agarraba el bolso—. ¿Quieres que le cuente a Margaret lo de las distintas subastas?

—No hace falta. Los objetos de Margaret entrarán en la subasta mensual de antigüedades.

—¿Hay más?

—Sí: la subasta semanal, que tiene un carácter más general —miró a la camarera, que se acercó con la cuenta. Daniel sacó la cartera y dejó un billete de veinte libras.

Por primera vez en mucho tiempo, Freya no estuvo segura de qué hacer. Sabía muy bien cómo llevar un negocio, pero estaba perdida en las relaciones sociales. Era una parte de su vida que había desatendido.

—¿Cuánto te debo?

—Invito yo. La próxima vez pagarás tú.

La expresión de sus ojos hizo que a Freya se le pusiera la carne de gallina. Era indudable que no lo decía en serio. Pero, ¿y si iba en serio?

—Gracias.

La camarera volvió con el cambio y Daniel se metió la cartera en el bolsillo.

—Llamaré a Margaret para quedar a una hora en que podamos pasar a recoger los muebles, pero no será hasta después de la

subasta de este mes.

—¿Cuándo es? —preguntó ella mientras se levantaba.

—El último viernes del mes. Te pasaré el catálogo de la próxima. Seguro que cuando lo hojees estarás más contenta con todo este asunto.

—Solo quiero asegurarme de que obtenga el mejor precio posible. Esa casa es el trabajo de toda su vida.

—Ya lo sé. No te estaba criticando. Pasaré a dejaros la tasación en cuanto pueda pero, de momento, no tengo ayuda en la oficina.

—Vuelve a llamar a la agencia —dijo ella riéndose—. Gracias por el café.

—De nada.

Daniel la observó mientras cruzaba el patio corriendo. El borde de la minifalda le golpeaba los muslos. Realmente tenía unas piernas larguísimas, y las botas de tacón más atractivas que había visto en su vida. Se pasó la mano por la cara. Lo mejor sería que no se centrara demasiado en el incuestionable atractivo sexual de Freya Anthony. Tenía una hija a la que acabar de educar, para lo cual iba a necesitar toda su energía.

—¿De dónde ha sacado esa cazadora?

Daniel volvió la cabeza y vio a la camarera. De pronto se dio cuenta de que ambos habían estado mirando por la ventana.

—Supongo que de Londres.

—Debe de haberle costado una fortuna. Es como las que se ven en las revistas de moda.

Daniel volvió a mirar a Freya justo antes de que doblara la esquina. Probablemente fuera así, lo cual le recordó oportunamente que Freya Anthony era cara de mantener. Demasiado rica para él, aunque tuviera tiempo de iniciar algo, tiempo del que no disponía. Menos mal que a ella no le había parecido una buena idea trabajar para él, pues la tentación habría sido demasiado grande.

—¿Es verdad que sale con una estrella del rock?

—No tengo ni idea —respondió Daniel mientras se ponía la chaqueta.

Pero lo dudaba. Había que ver las tonterías que se decían sobre ella. El novio roquero era una de las muchas explicaciones que circulaban para justificar que tuviera un coche tan caro.

No había mencionado a ningún novio en sus planes de viaje.

Siguió con la vista el elegante coche mientras se perdía en la distancia. Parecía un poco perdida, y era totalmente contradictoria. Se mostraba segura de sí misma y vulnerable al mismo tiempo.

Tenía que volver al trabajo y dejar de especular sobre los rasgos de la personalidad de una rubia despampanante que, en último término, se marcharía de Fellingham tan deprisa como se lo permitieran sus botas de diseño. Se despidió y salió del café. Hacía viento. Se levantó el cuello de la chaqueta para protegerse de la lluvia.

Ella le gustaba, así de sencillo. No se lo esperaba, pero era así. Con ella volvía a sentir que era una persona, no el pobre marido de Anna, el desgraciado padre de Mia, el desconsolado yerno del profesor Jameson, ni ninguno de los otros calificativos que la gente le atribuía. Y le gustaba el hecho de que Freya no pareciera creer que tenía que llenar el vacío que la muerte de Anna había dejado en su vida, lo cual era un cambio.

¿Por qué era eso lo que creían las mujeres con respecto a los viudos? Al cabo de tres años, todavía no estaba preparado para llenar ese vacío. Era cierto que había desaparecido el profundo dolor de los primeros días, pero no estaba preparado para que hubiera otra mujer en su vida. Mia necesitaba ser el centro del mundo para él.

Sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo. Una ojeada le indicó que llamaban del instituto de su hija. Le invadió una conocida sensación de aprensión y cansancio. La voz al otro lado de la línea era la de una de las recepcionistas.

—¿Señor Ramsey?

—Soy yo.

—Le llamo de parte del director para decirle que ha habido un incidente esta mañana entre Mia y otra chica de su clase. Ambas están bien, pero quiere que venga para hablar con usted.

Tuvo que recurrir a toda su capacidad de control para no ponerse a blasfemar en voz alta. De todas formas, no le había pillado de sorpresa, teniendo en cuenta el estado de ánimo de Mia al levantarse. Estaba buscando pelea. Otra vez.

—¿Tengo que ir ahora mismo?

—Preferiblemente antes de que acabe la mañana.

—Tengo una cita dentro de un cuarto de hora. Iré en cuanto

acabe. ¿Qué clase de incidente es el que se ha producido?

—¿Quiere hablar con el director? —dijo la bien modulada voz al otro extremo de la línea tras un momento de vacilación.

—No es necesario —se apresuró a responder Daniel—. Estaré allí dentro de una hora —se metió el teléfono en el bolsillo.

La conversación con el director podía esperar. Le bastaba con saber que Mia estaba bien. Fueran cuales fueran las malas noticias que iba a recibir, prefería hacerlo con su hija sentada en la misma habitación para que lo oyera todo. La cosa se estaba poniendo seria. Si la expulsaban del instituto, ¿adónde iría?

Capítulo 5

—Estás segura de que quieres que esto vaya a la subasta general? —preguntó Freya mientras metía los últimos objetos de porcelana en la caja.

—Nunca me ha gustado esa vajilla, y habrá una caja menos con la que tropezar.

—Si estás completamente segura, me la llevaré con las otras dos. No tardaré.

—Sé amable con Daniel si lo ves.

Freya dejó pasar el comentario, pero se puso a reflexionar sobre él mientras llevaba las cajas al coche. Su abuela apreciaba de verdad a Daniel y lo echaba de menos porque no había ido a visitarla. ¿A causa de ella? ¿Sería ella el motivo de que llevara más de una semana sin aparecer por allí? Mientras salía del aparcamiento marcha atrás pensó que quizá estuviera exagerando y que la explicación era que estaba demasiado ocupado.

La tasación había llegado tal como Daniel le había prometido, pero la había dejado en el buzón en vez de entregársela en mano. Se dirigió a la puerta principal de la sala de subastas y aparcó lo más cerca posible por si tenía que meter ella sola las cajas.

La hija de Daniel estaba sentada en la valla con los hombros encogidos para protegerse del frío. Su mirada ausente indicaba que no pensaba en nada. Freya apagó el motor. Era martes por la mañana. Era indudable que Mia había hecho novillos. Pero ¿qué hacía allí sentada donde su padre podía verla?

Abrió la puerta y sintió el viento glacial de enero. Mientras se abotonaba el abrigo, se dio cuenta de que Mia la estaba mirando como si quisiera hablarle. Freya vaciló un instante antes de dirigirse hacia ella.

—Hola.

Mia se encogió de hombros en señal de reconocimiento.

—¿No tienes frío aquí sentada?

—No —dijo temblando.

—Hace un frío que pela. Aunque la última vez que estuve aquí me pareció que hacía el mismo frío dentro que fuera.

—Papá me lo ha contado —sus ojos se iluminaron con una

chispa de interés—. Ha puesto un calefactor en la oficina.

—¿Ha conseguido abrir la ventana?

—Lo intentó con una navaja —Mia casi sonrió.

—¡Excelente! ¿Y la ha abierto?

—Sí, pero la navaja se rompió. No me has preguntado por qué no estoy en el instituto —prosiguió Mia mientras Freya se echaba a reír.

—¿Por qué iba a hacerlo? No es asunto mío.

—Todo el mundo me lo pregunta —contestó Mia mientras la miraba con una mezcla de sorpresa y desafío—. Me han expulsado por dar una bofetada a otra chica e insultar a una profesora —añadió al ver que Freya no decía nada.

—Pues ya está —Freya observó la expresión confusa de Mia.

Habría afirmado que no se le daban muy bien los adolescentes, pues carecía de experiencia con ellos. Pero a aquélla la entendía. Por mucho desparpajo que mostrara, dijera lo que dijera, Freya sabía que no se sentía bien.

—Mi padre está muy enfadado.

—Es su trabajo.

De repente, los ojos de Mia se iluminaron risueños. Era asombroso cómo se parecían a los de Daniel.

—Dice que he arruinado mi vida.

—¿Y tú qué crees?

Mia se encogió de hombros. Freya esperó. Era una sensación muy extraña saber con tanta claridad lo que otra persona pensaba. O al menos creer que lo sabía. Veía el miedo y escuchaba la necesidad de consuelo en la voz de la adolescente.

—Creo que no importa.

—¿Que hayas arruinado tu vida?

—De todos modos, no hay trabajo. Es mejor vivir de la asistencia social.

—¿Eso crees? —Algo en su voz hizo que Mia alzara la vista con curiosidad—. Es difícil llegar a fin de mes con la asistencia social. Es aburrido no poder salir ni poder comprarte la ropa que te gusta. Es complicado encontrar un sitio para vivir…

—La escuela es más aburrida.

—Diga lo que diga tu padre, no has arruinado tu vida, y lo sabe. Pero te la estás complicando —sonrió—. Eso también lo sabe.

Probablemente por eso se haya enfadado tanto. ¿Está aquí?

—Creo que en la oficina.

—Voy a verlo. ¿Vas a entrar?

—Me ha dicho que espere aquí a que llegue mi tutora. ¿A ti te expulsaron alguna vez?

Freya había estado esperando esa pregunta. Negó con la cabeza mientras sonreía en su interior al ver la decepción de Mia.

—No acudía con la frecuencia suficiente como para que pudieran hacerlo.

—¿Hacías novillos?

—Esperaba en la misma parada de autobús en la que estabas el otro día y me iba a Olban.

—La tía Sophy dice que siempre estabas metida en líos.

A Freya no le sorprendió, pero se contuvo para no dar una respuesta hiriente. Sophia Jameson era la tía de Mia, y debía respetarla por eso.

—No tanto. Más bien trataba de autodestruirme. No me gustaba el instituto, ni tampoco mi casa —Freya observó a la joven para ver cómo reaccionaba—. Estaba muy enfadada y me sentía sola. Supongo que quería que todos los que me rodeaban se sintieran tan mal como yo, pero no hice daño a casi nadie. Blasfemaba. Y bebía demasiado.

Durante unos segundos, Freya creyó que Mia iba a responder, pero vio que desviaba la mirada. Se volvió y vio que Daniel se acercaba. Parecía cansado, lo cual no era de extrañar. Debía de haber tenido una semana terrible después de la expulsión de Mia.

—Sigo aquí, si es a eso a lo que vienes —le espetó Mia en tono hostil.

Freya volvió a mirarla. Se había producido un cambio espectacular en ella. Tenía el cuerpo encogido e inerte. Daniel hizo caso omiso del tono en que le había hablado.

—Hola.

—Hola —respondió Freya—. Te he traído unas cosas para la subasta general —se pasó la lengua por los labios. Se sentía incómoda sin saber por qué. Allí había una sala de subastas y había llevado cosas para vender. No había nada vergonzoso en ello. Y, sin embargo, sentía la misma vergüenza que experimentaba ante un chico en su adolescencia. Pero ya no tenía quince años, sino treinta.

Y Daniel Ramsey no era un chico del instituto. Incluso cansado y con las arrugas de la frente muy marcadas, estaba guapísimo—. Están en el coche —abrió la puerta del copiloto.

—Déjame verlas.

Freya se echó a un lado mientras Daniel sacaba una navaja, era de suponer que una nueva, y cortaba la cinta adhesiva de una de las cajas.

—Es un juego de té. Y es horrible.

—No es horrible. Es Royal Doulton —dijo él después de desenvolver una taza—. ¿Cuántas piezas hay? —preguntó sonriendo.

A Freya se le hizo un nudo en el estómago. Desde su última relación seria con un hombre, con Matt, había tenido que esforzarse para que le apeteciera salir con alguien. Entonces, ¿qué era aquello? ¿Era la decisión de abstinencia total que había tomado la que hacía a Daniel tan atractivo? ¿Se trataba del síndrome de «no puedes tener lo que deseas»?

—No lo sé. No las he contado, lo siento.

La sonrisa de Daniel se hizo más amplia y ella tuvo que contenerse para no sonreírle a su vez como una idiota.

—Vamos a entrar para averiguarlo. Bob, ¿puedes meter las otras dos cajas? —gritó al mozo que Freya había conocido en su visita anterior y que había aparecido en la puerta—. Yo llevaré ésta —agarró la caja y echó a andar hacia el edificio—. Mia, espera cinco minutos más y entra.

Su hija no reaccionó. Daniel había dejado de sonreír.

Freya ayudó a Bob a poner las cajas en un carrito y cerró la puerta del coche. Se despidió de Mia, y ésta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. No era gran cosa, pero era mucho más de lo que había ofrecido a su padre. Freya entró en el edificio. La caja ya estaba en una mesa y Daniel había comenzado a desenvolver las piezas.

—Son muchas —dijo él al verla acercarse.

—Lo compró hace unos años y, desde entonces, ha estado metido en un armario sin usarse.

—No es de extrañar. Casi todo el mundo prefiere la comodidad de un tazón. Va a ser difícil venderlo. ¿Cuánto pagó tu abuela?

—No tengo ni idea. No creo que se acuerde.

—Lo venderé, pero no sacarás tanto como esperas. Pasa lo mismo con esos maravillosos cubiertos con el mango de hueso. Ya nadie los quiere. No encajan con el estilo de vida del siglo XXI.

—Hay dos juegos de cubiertos. No, hay tres, pero uno es tan pequeño que debe de ser para niños.

—Serán cubiertos de postre. También son difíciles de vender. Ya no se parte un plátano con tenedor y cuchillo —cortó la cinta adhesiva de la segunda caja—. Esto tiene mejor salida —dijo mientras sacaba un bote esmaltado para la harina—. No sacaremos mucho, pero a la gente le gusta tenerlo en la cocina de su casa de campo.

—Mi abuela quiere venderlo todo.

—Muy bien. Vamos a la oficina para rellenar los papeles de este lote.

Todavía olía a humedad pero, como Mia había dicho, un calefactor despedía aire caliente. Miró la ventana y vio que la pintura estaba descascarillada en los extremos. Apartó la vista y vio que Daniel la miraba. Se sonrojó levemente, como si él supiera lo que estaba pensando.

—Mia me ha dicho que has tratado de abrirla. Es una buena idea ventilar esto si tu hija va a estudiar aquí con la tutora.

—Voy a darte el formulario.

—¿Durante cuánto tiempo estará expulsada? —preguntó Freya mientras observaba que él agarraba una carpeta de una estantería y la llevaba al escritorio.

—¿Te ha dicho eso? ¿Que la han expulsado?

—Sí —asintió Freya—. ¿No debería haberlo hecho?

—Casi parece estar orgullosa —dijo Daniel mientras se acariciaba la nuca como si le sirviera para aliviar la tensión.

—No creo.

—Todavía no es oficial —observó él en voz baja—. Se tienen que sellar los papeles.

—¿Van a hacerlo?

—Sí, claro que sí. Tenemos una reunión el martes que viene para hablar del camino a seguir en el futuro pero, francamente, me parece que no hay ninguno.

Freya no dijo nada; se limitó a observar la expresión de su cara. El tono de su voz era de resignación, pero ni por un momento creyó

que fuera eso lo que sintiera.

—Es posible que le ofrezcan una plaza en un módulo para alumnos problemáticos, pero ya ha dicho que no va a ir. No sé qué es lo que piensa hacer.

—Quizá lo mejor sea que se tome un descanso. Al menos… —se detuvo buscando las palabras—. Es posible que cuando se dé cuenta de que no tiene muchas alternativas sin calificaciones escolares quiera volver.

—¿Eso fue lo que te pasó a ti? Perdona, no es asunto mío.

—Creo que no —Freya se mordió los labios.

Quería ayudarlos a los dos. Pero, ¿qué podía decir? No tenía la receta del éxito. Se había esforzado mucho, había visto una oportunidad y la había aprovechado. Pero había tenido suerte. Si tuviera una hija, no le gustaría que hiciera lo que ella había hecho. Querría lo que probablemente Daniel quería para la suya: que eligiera correctamente.

—Mi cuñada me dijo que te marchaste del pueblo antes de los exámenes. Me preguntaba si… —se interrumpió bruscamente—. Perdona, estoy siendo grosero. No es de mi incumbencia.

Freya llevaba días esquivando preguntas sobre lo que había hecho después de marcharse de Fellingham porque solo era asunto suyo. Pero Daniel la estaba interrogando por motivos distintos.

—Sí —dijo con voz tranquila—, me marché a los diecisiete años, y no me había presentado a la mayoría de los exámenes del año anterior.

—¿Volviste?

—Si me hubiera hecho falta, lo habría hecho. Cuando tuve que buscarme la vida, todo cobró mayor sentido —buscó las palabras que describieran el impulso que la había llevado a triunfar—. Tuve suerte, pero si no hubiera sido así, me habría vuelto a matricular y habría empezado de nuevo. Mia es lo suficientemente inteligente como para hacer lo mismo. Sé que no es lo que quieres para ella pero, al final, te sorprenderá.

—¿Te ha dicho por qué la han expulsado? —le preguntó mientras le daba un bolígrafo.

—Me ha dicho que le ha dado una bofetada a una compañera.

—Y le habría dado algo más si una profesora no se lo hubiera impedido. Y lo ha hecho sin ningún tipo de provocación.

Freya frunció el ceño. Lo dudaba. No le parecía que Mia fuera agresiva por naturaleza; al menos, si no se la provocaba. Agarró el bolígrafo.

—¿Es eso lo que te ha dicho Mia?

—No habla. Dejó de hacerlo dos meses después de cumplir los catorce.

Entonces, ¿cómo sabía que no la habían provocado? Aunque quisiera a su hija, estaba más que dispuesto a aceptar los juicios ajenos sobre ella.

—Es difícil ayudarla si no me dice qué le pasa —prosiguió Daniel.

Era imposible, pero él era su padre y su cometido era tratar de averiguar lo que estaba consumiendo a su hija. Si él le pidiera su opinión, comenzaría por la muerte de su madre. Era un punto de partida evidente. Pero no era probable que le pidiera su opinión. Daniel se frotó la sien como si le doliera mucho, y ella sintió una tristeza abrumadora por él y su hija.

—Tienes que rellenar esto —dijo él indicándole el formulario—. Básicamente es poner el nombre y la dirección, hacer una breve descripción de lo que quieres vender y especificar si quieres que te mandemos el cheque o venir a recogerlo.

—Vendré a por él.

—O te lo puedo llevar —sugirió él—. ¿Cómo está Margaret?

—Triste porque no te ha visto.

—He estado muy ocupado con Mia.

—Sí. Aparte de eso, sigue empaquetando cajas. Debemos de haber llenado más de quince en los últimos días.

—¿Vendrán todas aquí?

—La mayoría. Dos contienen libros. No sé qué hacer con ellas —trató de escribir su apellido en el primer espacio y luego trazó un par de círculos en la parte superior del papel—. Me parece que no escribe.

—Prueba con éste —dijo él después de lanzar el primero a la papelera.

—Gracias —Freya se inclinó sobre el escritorio y comenzó a rellenar el formulario—. Supongo que tengo que poner mi nombre aquí.

—Tiene que ser el tuyo al ser tú quien vas a firmar. Puedes

sentarte, si quieres.

—Tardaré un minuto —respondió ella mientras trataba de recordar en qué acababa el código postal.

Daniel cerró la carpeta y la devolvió a la estantería. Freya observó cómo los vaqueros le marcaban sus hermosas y masculinas nalgas.

¿Cómo se le ocurría pensar esas cosas? Tomó aire con dificultad y volvió a mirar el formulario. Si Daniel viviera en Londres, se habría sentido muy tentada de romper la promesa que se había hecho de no relacionarse con hombres.

—Ya está —dijo unos momentos después—. He puesto «servicio de té».

Daniel se le acercó y ella olió el perfume de su jabón. Sus brazos se rozaron y Freya se quedó sin respiración. Trató de sonreír. Era una experiencia de lo más extraña; era como si estuviera andando por la arena de la playa y el agua le tirara de los dedos de los pies. Cada vez que miraba a Daniel sentía que se hundía un poco más, que estaba más atrapada. Retrocedió unos pasos, dispuesta a marcharse en cuanto pudiera.

—Muy bien —dijo él—. Tienes que firmarlo.

¿Qué pensaba Daniel de ella? No lo sabía. Había momentos en que creía que podría haber algo pero, en general, él parecía ajeno, lo cual, probablemente, fuera lo mejor.

—Aquí —señaló él.

Freya se acercó de nuevo al escritorio y firmó.

—Eso es todo. Te llevaré el cheque.

El mozo empujó la puerta.

—Chris Lewis ha venido a entregar el mobiliario de oficina. ¿Quieres que le diga que meta la camioneta?

—¿Tienes que salir primero? —preguntó Daniel volviéndose hacia ella.

—Sí.

—Dile que espere un momento —sonó el teléfono—. Lo siento. Tengo que contestar.

—Subastas Ramsey —Daniel hizo una breve pausa—. ¡Jack!

Freya pensó que debería marcharse mientras él estaba ocupado, huir mientras se le presentara la oportunidad. Volver a casa de su abuela y seguir empaquetando cosas.

—¿Hay que hacer algo más? —le preguntó al mozo.

—Si ha rellenado el formulario, ya está —dijo éste mientras entraba en la habitación.

Freya miró a Daniel para indicarle con un gesto que se iba, pero éste miraba el reloj.

—No puedo hacer nada antes de mediodía. La tutora de Mia viene hoy y tiene que haber alguien responsable presente —Daniel se echó hacia atrás y, con el codo, tiró un montón de papeles. Ella comenzó a recogerlos. Él le hizo un gesto de agradecimiento y siguió hablando—. La agencia no ha podido mandar a nadie hoy, y aunque lo hubiera hecho, no habría podido dejar a Mia con esa persona. No es una de las funciones que tiene que desempeñar.

Freya alzó la vista mientras dejaba unos papeles en el escritorio. Sus ojos se encontraron y él se encogió ligeramente de hombros, como si adivinara lo que ella estaba pensando sobre el caos que era su vida.

Ella sonrió. Desde luego que era un desastre, pero no era eso lo que pensaba. Nunca en su vida había experimentado una conexión tan intensa con otra persona, la sensación de que sus problemas le importaban tanto como los propios.

No tenía motivo alguno para preocuparse por la relación de Daniel con su hija, ni por cómo llevaba el negocio, ni por el hecho de que, para él, el día no tuviera suficientes horas para poder acudir a todos los sitios donde era necesario.

El único motivo era que le gustaba.

Estaba asustada. Podía hacer frente al hecho de conocer a un hombre sexualmente atractivo, ya que su respuesta era biológica. Pero que un hombre le gustara más allá de lo puramente físico era otra cosa, porque implicaba una relación emocional, lo cual la aterrorizaba.

Puso los últimos papeles en el escritorio y se dio la vuelta al sentir una corriente de aire frío. Una mujer, vestida de manera muy tradicional, entró resueltamente en la oficina con Mia a su lado.

—Soy Susan Phillips, la tutora de Mia.

Freya miró a Daniel, que se estaba frotando la nuca. Tuvo que reprimir el deseo de acercarse a él y abrazarlo.

—Tendrá que hablar con el padre de Mia. Enseguida la atenderá.

—Oye, tengo que colgar —dijo Daniel—. Te llamo dentro de

cinco minutos. Lo sé, lo siento, pero no tengo más remedio. De acuerdo. Adiós —colgó y se dirigió a la tutora—. Lo siento.

—¿Daniel Ramsey? Soy Susan Phillips.

—Hola, la estábamos esperando.

La puerta volvió a abrirse y en el umbral apareció un hombre fornido.

—¿Puedo meter la camioneta? Está bloqueando la calle.

—Un momento. Enseguida estaré con usted —dijo Daniel.

—No se preocupe —Freya habló con voz tranquila—. Me esperaré hasta que haya usted descargado —ésa era la parte fácil—. No tengo prisa —dijo a modo de explicación cuando Daniel se volvió a mirarla.

No estaba segura de si entre las tareas de la tutora se hallaba la de informar de cuál era la situación en el hogar del alumno; si así era, el principio no podía haber sido peor. Mia estaba enfurruñada y totalmente ajena a lo que sucedía y Daniel parecía a punto de venirse abajo por la presión.

—Muy bien —dijo el mozo—. Voy a buscar a un par de chicos para que te ayuden con los escritorios —le dijo al hombre fornido mientras salían juntos.

—Acaba de llegar una entrega de muebles de oficina un poco antes de lo que esperaba —dijo Daniel volviéndose hacia la tutora.

Ésta no mostró interés alguno por aquella explicación y se limitó a desabrocharse el abrigo.

—Vamos a empezar. ¿Hay algún lugar tranquilo para trabajar?

Freya pensó que podía ayudar a Daniel. Era muy fácil: solo tenía que ofrecerse. Y no tenía por qué significar nada. Y no sería por mucho tiempo.

—Había pensado que fuera aquí —dijo Daniel mirando el escritorio.

—Necesitamos estar tranquilas para concentramos —respondió la tutora con el gesto torcido.

No fue tanto lo que dijo como el modo de decirlo lo que provocó la ira de Freya.

—Allí hay una cocina muy pequeña con una mesa —Daniel indicó una puerta en el extremo izquierdo de la oficina—, pero me parece que estarán mejor aquí. Mia y yo hemos despejado un poco el escritorio esta mañana.

—Lo intentaremos —dijo Susan Phillips como si le supusiera un gran sacrificio—. Supongo que habrá una persona responsable mientras damos la clase.

Daniel vaciló. Freya dejó de darle vueltas al asunto y habló:

—Sí, yo.

Daniel volvió la cabeza lleno de incredulidad. La expresión de sus ojos era inescrutable. Freya dejó el bolso en la mesa.

—Me quedaré a acompañarlas.

Capítulo 6

¿Qué demonios hacía Freya? Daniel se pasó la mano por el pelo y captó su sonrisa antes de que se dirigiera a la tutora.

—El padre de Mia tiene una cita, así que me quedaré en su lugar —se quitó la cazadora y agarró el abrigo de la tutora—. ¿Dónde los cuelgo? —Se volvió hacia Daniel.

Aquello era como entrar en otra dimensión, mucho mejor que en la que había vivido hasta ese momento y claramente distinta. Daniel sabía que Freya Anthony era una tentación que debía evitar por muchos motivos, todos ellos buenos. Pero allí estaba, tendiéndole una mano que no podía rechazar.

Pero, ¿por qué se la tendía?

—¿Daniel? —le urgió ella.

Debía de parecer idiota. Se dirigió a la puerta y la cerró. Había unos ganchos en la pared.

—Aquí —dijo.

—¿No tienes una percha?

—No.

Freya enarcó una de sus hermosas cejas y él supo exactamente lo que estaba pensando. Ella habría tenido varias perchas, una ventana que se abriera y muebles de diseño ergonómico colocados según los principios del *feng shui*. A pesar de todo, tenía ganas de reírse. Ella se acercó a los ganchos y colgó con cuidado el abrigo de la tutora.

—¿Qué haces? —murmuró él.

—Ayudarte.

—Vais a estar por lo menos una hora —susurró mientras le quitaba la cazadora y la colgaba.

—No importa.

¿Que no le importaba? Aquélla era la misma mujer que no hacía ni dos semanas no estaba dispuesta a esperar ni veinte minutos. Entonces, ¿por qué…? Si era la clase de mujer que Sophy creía, no podía fijarse en él. No tenía dinero y estaba cargado de responsabilidades.

—Freya —murmuró cuando ella estaba a punto de darse la vuelta.

—¿Qué? —contestó ella por encima del hombro, con sus

increíbles ojos azules llenos de malicia.

Con la tutora de Mia allí mismo, no podía hablar como quería, y ella lo sabía y se estaba divirtiendo. La miró impotente mientras volvía al centro de la habitación.

—¿Quiere un té o un café antes de empezar a trabajar?

—Un café, gracias —la tutora consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa—. Solo y sin azúcar.

—¿Por qué no me acompañas, Mia? —sugirió Freya—. Así me enseñas dónde están las cosas y, mientras, tu padre puede hablar con la señorita Phillips para ver si tiene todo lo que necesita.

Mia no contestó, pero se dirigió a la cocina. Teniendo en cuenta que antes había dejado muy claro que no pensaba hacer ningún tipo de tarea escolar, aquello era un gran paso hacia delante.

—No creo que esta habitación sea adecuada a largo plazo, señor Ramsey. En realidad, no creo que podamos dar clase aquí. Si hoy se producen muchas distracciones, tendremos que replanteárnoslo.

—Desde luego —la puerta de la cocina se cerró y Daniel se pudo concentrar mejor en lo que le decía la tutora.

—¿No hay nadie de la casa que pueda quedarse?

—No. Mi esposa ha muerto.

Normalmente, la gente se desvivía por darle el pésame, pero la señorita Phillips era de naturaleza más dura.

—¿Se queda entonces la recepcionista?

—Freya no es la recepcionista. Es la amiga de una amiga, y se ha ofrecido a ayudarme.

—Entiendo.

Era imposible que lo hiciera, ya que ni él mismo lo entendía. ¿Freya lo hacía por él? No tenía sentido. A menos que lo hiciera por Mia, lo cual era posible, aunque le hacía menos gracia esa idea que ser él el centro de su atención.

—Creo que podremos usar el escritorio —prosiguió la tutora—. Y prefiero que su amiga se quede en la habitación de al lado y quedarme a solas con su hija. Los alumnos se concentran mejor si no hay nadie más a su alrededor. Pero dejaremos la puerta entornada.

Lo que decía tenía lógica, pero los pensamientos de Daniel se dirigieron rápidamente a la cocinita sin ventana en la que Freya tendría que estar.

La señorita Phillips se sentó frente al escritorio y lo miró con expresión ligeramente irritada. Luego miró el reloj que había en la pared.

—En cuanto Mia esté lista, empezaremos.

—Voy a buscarla.

Abrió la puerta de la cocina. No estaba seguro de lo que iba a encontrar. Se había dado cuenta de que a Mia le caía bien Freya, pero que ésta consiguiera que cooperara en las tareas escolares era otro cantar.

—La señorita Phillips quiere que empecéis —dijo mientras observaba a su hija echando leche en las dos tazas que había en la mesa.

—Ya lo guardo yo —dijo Freya mientras le quitaba el cartón de leche a Mia—. Cuanto antes empecéis, antes acabaréis —y fue a la nevera a dejar la leche.

—No lo estropees, Mia —le dijo su padre, incapaz de contenerse, mientras ella salía de la cocina. Hizo una mueca cuando cerró de un portazo. No tuvo que mirar a Freya para saber que no había sido muy inteligente decir aquello—. Ya lo sé. Ha sido una estupidez decirlo.

—No lo va a estropear.

—¿Tú crees? —Vio que Freya se limitaba a sonreír, pero la verdad era que no sabía las oportunidades que Mia había desperdiciado. Miró el reloj—. ¿Estás segura de que quieres quedarte?

—No es mucho tiempo. ¿Me quedo aquí?

Freya se sentó a la mesa sosteniendo uno de los tazones que Anna había hecho a mano, uno de los primeros, de la época en que estuvo experimentando con el esmalte.

—Me temo que sí. Lo siento.

—Me he ofrecido yo. De hecho, no te he dejado otra elección.

—¿Por qué?

—Porque puedo hacerlo, porque está bien que lo haga; porque si vuelvo a casa y le digo a Margaret que no lo he hecho, mi vida correrá peligro.

Esa razón obligó a Daniel a sonreír.

—Si tan segura estás…

—¿Es siempre tan difícil ayudarte? Vete a llamar por teléfono,

haz lo que tengas que hacer y vuelve cuando hayas acabado.

Así de fácil. Por primera vez desde que la conocía, vio en ella algo de Margaret: la misma determinación al alzar la barbilla y la misma risa oculta en sus ojos azules. Ella se había dado cuenta de que le resultaba difícil aceptar su ayuda, lo cual la divertía mucho.

A decir verdad, se habría sentido más tranquilo si fuera Margaret la que estuviera allí. Freya tenía un pasado, mala reputación y, aunque a él le daba igual, no estaba seguro de querer que su hija se relacionara mucho con ella. Pero no tenía alternativa. Se apretó la nuca; le dolía mucho.

—Te pagaré el tiempo que estés.

—Vete. Ya hablaremos de eso después.

—Gracias —sacó el móvil del bolsillo—. Lo tendré encendido por si me necesitas. Mia sabe el número.

Freya asintió y se echó a reír.

—Vale, ya me voy —dijo él mientras sentía que le disminuía la tensión del cuello.

* * *

Daniel aparcó en el patio creyendo que el coche de Freya no estaría; dos horas eran demasiado tiempo. Tenía que haber llamado por teléfono. En realidad, lo que tenía que haber hecho era haber vuelto al final de la clase de Mia. Si Freya estaba enfadada e impaciente, solo él tendría la culpa.

Y a saber de qué humor estaría su hija. Le había prometido llevarla a la granja Stotfold para que pudiera montar a caballo con Sophy. El hecho de haber descubierto unos objetos que eran un verdadero tesoro no era una justificación.

Las llamó en voz alta. Empujó la puerta de la oficina y las vio riéndose, rodeadas de archivadores y cajas medio abiertas. Tardó unos instantes en comprender lo que tenía delante. La realidad era totalmente diferente a lo que había esperado.

—Estamos clasificando los archivos —dijo Mia alzando la vista.

—Ya lo veo.

—Freya no soporta el desorden.

Daniel la miró. Se había arremangado y tenía el pelo recogido

en una cola de caballo. Parecía que la hubieran pillado haciendo algo que no debiera.

—Me declaro culpable. ¿Te importa?

Parecía mucho más joven que cuando la había conocido. Menos intimidante, para ser sinceros. Encantadora. No sabía de dónde procedía ese pensamiento, pero se deslizó en su cerebro y se quedó allí. Y Mia estaba contenta. A pesar de que Sophy creía que Freya sería una influencia desastrosa para su hija, todo indicaba lo contrario ¿Y desde cuándo le importaba lo que creyera Sophy?

—No quiero interrumpiros.

Mia se levantó y agarró un bloc de notas de la mesa.

—Hemos tomado todos los mensajes. Hay dos que son importantes.

Daniel agarró el bloc, pero miraba a Freya. Había obrado un milagro.

—Gracias —dijo—. Siento haber llegado mucho más tarde de lo que pensaba.

—Hemos llamado a Margaret para que no se preocupara —apuntó Mia—. Y a la tía Sophy para decirle que llegaré tarde para montar a caballo. Freya dice que la gente se enfada menos si sabe lo que pasa.

—Soy yo quien debería haberos llamado —Daniel hizo una mueca.

—Si quisiéramos haberte llamado, teníamos el número —dijo Freya con voz risueña—. Estábamos bien. Ya no hace frío aquí.

—Aunque este sitio está muy sucio —dijo su hija sacudiéndose los pantalones.

—Cuando quitemos todo lo que hay por el suelo, puedes pasarle la fregona —dijo Freya.

—Vale —asintió Mia.

Un verdadero milagro. Daniel miró a Freya, que dejaba una carpeta sobre un montón. Como si se hubiera dado cuenta, ella alzó la vista y le sonrió.

Toda una rama de la industria del cine se había desarrollado sobre el poder de esa clase de sonrisa. No era solo una sonrisa. Le invadió una oleada de deseo. Apenas la conocía, sabía que había mil razones para que las cosas siguieran como estaban, pero por primera vez en muchos años sentía algo. Simplemente eso: sentía.

Llevaba años en una especie de limbo, en la nada. Se levantaba, se acostaba y, entre medias, resolvía cosas. Pero en aquel instante se había dado cuenta de que quería algo más que eso: la quería a ella. Apartó la mirada y la dirigió a su hija, que era en quien debía concentrarse todo el tiempo. Era lo que Anna habría esperado. Le había prometido que cuidaría de su hija. Y esa promesa no incluía dejar de dedicarle tiempo para relacionarse con una mujer que a Anna probablemente no le hubiera gustado.

—Puedo llevarte a la granja ahora. Le diré a Bob que conteste al teléfono.

—Pero no hemos acabado —dijo Mia mirando el desorden semicontrolado.

Aunque le emocionaba contemplar ese incipiente sentido de la responsabilidad, en realidad quería irse de allí y pensar en lo que le estaba sucediendo. En el transcurso de pocos minutos, todo había cambiado para él, y eso no le gustaba en absoluto.

—Seguirá todo aquí cuando vuelvas.

—Pero ya está clasificado. Solo hay que guardarlo.

Hacía mucho tiempo que no veía a Mia tan interesada por algo. No sabía qué hacer. Por el rabillo del ojo vio que Freya se ponía de pie. ¿Qué pensaba Anna de ella doce años antes? ¿Qué habría pensado de ella en aquellos momentos?

—¿Qué te parece si empiezo a guardar todo esto mientras vas a montar a caballo? —Freya sonrió a Mia.

—No hace falta… —empezó a decir Daniel, pero se calló al ver la expresión de ella. Comenzaba a parecer, incluso para sí mismo, un disco rayado. ¿Qué excusa podía poner que fuera convincente? —. ¿Estás segura de que Margaret se las arreglará sin ti?

—Está en la colecta del Instituto de la Mujer.

La «chica mala» de Fellingham… y él se estaba tragando el anzuelo, el sedal y los plomos. ¿Lo sabía ella?

Y si así era, ¿qué le parecía?

—Con tal de que no tengamos que volver a empezar, me parece bien —dijo Mia mientras se ponía el jersey—. ¿Acabamos mañana?

Freya interrogó a Daniel con la mirada: «¿Qué quieres que haga?», pero él no lo sabía. Si simplemente se estuviera ofreciendo a ayudarlo en la oficina, la respuesta sería sencilla.

—Freya está aquí para ayudar a Margaret —dijo con poca

convicción.

—Puedo sacar un par de horas diarias —dijo Freya—. Quizá pueda compaginarlas con las clases de Mia, lo cual también te dejaría libre a ti.

«Dos horas diarias». La vería todos los días. Y un día se marcharía. Volvería a su glamurosa vida londinense. ¿Cómo se sentiría él entonces? ¿Y la otra opción? ¿Y si se quedaba? ¿En casa de Anna? ¿Con su hija? ¿Con él?

—Si quieres ir a montar, será mejor que nos vayamos. No tienes que quedarte si no quieres —se arriesgó a mirar a Freya—. Bob se encargará del teléfono —al ver que ella dejaba de sonreír, se sintió fatal. Sabía que había herido sus sentimientos. Cerró los puños. Estaba estropeándolo todo. Otra cosa más que estropeaba—. Me siento incómodo —le costaba encontrar las palabras—. Te he arruinado el día. Has venido para estar con Margaret y…

—En realidad, me encanta hacer cosas así. No tengo planes definidos, pero voy a quedarme otras dos semanas como mínimo.

Freya sonrió y él sintió una opresión en el pecho. ¿Trataba de convencerlo de que era él quien le hacía el favor? Dos semanas no era mucho tiempo. No estaba seguro de si eso era bueno o malo. Por el dolor que sentía en el pecho, se inclinó a pensar que era malo.

—¿Nos vamos? —preguntó Mia.

—Si ya tienes todo lo que necesitas, vámonos.

—Hasta mañana, Freya —dijo Mia mientras abría la puerta.

«¡Dos semanas con Freya Anthony! ¿Qué te parece?», se preguntó Daniel.

Capítulo 7

Freya puso una factura de enero en su sitio y cerró el archivador. Le encantaba aquello: crear orden a partir del caos era un bálsamo para su espíritu. Desde pequeña le había gustado ordenar las cosas. Lo que era inesperado era que le agradara realmente estar en aquella oficina. Le gustaba oír el tic-tac del reloj de pared, el olor a… Aspiró: no estaba segura de a qué olía. Era una especie de olor a moho, pero era agradable.

Puso el archivador en el estante que le había asignado. También le gustaba saber que era útil. Allí había tantas cosas que hacer que la mantendrían ocupada durante meses. Le había dicho a Daniel que se quedaría dos semanas, lo cual era suficiente para prestarle ayuda y no demasiado para hacerle daño. Oyó voces y se volvió al abrirse la puerta.

—Sigues aquí.

—Solo tengo que poner esos archivadores aquí arriba y habré acabado.

¿A quién pretendía engañar? Dos semanas bastaban para causar estragos. Ver a Daniel fue como recibir una patada en el estómago. Parecía recién salido de una revista de moda. Le resultaba increíblemente sexy y seductor con su cazadora de cuero y sus vaqueros. Pero Daniel, con o sin cazadora, era muy atractivo. Eran sus ojos, o tal vez las arrugas que se le formaban en el entrecejo y que ella querría alisar con los dedos.

Él se quitó la cazadora y la arrojó sobre el escritorio, completamente despejado.

—Es sorprendente. Has hecho un trabajo fantástico.

—Todavía va a quedar mejor.

—Creí que no te interesaba el trabajo.

—Y no me interesa como trabajo.

—Entonces, ¿por qué has hecho todo esto?

«Porque necesitas mi ayuda; porque me gustas, porque puedo hacerlo», pensó. Era fácil hallar las respuestas, pero no tanto decirlas.

—¿Por qué no?

—Si te impide hacer otras cosas que hayas previsto, tienes que

decírmelo —dijo él mientras se le acentuaban las arrugas del entrecejo. Tomó un par de archivadores y se los pasó a Freya—. Podría pagarte lo que le pago a la agencia, lo cual es algo más que la tarifa habitual.

—No tienes que…

—Para mí es una ganga —la miró a los ojos—. El hecho de que estés dispuesta a quedarte aquí mientras Mia da clase vale mucho más. Yo trataré de estar, pero… —se encogió de hombros—. Sería estupendo saber que puedo recurrir a alguien. Te lo agradecería mucho.

¿Era el momento de decirle que no necesitaba su dinero en absoluto? Estuvo a punto de hacerlo, pero se mordió la lengua. Si lo hacía, las cosas cambiarían, y no quería que fuera así. Desde que Matt se había marchado, todos los hombres con los que había salido solo veían en ella el dinero que tenía. Matt no había sido capaz de aceptar su éxito, y ella había descubierto que la riqueza era un regalo envenenado, lo cual resultaba descorazonador, pues había sido su razón de vivir durante una década.

Agarró otro archivador. A Daniel tampoco le gustaría creer que lo ayudaba porque le daba lástima, lo cual no era verdad. No era un hombre del que uno se pudiera compadecer. Lo que le producía era una tristeza abrumadora por las circunstancias en que se hallaba.

—De acuerdo —dijo—. Llevaré un control de las horas, lo cual nos permitirá cierto grado de flexibilidad. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

En un rincón de su cerebro, una alarma comenzó a sonar mientras Daniel extendía la mano para estrechar la suya. Aquello no era sensato. Él le gustaba, incluso podía estar enamorándose. Se dieron la mano. Por una vez no pensó en adoptar la posición dominante ni en controlar la duración del apretón de manos. La mano de él era cálida y fuerte. Ella lo miró a los ojos para dejar de ver el contraste entre su piel pálida y la de él, más oscura. Pero mirarle a los ojos fue un error. Entre los dos se produjo una chispa que ella no entendió y que nunca había experimentado. Comenzó a respirar con dificultad y a sentir una terrible opresión en la cabeza. Supuso que sería algo parecido a lo que se sentiría al saltar desde un acantilado: euforia… y miedo.

Quería que la besara. Deseaba que la atrajera hacia sí con todo

su ser. Quería saber lo que sentiría si él le acariciaba la espalda con aquellas manos. Le miró los labios. Quería besarlo. Para una chica que solía extender el brazo y agarrar lo que deseaba, fue un sentimiento extraño dejar que le soltara la mano y se diera la vuelta. Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

—Tengo que volver.

—Creía que Margaret estaba en el Instituto de la Mujer —dijo él girando la cabeza.

—Estará hasta las tres, más o menos.

—Entonces tienes que comer algo. Voy a tomarme un bocadillo en Wheatsheaf.

Freya, nerviosa, se pasó la lengua por los labios. Él se las había arreglado para que pareciera una invitación totalmente informal. ¡Por Dios! No sabía qué hacer. Aquel tipo de cosas no se le daba bien. Carecía de práctica para interpretar el mensaje subyacente.

—De acuerdo —dijo al fin.

—Bob —dijo Daniel acercándose a la puerta—, contesta el teléfono, por favor. Si necesitas algo, llámame al móvil. No tardaré mucho; unos cuarenta minutos.

Bob asomó la cabeza por la puerta y asintió. Freya se dio la vuelta y buscó en el bolso la tarjeta de crédito. Se sentía cohibida: no había otra manera de describirlo. Cohibida y sin saber qué hacer. Y eso que aún no se había planteado lo que sería entrar en una cafetería en el centro de Fellingham. ¿Había pensado Daniel en lo que diría la gente al verlos juntos?

—¿Nos vamos? —Daniel se volvió y le sonrió—. Es aquí mismo, al doblar la esquina.

—Ya lo sé —en el patio soplaba un viento helado que le cortó la respiración—. Hace tanto frío que es posible qué nieve.

—Sí, es posible.

—Me alegro —continuó ella, nerviosa; no quería que se produjera un silencio— de que hayas puesto un calefactor en la oficina. En caso contrario, la señorita Phillips habría salido corriendo.

—De todas maneras, no estaba muy dispuesta a trabajar allí.

—Al final parecía contenta —Freya aceleró el paso para mantenerse a su altura—. Al menos no hizo ningún comentario negativo. Solo dijo que volvería el viernes.

—Estamos en periodo de prueba, desde luego —Daniel disminuyó el paso al percatarse de que ella iba casi corriendo—. Perdona. Mia siempre me dice que ando muy deprisa —miró sus zapatos de tacón de aguja. Verdaderos zapatos de ciudad, de los que estaban pensados para ir del ático al coche, de ahí al restaurante y vuelta al ático. Comenzó a caer aguanieve y alzó la vista—. Vamos a llegar justo a tiempo. Me parece que Mia no va a poder montar esta tarde.

—¿Dónde va?

—A Stotfold. Su tía vive allí, y tiene dos caballos.

—¿Sophia?

—Sí —no podía deducir por su voz lo que Freya pensaba de su cuñada. Probablemente, la aversión fuera mutua—. Su exmarido y ella compraron unas cuantas hectáreas de la granja original.

Pasaron por un puesto de periódicos y cruzaron la calle. Freya disminuyó el paso.

—El aparcamiento está lleno.

—Siempre lo está.

—¿En serio?

—En serio —confirmó él mirándola. De pronto se dio cuenta de lo nerviosa que estaba Freya—. Todo irá bien —sus miradas se encontraron. Durante unos segundos, él creyó que iba a negar que se sintiera inquieta, pero le sonrió levemente—. No puedes estar eternamente escondida. Además, tienes todo el derecho a estar aquí.

—Es fácil decirlo.

—Tú decides —dijo él deteniéndose.

—Estoy cansada de consentir que controlen lo que hago.

—Entonces, vamos.

—La última vez que estuve aquí era menor de edad.

—¿Venías con frecuencia? —preguntó él mientras subía los escalones del porche.

—No. Si quería tomar alcohol, no me atrevía a hacerlo aquí. Iba a Olban. Tan tonta no era, al menos en ese aspecto.

¿Y eso qué significaba? ¿Que lamentaba lo que había hecho? ¿Y qué era lo que había hecho? Lo único que él sabía era que se había marchado de Fellingham con un chico. Los informes variaban con respecto a quién era, pero todos coincidían en que era varios años mayor que ella y el batería de un grupo local.

Freya empujó la puerta y él la siguió.

—¡Por Dios!

—Sí, ha cambiado un poco —afirmó Daniel riendo—. Hubo algunas quejas cuando comenzaron a quitar cosas antiguas, pero han conseguido conservar un aire de época, lo que goza de la aprobación de la mayoría del pueblo.

—Han hecho un buen trabajo —Freya dio un paso atrás cuando un hombre que llevaba tres jarras de cerveza le dio un golpe en el brazo.

—Perdón —dijo éste.

Daniel la sujetó instintivamente por los brazos. Se quedó sin respiración cuando su suave pelo le rozó la cara, y se sorprendió al ver cuánto deseaba protegerla.

—Claro que ser un sitio tan popular tiene sus inconvenientes —dijo mientras se obligaba a soltarla.

El murmullo de las conversaciones inundaba la sala. Había mucha gente en la barra pero, por suerte, quedaban algunos asientos libres.

—¿Dónde prefieres sentarte?

—Allí —respondió ella mientras señalaba dos sillones en una esquina. Estaban un poco retirados, y era la elección perfecta si querías pasar desapercibido. Freya atravesó el espacio atestado de gente y se acomodó en el sillón que tenía la mejor vista de la sala.

—Dime lo que quieres e iré a pedirlo a la barra.

Freya se quitó la cazadora, cruzó las piernas y tomó el menú.

—¿Qué vas a tomar tú?

—A veces tomo un bocadillo de pollo a la mexicana, pero soy adicto al de hamburguesa con pan italiano.

—Entonces, tomaré uno de ésos. Y, de beber, agua mineral. Tengo que conducir.

—Muy bien —Daniel se levantó y se dirigió a la barra. Se le había olvidado cómo era aquello de ir a tomar algo con otra persona, cómo era acudir a una cita que no era tal, porque no había presión ni se sentiría incómodo por no volverlo a hacer.

No había tenido en cuenta lo difícil que podía resultarle a Freya entrar en aquel sitio. Estaba en estado de alerta: se sobresaltaba cada vez que se abría la puerta y se relajaba después al comprobar que no era nadie a quien conociera. Él había dicho en serio que

tenía todo el derecho a estar allí. Tenía diecisiete años cuando se marchó. Que él supiera, no había cometido delito alguno. Incluso un asesino cumplía una condena más corta.

Miró por encima del hombro y vio, fascinado, que Freya se estaba mordiendo las uñas, algo que no se debía permitir muy a menudo. Una de las primeras cosas en que se había fijado era lo cuidadas que las tenía. Sonrió. Por fuera parecía muy equilibrada y fría, pero se trataba de una fachada. En el fondo bullían un montón de emociones, y quería saber cuáles eran.

Se volvió hacia la barra y pidió lo que querían tomar. Quería saber todo sobre ella: por qué se había marchado de Fellingham y, lo que era más importante, qué le había sucedido desde entonces. ¿Qué era lo que le producía esa tristeza en la mirada? ¿Por qué se tomaba un año de descanso cuando otras mujeres de su edad comenzaban a oír el tictac del reloj biológico? ¿Por qué tenía un coche tan caro y llevaba ropa tan cara? ¿Era eso importante para ella?

Tantas preguntas y tan poco tiempo para hacerlas. Dos semanas después, Freya se marcharía. Tal vez se quedara algo más si Margaret la necesitaba. Con las bebidas en la mano, volvió a su lado.

—He pedido hielo. Espero que no te importe. Traerán los bocadillos dentro de unos minutos. No creo que tarden mucho.

—No soy yo la que tiene que volver al trabajo.

—Es cierto —se quitó la cazadora y se sentó frente a ella.

—¿Te gusta lo que haces? —preguntó ella.

Su voz estaba llena de curiosidad, como si fuera una pregunta que hiciera un tiempo que quería hacerle. Él supuso que no era sorprendente teniendo en cuenta el estado de su empresa. Ella tenía razón al decirle que necesitaba una inyección de capital, pero, sobre todo, necesitaba que le dedicara tiempo.

—En general, sí —tomó un trago de cerveza—. Aunque ahora mismo me gustaría que la empresa tuviera cinco años más.

—¿Cuántos tiene?

—Cuatro. Y los comienzos fueron muy difíciles —acarició con el pulgar el anillo de casado y lo hizo girar—. Mi esposa, Anna, murió el primer año. Llevaba enferma mucho tiempo. Pero el final llegó de repente, poco después de llegar aquí. Debería haber vivido más

tiempo. La primera fase de quimioterapia había tenido éxito. O eso fue lo que los médicos creyeron. Pero la enfermedad se reprodujo con una ferocidad que sorprendió a todos.

—Lo siento.

—Para Mia fue muy duro.

—Para los dos. ¿Sabía Mia que su madre se estaba muriendo?

—Al final, sí. Se lo dijimos cuando el único tratamiento posible era paliativo. Anna tuvo tiempo de hacer algunas cosas para Mia: rodamos un diario en vídeo, le escribió cartas… esas cosas.

Freya vio que tragaba saliva. Irradiaba dolor, lo cual era hermoso. Había querido de verdad a su mujer. La invadió una sensación de soledad. Si se ponía enferma, si se moría, nadie llevaría luto por ella; nadie para quien, en el plano personal, el mundo hubiera sido un lugar mejor gracias a que ella había existido.

Daniel le dirigió una sonrisa de las que se esbozaban cuando se fingía que todo iba bien.

—Le hizo a mano tarjetas de felicitación por sus cumpleaños, su compromiso matrimonial, su boda… —se llevó la mano a la cara—. Perdona, pero esta conversación no es la más adecuada para un martes a la hora de comer.

—No hay nada que perdonar. Echarla de menos es el mejor cumplido que puedes dedicarle.

—Ojalá estuviera aquí para educar a Mia. Me parece que lo estoy haciendo muy mal.

Eran las palabras que Freya había estado esperando, pero, ya que las había dicho, se mostraba reacia a contestarle.

—¿Habló Mia con alguien sobre sus sentimientos con respecto a la muerte de su madre?

—No quiso.

—¿Y por qué no lo hace ahora?

—Como si fuera así de fácil —dijo Daniel en tono seco.

Freya pensó que quizá fuera arrogante por su parte creer que conocía las respuestas cuando él debía de haberse pasado horas reflexionando sobre cómo ayudar a su hija.

Pero… ¿y si las conociera?

—Está llena de rabia.

—Ya lo sé.

—Y está asustada.

—¿Cómo lo sabes? —La mano de Daniel vaciló ligeramente al llevarse la jarra de cerveza a los labios.

—Porque yo también lo estaba. Todos me consideraban un problema, pero, por dentro, estaba aterrorizada —Freya bajó la cabeza para que el pelo le cubriera la cara y ocultara su sonrojo.

Se estaba adentrando en un territorio nuevo. A pesar de haber sugerido a Daniel que su hija hablara con alguien, ella nunca había hablado de lo que le había pasado; al menos, con nadie a quien pagara por escucharla.

En cierto modo se sentía avergonzada, porque no había sido para tanto. Ni la habían pegado, ni habían abusado sexualmente de ella, ni le había sucedido ninguna de las cosas terribles que aparecían en los titulares de la prensa. Simplemente, se sentía muy desgraciada, terriblemente desgraciada.

Daniel dejó la jarra en la mesa. Su expresión había dejado de ser defensiva. La escuchaba con atención. Quería saber lo que le había pasado.

—¿De qué estabas tan asustada?

—De la vida. De mi vida —trató en vano de sonreír—. ¿Qué te ha dicho Sophia de mí? No te preocupes —añadió al ver que Daniel se removía incómodo en el asiento—, sé que ha tenido que hablarte de mí. Y sé que no le caigo bien.

—Así es. Dice que te gustaba ser el centro de atención, que manipulabas a la gente a tu gusto, que te dedicabas a fumar y a beber mientras los chicos de la finca…

—Ya me hago una idea —¿se creería Sophia lo que decía? Tal vez se hubiera sentido intimidada por ella. Freya solo recordaba la sensación de aislamiento y de soledad en el grupo de gente de su edad.

—Sophy no siempre sabe juzgar a las personas —dijo Daniel.

—Hice todo lo posible para demostrarle a todo el mundo que no me importaba lo que pensaran de mí.

Era gracioso que Sophia creyera que quería ser el centro de atención cuando lo único que deseaba era un poco de atención. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y parpadeó varias veces para hacerlas desaparecer.

—Freya…

—No pasa nada —irritada, se pasó la mano por la cara—. Por eso me resulta difícil venir a un sitio como éste. Tengo veintinueve años y me sigue preocupando lo que los demás piensen de mí. Es ridículo.

—Si quieres, nos vamos.

—Este año quería empezar de cero —dijo ella mientras negaba con la cabeza—. Quizá lo que me haga falta sea aclarar antes las cosas antiguas para estar preparada para volver a empezar.

—Podíamos haber ido a otra parte. No lo pensé.

—¿Y por qué ibas a haberlo hecho? Eres una buena persona, e imagino que siempre has caído bien a los demás.

—Salvo cuando dejé embarazada a la hija del profesor Jameson.

Era gracioso lo próximos que estaban la risa y el llanto. Momentos antes, Freya trataba de no llorar y había acabado riéndose.

—Supongo que no lo debiste de pasar muy bien.

—Lo hice cuando concebimos a Mia. Decírselo al padre de Anna fue menos divertido.

—¿Por qué no siguió Anna estudiando en la universidad?

—No quiso. Había ido a la universidad porque era lo que sus padres esperaban que hiciera. Y estudió francés y español cuando lo que de verdad quería era estudiar algo relacionado con el arte.

Desde fuera había parecido que Anna Jameson lo tenía todo. Freya nunca se había parado a pensar en la presión que sus padres pudieran ejercer sobre ella, sobre sus dos hijas, en realidad. Alzó la vista al oír que la puerta se abría y se puso tensa hasta comprobar que quienes entraban eran unos perfectos desconocidos.

—Podemos irnos. Dilo y nos vamos.

—No debería importarme tanto lo que los demás piensen de mí.

—A todos nos importa, hasta cierto punto —el tono de su voz sorprendió a Freya. Sus miradas se encontraron—. ¿Qué crees que dice la gente sobre mi capacidad para educar a mi hija? Me culpan de todos sus errores. Lo detesto.

Tal vez le sorprendiera saber que, por lo que ella sabía, nadie culpaba a los padres de los pecados de los hijos, sino que, más bien, se los compadecía.

—Sé lo que piensa mi abuela.

—Dímelo —dijo Daniel mientras se inclinaba hacia delante y

apoyaba los codos en las rodillas.

—Que eres un buen hombre y que haces lo que puedes.

—Pero no basta, ¿verdad? —Se volvió a recostar en el sillón—. ¿Por qué estabas tan asustada?

—Porque… porque se me habían disparado las hormonas y todo estaba cambiando, y no sabía cómo enfrentarme a ello ya que seguía siendo una niña. No me sentía como una niña, pero tampoco era una persona adulta. Y porque todo lo que creía firmemente asentado comenzaba a tambalearse —la invadió una oleada de tristeza. Había hablado del matrimonio de sus padres con el doctor Coxan, pero éste no la había mirado con la expresión que tenía Daniel: la de importarle lo que estaba diciendo.

—¿Qué pasó, Freya?

Las lágrimas que no vertía le habían formado un nudo en la garganta que casi le impedía hablar.

—Nada tan terrible como lo que le ha pasado a Mia. Mis padres vivían los dos y estaban bien. Pero mi padre conoció a otra mujer. Ahora creo que siempre tuvo a «otra», pero aquella vez fue algo más serio. Un día volví pronto del colegio y me los encontré juntos. Él me amenazó.

Daniel maldijo en voz baja.

—No se lo dije a mi madre —continuó Freya—, pero creo que ella lo sabía. Tenían unas broncas monumentales. Y mi madre bebía cada vez más, vodka sobre todo.

—Freya…

La forma de decir su nombre le pareció una caricia.

—Un día tuvo un accidente con el coche y mi padre la pegó. Solo esa vez. Creo que ninguno de los dos supo que los había visto desde el descansillo de la escalera. Mi madre me dijo que se había resbalado.

—¿Alguien más sabía cuál era la situación?

—Mis padres fingían muy bien. Era lo más importante para ellos, que nadie se diera cuenta. Al final, mi madre acabó por aceptar que mi padre llevara a sus amigas a casa. Nos limitábamos a no hablar de ello. A las reuniones sociales seguían yendo juntos. Todos los consideraban una pareja encantadora.

—¿Y Margaret? ¿Lo sabía?

—No lo sé. Nunca hemos hablado de ello, ni siquiera ahora.

Supongo que lo sospechaba, pero mi padre tiene mucha labia.

—¿Y empezaste a frecuentar amistades poco recomendables?

—Fue un proceso lento. Al final, eran los únicos que me aceptaban.

—Entonces, ¿qué crees que le pasa a Mia? —preguntó Daniel mirándose los zapatos.

—Es probable que no sepa por qué hace lo que hace. Debe de sentirse sola y asustada.

—No puedo ser una madre para ella —dijo él mirándola a los ojos.

—Quiérela de forma incondicional. Alguien me dijo que las únicas personas que te quieren incondicionalmente durante toda la vida son tus padres. Si tienes suerte. Tu cónyuge siempre espera algo de ti; tus hijos, también. Tus padres, sin embargo, te quieren con independencia de lo que hagas.

—Yo quiero a Mia.

—Yo no tuve ese amor —Freya tragó saliva—, pero es fundamental. Es lo que te mantiene en pie frente a todas las contingencias de la vida. Es lo que te convence de tu valía personal, lo que te proporciona autoestima. No creo que Mia se haya peleado con su compañera porque sí. Tiene que haber un motivo, pero nadie se lo ha preguntado. Apenas la conozco, pero me parece que está poniendo a prueba a todo el mundo, tratando de ver hasta dónde puede llegar antes de que la rechacen.

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú, sobre todo. Pero no estoy segura. Lo único que sé es que, si la rechazas, confirmarás lo que ella siempre ha temido —Freya se calló al ver llegar a la camarera con los bocadillos—. Gracias —le dijo.

—La quiero de verdad —aseguró Daniel.

—Ya lo sé.

—Pero ella no lo sabe —sonrió con tristeza—. En eso tienes razón.

—Tiene la esperanza de que la quieras —dijo Freya mientras agarraba el plato, se lo ponía en las rodillas y tomaba la mitad del bocadillo. «Y de ti depende convencerla», pensó, pero no lo dijo. No era necesario.

—¡Maldita sea! —exclamó Daniel—. No te andas con

miramientos, ¿verdad?
—Mia me cae bien.
«Y tú me gustas», pensó Freya. Inclinó la cabeza para morder el bocadillo. Daniel no tenía ni idea de lo raro que era el que a ella le gustara alguien, que bajara las defensas lo suficiente como para plantearse la posibilidad de confiar en otra persona. De pronto se le ocurrió que nunca lo había hecho.
—Probablemente no me ocupé de ella mientras Anna estuvo enferma.
—No es de extrañar.
—Trabajaba mucho para compensar el tiempo que estaba fuera acompañando a Anna a las citas con los médicos y los días que tenía que pasar con ella cuando recibía quimioterapia.
Freya tenía ganas de llorar por él. El dolor de aquella época se reflejaba en su voz. Por supuesto que no había pensado en Mia. Debía de estar aterrorizado.
—Cuando mejoró decidimos realizar un cambio radical —prosiguió Daniel—. Nos vinimos aquí y monté este negocio, ya que era lo que siempre había querido hacer. Mia se lo tomó muy mal porque no quería dejar a sus amigos de Londres —suspiró profundamente—. A los pocos meses, la enfermedad reapareció —como Freya no decía nada, él continuó hablando—. Debí haberle dedicado a Mia más tiempo para explicarle lo que pasaba.
Era fácil darse cuenta después, pero Freya estaba segura de que, en su momento, había sido imposible realizar semejante gesto de equilibrio. Sabía bien lo que era montar una empresa, las muchas horas que le había tenido que dedicar los dos primeros años. Estaba segura de que Daniel no había dado más de sí, ni en el plano temporal ni en el emocional.
—¡Dios mío! ¡Qué desastre! —concluyó él y, exasperado, se pasó la mano por el pelo.
Daniel le había hecho el favor de no hablarle de tópicos sin sentido, y ella tampoco tenía intención de hacerlo. En efecto, su situación era desastrosa, y la recuperación sería lenta, tal vez tardara años.
—Gracias —dijo él.
—¿Por qué? ¿Por meterme donde no me llaman? —Freya dejó el bocadillo en el plato.

—Porque Mia te importe lo suficiente como para intentarlo —miró el bocadillo, que no había probado—. Se me han quitado las ganas de comer.

—Está bueno.

—Si tenemos en cuenta cuáles son las adicciones más habituales —Daniel agarró el bocadillo y le dio un mordisco—, ésta no es peligrosa. ¿Y ahora? ¿Sigues asustada?

«Claro que sí», pensó Freya. Él se lo había preguntado en voz baja y calmada. Estaba terriblemente asustada de lo que comenzaba a desear. Se encogió de hombros.

—Ya no tengo quince años —pero la realidad era que seguía buscando la aprobación ajena, queriendo que alguien la amara sin condiciones y que estuviera orgulloso de todo lo que ella había conseguido. Y comenzaba a desear que esa persona fuera Daniel.

—No creo que la edad importe si careces de autoestima.

Tres mujeres aparecieron a la izquierda de donde se hallaban y se detuvieron mientras esperaban a una cuarta. Freya alzó la vista, no por nerviosismo, sino porque estaban cerca. Una de ellas le resultaba familiar, pero no estuvo segura hasta que ella se volvió y dijo algo en voz baja a sus amigas. Otra se dio la vuelta y miró directamente a Freya, que se estremeció.

—Es ella —dijo la mujer.

Después se echaron a reír al tiempo que trataban en vano de contener la risa. Cuando llegó disculpándose la amiga que esperaban, se dirigieron a la puerta, y Freya oyó que decían su nombre.

—Ya está bien, vámonos —dijo Daniel, que había visto y oído todo.

—A saber lo que estarán diciendo de mí —Freya sonrió con ironía.

—Probablemente, cosas sin base alguna —respondió él mientras agarraba la cazadora—. Vámonos.

Cuando Daniel la miraba se sentía hermosa y apreciada. ¿Tenía aquello algún sentido? Nadie la miraba como él.

—Mi padre decía que solo merece la pena hacer caso de una crítica cuando procede de alguien cuya opinión valoras —él abrió la puerta.

—Es un buen consejo.

—Sí, e implica que debes hacer caso omiso de todas esas tonterías.

Ella le sonrió sin importarle que las mujeres estuvieran cuchicheando en el aparcamiento al pasar. Si a Daniel le daba igual, ¿por qué tenía que importarle a ella?

—Voy a hablar con Mia —dijo él mientras entraban en el patio de la sala de subastas—. Ahora vamos a poder pasar más tiempo juntos. Alguna ventaja tenía que tener que la hayan expulsado.

—Volveré mañana para acabar de ordenar la oficina —Freya se detuvo ante su coche y buscó las llaves en el bolso.

—Gracias —dijo él tocándole el brazo. Luego la besó en la mejilla.

Fue un suave roce de sus labios en la piel. Freya agarró con fuerza las llaves del coche para no llevarse la mano al lugar donde la había besado.

No había sido un beso sexual, ni lujurioso, ni como ninguno de los que conocía. Había sido un beso de gratitud. Y, tal vez, solo tal vez, de amor.

Capítulo 8

Daniel llevaba toda la mañana pensando en Freya, que estaba trabajando en la oficina. Por eso había vuelto tarde a propósito, para demostrarse que podía hacerlo. Aquello no podía durar mucho más. Ya habían pasado dos semanas.

Abrió la puerta de la oficina. Olía débilmente al perfume de ella. Un trabajo de arte de Mia estaba en una esquina del escritorio. Daniel lo examinó. Había heredado de Anna algo más que su sentido del color. Era un dibujo de sirenas. A Anna le hubiera encantado, y habría animado a Mia a seguir más de lo que él lo hacía… o podía hacerlo.

—Las chicas han salido —dijo Bob asomando la cabeza por la puerta—. Freya te ha dejado una nota al lado del ordenador. Se marcharon después de que se fuera la tutora.

Daniel buscó la nota y la leyó. Se había acostumbrado a ver la escritura de Freya en trozos de papel pare decirle que llamara a alguien o que le aclarara qué era algún documento.

—Han ido a la iglesia de St. Mark para ver las vidrieras.

—Eso es —Bob asintió y se fue.

Daniel se sentó. No tenía ganas de trabajar, lo cual era extraño. Se limitó a abrir su agenda. Tenía la mente en otra parte. Miró el reloj. Debían de estar todavía en la iglesia. Se dijo que quería ir a buscarlas para seguir profundizando en la relación son Mia, pero sabía que deseaba ver a Freya, en quien llevaba pensando todo el día, el día anterior… y el anterior.

Se levantó. No había ningún mal en ir a buscarlas, ya que Mia estaba allí. Aunque se sintiera tentado, no podría besar a Freya estando su hija delante. La idea de besarla comenzaba a consumirlo.

Se despidió de Bob diciéndole que iba a comer y que lo llamara al móvil si lo necesitaba. Decidió ir andando, ya que la iglesia estaba muy cerca. Vio el edificio inmediatamente. Se levantó el cuello del abrigo para protegerse del viento y apretó el paso.

Oyó a Mia antes de verlas. Se estaba riendo, lo cual le quitó un peso de encima. Hacía mucho tiempo que no oía el sonido de su risa. Esperaba que no dejara de reír en cuanto lo viera aparecer. A pesar de que se repetía constantemente que él era la persona adulta

en la relación con su hija y que era mejor que sacara su pena y agresividad con él que con otras personas, le seguía doliendo.

—¡Papá!

Freya se dio la vuelta y lo miró. El viento le alborotó el pelo. Le gustaba que llevara el pelo suelto. Le encantó que le sonriera. Su boca sensual se curvó de tal manera que se vio invadido por un intenso deseo.

—¿Has leído la nota? —preguntó Mia—. Hemos venido porque voy a dibujar la vidriera. Será parte de una serie. He hecho unas fotos estupendas con el móvil.

—No te olvides de hacerle una al arco de la puerta —dijo Freya mientras se sentaba en un banco. Y luego nos vamos. Tengo las orejas heladas. Date prisa, Mia.

En vez de quejarse, Mia se alejó por el sendero.

—Te hace falta un gorro —dijo Daniel sonriendo. Se sentó a su lado—. No sabía que tuviera que dibujar ventanas.

—Es que no tenía que hacerlo. Hablaron de ello en la clase de hoy, y recordé que ésta era espectacular. Mia la ha fotografiado desde todos los ángulos posibles. Se le dan muy bien estas cosas.

—Como a Anna.

—Por si se le olvida decírtelo, necesita más carboncillo. Y un lápiz especial, un HB, no sé de qué número.

—Muy bien.

—Supongo que, como estás aquí, no hace falta que me quede a esperar a Mia.

—¿Habéis entrado?

—¿Está abierta? No se me ha ocurrido intentarlo. Creía que estaría cerrada para evitar actos de vandalismo.

—Está abierta. El párroco lo prefiere —Daniel se levantó.

—¿No esperamos a Mia?

—La espero yo. Entra a echar un vistazo. A propósito, bonitas botas.

Freya se puso de pie de un salto y se miró las botas de caminar que llevaba puestas. Después buscó la risueña mirada de Daniel.

—Fellingham no es el sitio adecuado para llevar zapatos caros. Me las compré en Olban el fin de semana pasado —subió las escaleras del porche y agarró el pesado picaporte de hierro—. Está abierta.

—¿No te lo habías creído?

Freya entró y se vio invadida por un olor a flores. Había gruesas velas en cada ventana, y la luz grisácea del invierno penetraba a raudales por la vidriera situada detrás del altar. Era muy hermoso.

No solía ir a iglesias, pero aquélla siempre le había parecido sagrada. Le encantaba la sensación de permanencia, que las losas estuvieran desgastadas por los cientos de pies que las habían pisado. Y le encantaban los cojines para arrodillarse que colgaban de la parte trasera de los bancos. Tomó el libro de visitas, pero se volvió al oír que la puerta se abría. Daniel entró.

—Mia vendrá dentro de un minuto.

—Muy bien —comenzó a hojear el libro—. Ha habido visitantes de Australia y de Tailandia, y mucha gente de Estados Unidos.

Daniel se acercó para leer por encima de su hombro. Ella sintió el calor que desprendía su cuerpo. Si se diera la vuelta, estaría prácticamente en sus brazos. Cerró el libro. Daniel dio un paso atrás para dejarla pasar.

—Hace meses que no vengo.

—¿Está Anna enterrada aquí?

Él asintió. Freya se mordió los labios. Habría preferido no habérselo preguntado.

—La bautizaron aquí. También recibió aquí la confirmación. Y a ti, ¿te bautizaron aquí?

—Sí. Mis padres organizaron un bautizo por todo lo alto e invitaron a todos sus conocidos.

—Qué bonito.

—No. Fue una estupidez. Normalmente no iban a la iglesia, pero se pusieron de punta en blanco e hicieron una serie de promesas que carecían de significado para ellos. Lo único que les importaba eran las fotos —se dio la vuelta y anduvo por la nave central mirando cada fila de bancos al pasar—. Aquí está —dijo mientras agarraba uno de los cojines que colgaban de los bancos—. Era mi preferido. Lo utilizaba para sentarme cuando venía aquí a leer —volvió hacia el altar, que él contemplaba con cara de tristeza—. ¿Te pone triste estar aquí?

—No.

—¿Pensabas en el funeral de Anna?

—¿Tanto se me nota? —La miró y sonrió—. Vino casi todo el

pueblo. La iglesia estaba llena de gente, aunque, francamente, no recuerdo quién vino y quién no. Para mí eran un mar de rostros. Aunque estuvo bien. A Anna le habría gustado. Y para mí fue un alivio que todo hubiera terminado. Estaba agotado.

Se dirigió a la pila bautismal mientras Freya lo seguía con la mirada. Lo entendía perfectamente. Se imaginaba lo que debía de ser querer que todo acabara y, después, sentirse culpable cuando tu deseo se hacía realidad. ¿Se seguía sintiendo así Daniel? Eso explicaría que no hubiera hablado con Mia de Anna tanto como debiera. Inspiró profundamente. Le encantaba la paz que se respiraba. Le gustaría que la enterraran allí.

—¿Os casasteis aquí?

—Te olvidas de que Anna estaba embarazada —respondió él con ojos nuevamente risueños—. De siete meses, y sus padres no habrían soportado que la boda fuera en el pueblo.

—Creo que yo todavía vivía aquí. ¿Cuántos años tenía Anna?

—Veinte.

—Sí —asintió Freya tras un rápido cálculo—. Tenía quince años, la edad de Mia. Si te hubieras casado aquí, habría venido a fisgonear. Me encantaba ir a las bodas. Me gustaba ver los vestidos. Parecía un cuento de hadas. Me gustaban sobre todo las novias que llegaban en carroza. Me parecía el colmo del romanticismo. Siempre que no lloviera, claro —añadió sonriendo.

—¿Es eso lo que harías?

—¿Si me casara? —Freya se echó a reír para ocultar su incomodidad—. Si confiara en alguien lo suficiente como para comprometerme de esa manera, cumpliría todo el ritual. Iría de blanco y me pondría algo azul y algo prestado.

—¿Y llevarías una ramita de mirto?

Se estaba riendo de ella, pero le daba igual. Llevaba muchos años oculta bajo una máscara de fortaleza, cuando lo que de verdad quería era vivir aquel cuento de hadas.

—Lo haría todo. ¿Por qué no? Solo se hace una vez en la vida — quería ser feliz para siempre con un hombre que cumpliera sus promesas. Con un hombre como Daniel.

—Creía que habrías elegido un hotel caro de Londres y organizado una boda minimalista.

—Llevaría velo y un ramo de azahar. Y la tarta sería de tres

pisos. Y el novio tendría que ir de chaqué.

—¿Y si se niega?

—Se iría a casar con la chica equivocada. Una boda tiene que ser romántica, ¿no crees? Si no, ¿para qué casarse?

Daniel parecía ligeramente desconcertado, como si la respuesta de Freya fuera lo último que esperaba oír. Nadie habría supuesto que la joven que se sentaba a esperar el autobús bebiendo latas de cerveza dibujara vestidos de baile en su cuaderno.

—¿Cómo fue vuestra boda?

—Nos casamos por lo civil en Hillingdon, donde vivíamos —sonrió—. Muy poco romántico, ya lo sé. Para serte totalmente sincero, los padres de Anna habían eliminado toda posibilidad de romanticismo. Su embarazo fue una tragedia para ellos.

—¿Quieren a Mia?

—Si se comporta como ellos quieren —respondió Daniel tras un instante de vacilación—. Esperan mucho de ella —abrió la puerta de la iglesia y salieron—. Creo que Anna ni siquiera se puso un vestido nuevo para la boda. No lo recuerdo.

—¡Daniel!

—Pero nos casamos —dijo riéndose.

—¿Seguisteis viviendo en Hillingdon?

—Unos años. Después, cuando comencé a ganar más dinero, nos trasladamos a Londres, al barrio de Fulham.

—¡Fulham! Para irte a vivir allí, tenías que ganar mucho dinero. ¿A qué te dedicabas?

—Era agente de Bolsa. ¿Te sorprende?

—Mucho. ¡Vaya cambio! De agente de Bolsa a dueño de una sala de subastas en el campo.

—Enorme —Daniel miró a su alrededor—. No hay rastro de Mia. Vamos al banco a esperarla.

—¿Siempre habías querido dedicarte a las subastas?

—No, en realidad la pintura me atraía más. Si no hubiera estado tan obsesionado con ganar dinero, me habría dedicado a algo relacionado con el arte.

—¿Habrías sido pintor?

—No, solo me gusta el arte. Carezco de habilidad para crearlo. Me habría gustado tener una galería.

Llegaron al banco y se sentaron. Freya estudió su perfil. Lo que

le contaba era extraordinario.

—Así nos conocimos Anna y yo, en una exposición. Lo de la sala de subastas fue una pasión mucho más tardía. Equipamos nuestro primer hogar en una subasta, y me encantó. Me resultó muy emocionante. Anna y yo tuvimos una de esas conversaciones de «¿y si…?». Ya sabes cómo son.

No, no lo sabía. Ella nunca había tenido una de esas conversaciones porque en ninguna de sus relaciones había hablado del futuro. Hacer planes para los dos meses siguientes le había parecido una especie de compromiso.

—Llegamos a un acuerdo —prosiguió Daniel—. Vendimos la casa y compramos el edificio que ya conoces.

—¿Te arrepientes? —preguntó Freya en el momento en que Mia doblaba la esquina.

—¿De haberme marchado de Londres? En absoluto. Siempre me lo había planteado como algo a corto plazo.

Como había que trabajar, por lo menos quería ganar mucho dinero —lanzó una carcajada al ver la expresión de incredulidad de ella—. Pareces asombrada.

—Es que la gente no suele hacer eso. Algún periodista, tal vez. Pero solo para poder escribir después sobre ello.

—¿Y tú? He creído entender que querías cambiar radicalmente de vida.

Así era. Había vendido la empresa y buscaba algo a lo que dedicarse en cuerpo y alma.

—Sí, pero no se me ocurriría comprar una sala de subastas. Para eso hay que saber.

—Pero es que mi tío tiene una sala de subastas en Brighton, y mi padre vende antigüedades. Ha sido, en buena medida, como volver al negocio familiar. ¿Has terminado? —le preguntó a Mia.

—Sí. Necesito carboncillo.

—Te llevaré a Olban el sábado.

—¡Lo necesito ya! No puedo empezar las ventanas sin él.

La actitud de Mia había cambiado por completo. Eran como dos toros a punto de embestirse. Daniel tenía razón: Mia se comportaba de manera irracional y grosera. Pero necesitaba el carboncillo, y lo más probable era que su padre no se diera cuenta de lo importante que era.

—¿Y si la llevo yo esta tarde? —sugirió Freya mientras se levantaba.

—¡Genial!

—Mia, no podemos…

—¿Por qué no? —Mia se volvió hacia él como un volcán en plena explosión—. ¡Siempre lo estropeas todo! —se alejó a grandes pasos por el sendero.

—Lo siento —dijo Freya.

—No es culpa tuya. Gracias por el ofrecimiento, pero tiene que aprender que la gente no puede dejarlo todo cuando ella quiere algo.

Tenía razón, pero…

Pero Mia estaba deseando empezar a dibujar, y eso era bueno.

—No voy a decirle nada más a Mia, pero no me importa llevarla. Cuanto antes tenga el carboncillo, antes empezará a dibujar. Cuanto más ocupada esté, menos tiempo tendrá para estar con Steve —Freya jugueteó con el extremo de la bufanda, consciente de que Daniel la miraba.

—¿Te ha hablado de él? Pues considéralo un honor. Se supone que yo no debería saberlo. En Fellingham no es fácil guardar un secreto. Me lo han dicho tres o cuatro personas, Margaret entre ellas. Y claro que quiero que Mia esté muy ocupada para que no lo vea.

—¿No es una compañía recomendable?

—Tiene diecinueve años, no tiene trabajo y ha tenido problemas con la policía. ¿Qué te parece? Además, ¿qué hace con una chica de quince?

Por suerte, la pregunta era puramente retórica, ya que a Freya no le apetecía responderle con lo primero que se le había ocurrido. Sin darse cuenta, había traicionado la confianza de Mia, y no estaba dispuesta a volverlo a hacer. Pero, además de la diferencia de edad, Daniel tenía algo más de que preocuparse. ¿Sabía que Mia quería tener un hijo?

Freya había hablado con ella, se había centrado en el inmenso compromiso que era tener un hijo, pero no se hacía ilusiones de que Mia hubiera cambiado de opinión. Ésta solo pensaba en la ropa bonita que le compraría, sin tener en cuenta de dónde procedería el dinero. Había otra razón, además. Aunque no lo hubiera dicho,

estaba segura de que Mia quería un hijo porque sería algo suyo a lo que querer.

—Volviendo al tema del carboncillo, podríamos comprar lápices, papel, pasteles. A Mia le encantaría —Freya observó la expresión indecisa de él—. Dile que te he convencido de que no tengo nada que hacer esta tarde.

Y es cierto. Lo que tengo que hacer puedo solucionarlo con una llamada.

—¡Maldita sea! —exclamó Daniel—. No quiero…

—Me gustaría hacerlo —dijo Freya tocándole el brazo.

—No hago más que darte las gracias.

—De nada.

—De acuerdo. Le daré a Mia la buena noticia con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ella mientras retiraba la mano en un acceso de timidez.

—Que vengas a cenar con nosotros.

No se lo esperaba. Freya lo miró para averiguar si trataba de ser amable o si de verdad quería que aceptara. Desde que la había besado en la mejilla parecía que quería guardar las distancias: no la había vuelto a invitar a comer.

—No será nada del otro mundo —prosiguió Daniel—, pero mereces que te lo agradezca de forma adecuada.

Ella había empezado a pensar que Daniel estaba haciendo lo correcto al mantenerse a distancia. Al ayudarlo en la oficina se había dado cuenta de lo bien que estaba integrado en la comunidad, de que allí era feliz como no lo había sido en su vida. Y sospechaba que todavía estaba enamorado de su esposa. Y nadie podía competir con un fantasma.

Sin embargo… ella no era lo bastante fuerte como para rechazar la posibilidad de estar con él antes de marcharse. ¿Qué mal había en ello?

—Lo haré encantada. Gracias.

Capítulo 9

Freya se detuvo para desatarse las botas.

—No te preocupes —dijo Mia mientras lanzaba el abrigo dentro de un armario—. A mi padre no le importa.

A pesar de todo, Freya se las quitó y las dejó al lado de la puerta. Durante las tres horas anteriores había tratado de no especular sobre lo que Daniel consideraría un hogar, pero aquél se parecía bastante a lo que había supuesto. Dado su amor por las antigüedades, había pensado que viviría en una casa vieja. Y así era: una casa victoriana, de techos altos y decoración sencilla. Le gustaba, aunque no se parecía en nada a su ático de diseño en Londres, con vistas al Támesis. Pero la casa en la que se hallaba se asemejaba más a un hogar.

—Papá estará en la cocina.

Freya la siguió mientras Daniel llamaba a su hija.

—Sí, somos nosotras —contestó ella.

De pronto apareció en la esquina del vestíbulo con un libro en la mano. A Freya se le hizo un nudo en el estómago. Fue instantáneo, casi una acción refleja imposible de controlar. ¿Quién se imaginaría que unos vaqueros y una camisa con el cuello desabrochado pudieran parecer tan atractivos? Estaba descalzo, lo cual era un detalle íntimo y doméstico.

—Hola. ¿Habéis encontrado lo que querías?

A Mia las palabras le salieron atropelladamente. Si Daniel quería que su hija dejara de prestar atención a su amigo, no podía haber elegido una forma mejor de conseguirlo. A Mia le apasionaba el arte. Se le caía la baba ante los lápices y las pinturas del mismo modo que otras chicas de su edad se volvían locas por el maquillaje.

—Y Freya me dijo que podíamos comprar la de veinticuatro colores —dijo mientras le enseñaba la caja de pasteles.

Daniel miró a Freya a los ojos. Le dio las gracias con la misma claridad que si hubiera hablado. En realidad, ella se había divertido aquella tarde. Mia era una buena compañía. Y había aprovechado la ocasión para hablarle de Steve. Parecía que el plan de tener un hijo era una idea abstracta, lo cual estaba muy bien.

—Voy a guardarlas —dijo Mia mientras empujaba a su padre

para pasar.

—Le he dado el estudio de Anna.

—Seguro que estará encantada —Freya siguió a Daniel. Se había olvidado de que aquella casa había sido también la de Anna. ¿Habría elegido ella el color neutro de las paredes?, ¿el suelo de roble? ¿Habría pintado alguno de los cuadros? Era lo más probable.

Daniel la condujo a la amplia cocina. Al otro lado de un arco, Freya vio un salón, una de cuyas paredes estaba llena de libros. Había sillones cómodos y alfombras turcas. Y la cocina era de las que a su dueño le gusta cocinar.

—¿Quieres una copa de vino?

—No puedo, tengo que conducir. Un poco de agua, por favor.

—¿Por qué no dejas el coche aquí y lo recoges mañana? Solo hay un paseo de quince minutos a casa de Margaret. Yo te acompañaré.

¡Qué tentación! Por la tarde, Freya casi había llegado a convencerse de que sus sentimientos hacia Daniel eran puramente altruistas, pero una invitación como aquélla echaba su razonamiento por tierra. Quería estar con él, a pesar de que sabía que no buscaba una relación y de que, en el caso que lo hiciera, no era a ella a quien iba a elegir.

Daniel sacó dos copas y llenó una de ellas de vino tinto.

—¿Tinto o blanco? Hay blanco en la nevera, si lo prefieres.

—Tinto.

Daniel le dio la copa y llenó otra para él. El vino era exquisito. Lo había elegido alguien que entendía, y si ella no hubiera sabido que Daniel había vivido el Londres y cuál era allí su estilo de vida, se habría sorprendido.

—Es magnífico.

—Me alegro de que te guste —le sonrió—. Siéntate —le indicó uno de los taburetes.

Freya se sentó. Seguía teniendo un nudo en el estómago. Daniel hacía que se sintiera vulnerable, nerviosa. Tenía la sensación de haber visto a través de una ventana la vida que deseaba. Y, en su interior, una voz susurraba: «Quiéreme, por favor».

Apretó la copa que tenía en la mano. ¿Estaba pensando en el amor? Matt le había dicho que no sabía lo que era amar, y ella se lo había creído. Ante el amor retrocedía porque en su fuero interno

creía que era una estafa, algo que los hombres mencionaban cuando querían acostarse con una mujer, algo que sus padres le habían dicho cuando trataban de controlar su conducta o de castigarse mutuamente. Durante veintinueve años había aprendido que el amor era una mentira, pero Daniel había conseguido que deseara que no lo fuera.

—No eres vegetariana, ¿verdad?

—No.

—Muy bien —abrió la nevera y sacó tres solomillos—. Es un poco tarde para preguntártelo.

Se volvió a mirarla, y el cuerpo de ella respondió. Parecía que su mirada le llegaba al fondo del corazón. En ella, como era habitual, había una mezcla de afecto y risa. Era una mirada que la hacía sentirse aceptada.

Para él no era un cuerpo, ni un medio para conseguir un fin, sino alguien con quien le gustaba estar. Y a ella le encantaba estar con él. ¿Era aquello lo que estaba buscando? ¿Era ése el gran cambio de vida por el que había vendido su empresa? ¿Era Daniel la respuesta?

¿Estaba enamorada? ¿Y él? ¿Qué veía cuando la miraba?

—¿Cómo te gusta la carne? —preguntó Daniel mientras comenzaba a freiría.

—Poco hecha.

—Dos poco hechos y uno quemado.

Freya repasó los acontecimientos de las últimas semanas. ¿Era eso estar enamorada? ¿Ese miedo terrible a ser rechazada? ¿Esa terrible sensación de incertidumbre? En los libros no era así. La heroína siempre sabía si estaba enamorada o no. Daniel también, ya que había amado a Anna. Y lo había hecho cuando estaba cansada por la quimioterapia, cuando se le caía el pelo, cuando ya estaba tan enferma que ni siquiera le importaba que estuviera allí con ella.

Freya quería esa clase de amor.

—¿Cuánto te debo? —preguntó Daniel mirándola por encima del hombro.

—Mia tiene el recibo. ¿Te ayudo?

—Está todo hecho salvo la carne.

Freya tomó un sorbo de vino y examinó la cocina en busca de detalles que pudiera atribuir a Anna. La triste verdad era que daba

igual que estuviera o no enamorada de Daniel, ya que era poco probable que él se fuera a enamorar de ella.

Sophia le habría hablado de Jack y de que habían ocupado ilegalmente una vivienda. Tomó otro sorbo de vino y vio que Daniel sacaba una fuente de patatas del homo, donde las había metido para mantenerlas calientes. ¿Qué más le habrían contado de ella? ¿Que era una especie de novia profesional? ¿Que el coche era un regalo de un antiguo novio por los «servicios prestados»? La verdad era que había tenido relaciones con tres hombres muy distintos; lo único en que se parecían era en que los tres la habían engañado. El coche se lo había comprado con su dinero.

¿Por qué iba Daniel a quererla? Había sido amable con ella. La había dejado trabajar en la oficina porque pensaba que lo necesitaba. La había dejado intimar con su hija. Y le había ofrecido su amistad. Pero nada de eso era amor.

Era hora de que se marchara del pueblo. Hacía tiempo que la casa de Margaret estaba vacía de los objetos de los que se quería desembarazar. Incluso la buhardilla estaba vacía. Pero ella se había quedado, no sabía si por Daniel o por Mia, quizá por los dos. Pero, ¿cuánto tiempo podían continuar las cosas así? Tal vez lo que debiera aprender de aquella experiencia era que había hombres buenos y que había podido hacer algo para mejorar la relación de Daniel con su hija.

—¿En qué piensas?

Freya alzó la vista, sobresaltada. Daniel ya había puesto el solomillo en los platos.

—En Mia. ¿Has sabido si puede volver al instituto para examinarse?

—No creo que la dejen —contestó Daniel mientras aliñaba la carne con mantequilla y pimienta—. Y creo que es lo mejor. Ahora le resultaría difícil volver. Tenías razón al decir que tenía que haberse peleado por algún motivo. Al entrar en la clase de Arte, se encontró con que habían estropeado algunos de sus trabajos. A partir de ahí, todo se agravó.

—Uno de los trabajos era el cartel que había hecho para una obra de teatro, ¿verdad?

—¿Te lo dijo? ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque Mia dijo que lo haría ella, lo cual era lo mejor.

Necesita hablar contigo. No me voy a quedar para siempre.

—Supongo que no.

Él había sabido desde el principio que Freya no tenía intención de quedarse en el pueblo. El mero hecho de que no se hubiera ido era sorprendente. Entonces, ¿por qué le molestaba tanto que lo hubiera dicho?

Había decidido mantenerse a distancia porque estaba seguro de que era lo correcto. Nada había cambiado: Mia seguía requiriendo toda su atención, y Anna… Nunca había hablado con ella sobre eso. Durante todo el tratamiento que había soportado porque quería vivir con todas sus fuerzas, en los días que estuvo en el hospital, nunca habían hablado de qué pasaría después. No sabía lo que a Anna le habría parecido que se volviera a casar. Miró a Freya y se hizo la luz en su cerebro. ¿Por eso prefería mantenerse a distancia?

—Esto ya está —dijo mientras agarraba la bandeja en la que había puesto la carne.

—¿La llevo a la mesa?

—Estupendo.

—¿Ya está? —preguntó Mia entrando como una exhalación.

—Lleva los platos a la mesa —contestó Daniel mientras preparaba la ensalada.

—¿Puedo tomar vino?

—Un poquito. Agarra una copa para ti y lleva la botella.

—¿Los has leído todos? —Freya miraba los estantes repletos de libros.

—Soy aún más adicto a la lectura que a la hamburguesa con pan italiano —dijo él mientras ponía un cuenco lleno de patatas en la mesa—. Siéntate donde quieras. Normalmente no comemos aquí, sino en la barra de la cocina —le sirvió a su hija un poco de vino—. Bébetelo despacio. Si tienes más sed, toma agua —volvió a la cocina a por una jarra y a por la ensalada.

—¿Qué vasos vamos a usar para el agua? —preguntó Mia.

—Los del armario de arriba.

Mia asintió y fue a por ellos. Daniel no recordaba cuándo fue la última vez que Mia se había mostrado tan deseosa de ayudar. Era a causa de Freya: trataba de causarle buena impresión. Y la verdad era que él también. Pero no sabía cómo hacerlo. Había estado tanto tiempo casado que se le había olvidado.

—¿De verdad lees a Tolstoi en ruso? —le preguntó Freya.

—Sí —afirmó Mia mientras volvía con los vasos—. Y lee poesía rusa. Y nunca suspendió cuando estudiaba.

—¿Nunca? —preguntó Freya mirándolo con sus ojos azules—. ¿Qué estudiaste?

—Matemáticas.

Freya puso cara de asombro, la misma que todos cuando se enteraban, a no ser que sintieran la misma pasión que él por las Matemáticas.

—Muy bien. Ya hemos aireado mi ropa sucia. ¿Cuáles son tus pasiones secretas?

—Me encantan los zapatos —Freya se sirvió ensalada junto a la carne que Daniel le había servido.

—¿Cuántos tienes?

—Más vale que no te lo diga. Y me gustan los bolsos, los perfumes y la ropa interior. Y todos los artículos de papelería —continuó mientras se servía unas patatas—. Me encanta comprarme un cuaderno nuevo. Y me encantan los ordenadores.

No parecía que éstos encajaran en el resto de la lista.

—Te ha creado una página web preciosa, papá —dijo Mia.

—No tienes que usarla, si no quieres —observó Freya—. Me encanta hacerlo, aunque sé que a la mayoría le aburre.

Daniel se recostó en la silla y escuchó. Como Mia dirigía la conversación, en realidad poco más podía hacer que extraer de ella toda la información que pudiera sobre Freya. Supo que había sacado el carné de conducir al tercer intento, que su color preferido era el azul, que, de pequeña, había querido tener un ratón, pero que su madre no lo había consentido y que sabía preparar una mascarilla de miel y avena. Y de vez en cuando, ella lo miraba con expresión inescrutable.

Después de tomar tarta de chocolate de postre, pasaron al salón. Daniel se sentó frente a ella para poder verle la cara. La verdad era que le encantaba que estuviera en su casa, aunque era algo que ya se esperaba. Sabía que encajaría en ella. Le encantaba ver cómo hacía girar el vino en la copa, cómo, sin darse cuenta, se echaba el pelo hacia atrás al hablar y cómo se había sentado en el sofá, relajada, cruzando una pierna debajo de la otra.

Ya había estado enamorado y sabía lo que se sentía. Fue mirar a

Anna y darse cuenta de sus sentimientos. Había sido muy sencillo. Miró a Freya, que se reía por algo que Mia había dicho, y supo que estaba a punto de que se volviera a producir ese momento. Estaba al borde del precipicio, y tenía que decidir si saltaba o no. Eso era lo que hacía falta: la decisión de ir hacia delante y rezar para que ella estuviera al otro lado para recibirlo.

¿Estaría Freya al otro lado? Esa vez le resultaba todo más difícil. No sabía cómo cortejarla. ¿Cuándo se acostaba uno con una mujer por primera vez? ¿Habrían cambiado las cosas en los dieciséis años que habían transcurrido? ¿Era verdad que la gente tenía relaciones sexuales dos horas después de conocerse? Lo que tenía claro era que le gustaría pasarse días haciendo el amor con Freya. ¿Cómo sería bajarle la hombrera de la camiseta y besarle el hueco del omóplato? ¿Y ella? ¿Lo deseaba? A veces, cuando lo miraba, le parecía que sí.

Debería ser fácil, pero no lo era. Miró a su hija. Tenía que pensar en ella. No era libre para hacer lo que quisiera.

A Mia, Freya le caía muy bien. ¿Eso bastaba?

¿Y qué clase de mujer era Freya? Apenas la conocía. Ella lo miró y le sonrió. Su rostro era tan hermoso que resplandecía. ¡Claro que la conocía! A un nivel profundo y fundamental, siempre la había conocido. Había oído lo que contaban de ella, pero sabía que era hermosa tanto externa como internamente. Con defectos, igual que él, y sexy hasta decir basta.

Entonces, ¿se atrevería a saltar?

—Voy a por un refresco de cola —dijo Mia—. ¿Alguien más quiere?

—Estamos tomando vino —contestó su padre, y la observó mientras se dirigía a la cocina.

—Debería marcharme —dijo Freya, pero se recostó en el sofá—. El problema es que es difícil moverse después de haber comido tanto. ¿Siempre has cocinado?

—No —podría pasarse el resto de la vida mirándola. Se veía que estaba somnolienta y relajada—. Empecé cuando nos trasladamos aquí.

—¿Cuando Anna se puso enferma?

También le gustaba eso: que no hubiera compasión en sus ojos, que no se sintiera incómoda. Simplemente quería saber. Y se dio cuenta de que le gustaba hablar de Anna con ella.

—No, cuando dejé de trabajar tanto como lo hacía en Londres.

—La verdad es que no pareces agente de Bolsa —dijo ella con ojos risueños.

—Ahora no.

—Me habría gustado haberte visto entonces.

¿Era ésa la clase de hombres que la atraía? ¿Le encantaban los restaurantes caros de Londres? ¿Los coches caros? ¿El estilo de vida que él había rechazado? ¿Era eso lo que ella deseaba?

—¿Echas algo de menos de Londres? —preguntó ella.

—Las galerías de arte, el teatro… —sonrió—. Pero cuando vivía allí, apenas iba. Me gustaba saber que estaban cerca. ¿Y tú? ¿Qué echarías de menos si te marcharas de Londres?

—¿Si me dedico a viajar? —Se inclinó hacia delante para dejar la copa de vino en un baúl que hacía las veces de mesa. Era una pregunta difícil. Volvió a recostarse en el sofá—. Me gusta el ruido que viene del exterior cuando estoy en mi habitación: los coches, la gente. La sensación de que algo está a punto de suceder. Y me gusta mucho el café que hay al final de mi calle, donde suelo desayunar. El café es una especie de droga para mí.

Se encogió de hombros al ver la expresión de incredulidad de él. En realidad, no tenía ni idea de lo que echaría de menos. No se había permitido tener algo que pudiera parecerse a un estilo de vida. Se había limitado a trabajar. Ni siquiera tenía amigos a los que recurrir cuando los necesitara, pero era culpa suya por no haberse dedicado a buscarlos. Tenía colegas, gente cuya hipoteca dependía de ella. Cuando acababa la larga jomada laboral y cerraba la puerta de casa, sabía que aquello era todo y que hasta el día siguiente no volvería a hablar con nadie.

—Teniendo en cuenta cuáles son las otras drogas, no está tan mal. ¿Has tomado…?

Daniel se interrumpió bruscamente.

No le había hecho muchas preguntas. No le había preguntado por su época de adolescente en Londres ni por Jack. Ni siquiera sabía cómo se había ganado la vida hasta aquel momento. ¿No le interesaba? Ella creía que sí, porque su mirada no se apartaba de ella, se detenía en su boca como si pensara en lo que sentiría al besarla.

—¿Drogas?

—Perdona. Ha sido una grosería preguntarte eso.

—Bueno, he fumado mucho. ¿Eso cuenta? Sobre todo para fastidiar a mis padres, pero no me gustaba demasiado. ¿Y tú?

—No. Estoy limpio.

—¿Qué vicio tienes?

—El vino muy, muy caro. Puedo resultar muy pesado si me pongo a hablar de vinos.

—Es un vicio agradable. ¿Nunca has fumado?

—¿Y destrozarme el paladar? No. Jamás te fíes de un cocinero que fume —tomó el último trago de vino—. Mis abuelos por parte de madre vendían vino, y mis padres son muy aficionados al vino y a la buena comida. Las dos cosas formaron parte de mi infancia.

—¿Viven todavía?

—Los dos. Siguen llevando la tienda de antigüedades. Mi hermana vive cerca de ellos con sus cuatro hijos.

—¿Cuatro?

—Y tengo un hermano en Hong Kong que se está forrando.

—¿Los ves mucho?

—Menos de lo que quisiera. A Richard, mi hermano, casi nunca. Pero cuando nos reunimos es como cuando éramos pequeños. Claire está muy ocupada con su familia. Desde que murió Anna, vamos por Navidad a Sussex y pasamos una semana allí con mis padres —se puso las manos detrás de la cabeza y se estiró—. ¿Qué hiciste el año pasado en Navidad? Margaret estaba con tu padre, ¿verdad?

Freya asintió y pensó en la comida preparada que había comprado en Nochebuena al salir de trabajar, y en el montón de DVDs de comedias románticas que había alquilado por si no le gustaba lo que hubiera en la televisión. Su abuela iba a pasar el día de Navidad con sus padres casi todos los años. Lo llamaba «mantener los canales de comunicación abiertos» y decía que, como solo era un día, tampoco era para tanto. Para Freya, una comida con su padre y su nueva esposa era más de lo que podía soportar.

—El año pasado me quedé en casa. Vi muchas películas y comí demasiado.

—¿Estuviste sola?

—Sí. Al fin y al cabo, solo es un día —apuró la copa y miró el reloj—. ¡Son casi las once!

—¿En serio?

—Tengo que marcharme —se puso de pie—. Lo más probable es que mi abuela no se acueste hasta que llegue.

—Te acompaño —dijo en un tono de voz que no admitía réplica.

—Creo que no me han acompañado a casa desde que tenía quince años.

—Es que elegías muy mal a tus amigos —se dirigió a la cocina —. Mia, voy a acompañar a Freya. Estaré de vuelta dentro de una media hora.

—Muy bien. ¿Vas a trabajar mañana, Freya?

—Creo que sí —contestó ella mirando a Daniel. En algún momento tendría que dejarlo. Iba a terminar por hacerse daño.

—Ya lo decidiré cuando vuelva —afirmó Daniel—. Mia, si me necesitas, llámame al móvil.

—Siento que sea tan tarde. No me he dado cuenta de la hora — dijo Freya.

—No es tan tarde —apuntó Mia.

—Para mi abuela, sí. Se acuesta siempre a las diez en punto —se dirigió al vestíbulo y se puso las botas.

Mia la siguió y le dio la cazadora. Descorrió las cortinas y vio que estaba nevando. Freya se acercó.

—La previsión era de nieve —dijo Daniel aproximándose también—. Han dado en el clavo.

Como a los niños, a Freya, la nieve siempre le había parecido algo mágico. Se enrolló la bufanda al cuello y se puso los guantes que llevaba en el bolsillo de la cazadora. Al salir no hacía tanto frío como esperaba, porque el viento había dejado de soplar.

—Este tiempo siempre me hace pensar en las tarjetas navideñas —Freya miró a Daniel, que caminaba a su lado—. Supongo que tú pensarás en lo difícil que será circular mañana por las carreteras.

—Soy así de aburrido —respondió él con una sonrisa—. Creo que va a cuajar. Hace bastante frío.

Freya se sentía feliz. Tenía la sensación de que todo era posible.

Al llegar, vieron que la luz del cuarto de estar estaba apagada.

—Debe de haberse acostado. Me ha dejado la luz del porche y la del vestíbulo encendidas.

Daniel esperó mientras ella buscaba las llaves. Freya estaba terriblemente nerviosa. Por fin logró encontrarlas.

—Lo he pasado muy bien esta tarde con Mia.

—Gracias por llevarla —los ojos de Daniel estaban fijos en sus labios.

Freya se ahogaba. Cada partícula de su cuerpo deseaba que la besara. Se pasó la lengua por los labios.

—Y la cena ha sido maravillosa. Hacía mucho que no pasaba una velada tan agradable.

—Freya…

Ella lo miró a los ojos. Y debió de transmitirle algo, porque él se quitó los guantes y le puso las manos en las mejillas. Le sostuvo la cara y la miró profundamente a los ojos. Después se inclinó para besarla.

El roce de sus labios le produjo a Freya una oleada de asombro. Luego la lengua chocó contra su labio inferior, y ella abrió la boca para recibirlo: era lo que había deseado desde el día que lo conoció. Sintió una opresión en el pecho. Le costaba respirar. Aquel beso era mucho más que cualquier otro que le hubieran dado. Algo casi prohibido, y perfecto.

Daniel se separó de ella y apoyó la frente en la suya mientras recuperaba el aliento. Seguía teniendo las manos en su cara y le acariciaba las mejillas con los pulgares.

—Llevo mucho tiempo pensando en esto —dijo él con voz ronca.

—Yo también.

Daniel gimió y la volvió a besar con fuerza.

—Tengo que volver con Mia.

Él le acarició los labios con los suyos, y sus lenguas se entrelazaron. Freya le puso las manos en la espalda y lo abrazó con fuerza.

—¿Vendrás mañana?

Freya asintió en silencio, y él volvió a besarla.

—No quiero irme —dijo Daniel al tiempo que se separaba y la miraba a los ojos.

Ella tampoco quería que lo hiciera. Habría sido lo más fácil y natural del mundo llevárselo al piso de arriba y hacerle el amor… pero eso no iba a ocurrir aquella noche.

—Esto es una locura —dijo él volviéndole a acariciar las mejillas.

—Tenemos que pensarlo —ella sonrió. Los ojos de Daniel parecían ofrecerle todo lo que deseaba. Hacían que se sintiera tan

segura, tan deseada, tan amada…

—Sí —asintió él mientras le daba un último y largo beso—. Será mejor que entres. Si Margaret nos está observando desde detrás de la cortina, tendrás que explicarle algunas cosas.

—Vas a perder tu buena reputación —dijo ella echándose a reír. Después abrió la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Freya atravesó el cuarto de estar sin encender la luz.

¡La había besado! Aún sentía su sabor en los labios.

Y era una sensación increíble.

Capítulo 10

Daniel le rodeó la cintura con los brazos y ella se dio la vuelta.

—Tienes tres mensajes —dijo Freya mientras él acercaba la boca para besarla. Tenía la cara fría, y las manos, aún más. Le tiró del pelo para que se echara hacia atrás—. Dos de ellos son urgentes.

—Estoy muy ocupado —dijo él mientras la atraía hacia sí y le sujetaba la cara con las manos.

A ella le encantaba que lo hiciera. Le parecía que, de esa manera, él se concentraba en besarla. Sus labios eran cálidos y sensuales. Sintió que una ola de calor le subía desde el abdomen. Le puso la mano en el pecho mientras él trataba de separarle los labios con la lengua.

Oyeron voces que se aproximaban. Se separaron. Freya se puso rápidamente al otro lado del escritorio y sacó el bloc de notas donde había escrito los mensajes. La puerta se abrió. A juzgar por la mirada que Bob les dirigió, no parecía que le hubieran engañado.

—Daniel, aquí hay alguien que quiere hablar contigo.

—Muy bien —dijo él—. En seguida haré esas llamadas, Freya.

Ella se mordió los labios para no echarse a reír. Nunca había sido tan feliz, ni siquiera cuando dedicaba horas y horas de trabajo a su propia empresa. Fue a la cocina a calentar agua en el hervidor. Lo amaba y confiaba en él. ¿Lo suficiente como para hablarle del dinero? Eso era más difícil. Había estado dos veces a punto de decírselo. No se trataba de que no quisiera hacerlo, sino de que no hallaba el momento adecuado.

Echó agua hirviendo en dos tazas. En su cabeza seguía oyendo la voz de Matt. Le resultaba imposible separar el presente del pasado. Y aunque Daniel era un hombre muy distinto, seguía llevando las cicatrices de su relación con Matt.

—¿Algo que merezca la pena? —preguntó al volver a la oficina y ver que Daniel había vuelto.

—Puede ser. Es un coleccionista de trenes en miniatura cuya esposa le ha dicho que tiene que elegir entre ella y los trenes.

—Ahí tienes los mensajes —dijo Freya mientras le daba una taza de café y le señalaba el bloc de notas.

—Que esperen. Quiero hablar contigo.

Había empleado un tono de voz que a Freya no le resultaba familiar. Bebió un sorbo de café y dejó la taza en el escritorio. Luego se acercó a él y le retiró el pelo de la frente.

—¿Qué pasa?

—No pongas esa cara —dijo Daniel mientras la atraía hacia sí—. Quiero que vengas conmigo a una recepción en Kilbury Manor la semana que viene. En algún momento tendremos que hacer pública nuestra relación.

La mano de Freya se quedó inmóvil. Tuvo miedo. Le gustaban las cosas como estaban. En cuanto dieran a conocer su relación, el mundo real interferiría en ella.

—¿Y Mia?

—Freya, no podemos seguir así, escondiéndonos. No hay necesidad —entrelazó sus dedos con los de ella y la atrajo aún más hacia él—. Dices que estás cansada de que los demás te sigan juzgando por algo que pasó hace doce años. Pues acabemos con los chismorreos de una vez. ¿Qué es lo peor que pueden hacernos?

Podrían destruir su relación. Era tan nueva y tan hermosa que ella no quería que nadie se enterara todavía, ni siquiera Mia. No quería que hiciera dudar a su padre. La relación era demasiado frágil. Podía saltar al verse sometida a un exceso de presión.

—¿Qué clase de recepción es?

—Se trata de recoger fondos para el hospital local. La organiza lady Harrold. Lleva cinco años haciéndolo.

—¿Estuviste allí con Anna? —preguntó Freya, nerviosa.

—Sí —Daniel se levantó y la miró a los ojos—. Estábamos casados. Ella es parte de lo que soy.

—Ya lo sé. Pero la gente va a pensar que has salido perdiendo con el cambio.

—No la he cambiado. Anna ha muerto. Y te he encontrado a ti.

Lo que implicaba que, si Anna hubiera estado viva, ni siquiera se habría fijado en ella, lo cual le parecía bien, porque si Daniel hubiera sido de ésos que se dedicaban a flirtear, no le habría interesado. Sin embargo… Era incapaz de aclarar sus pensamientos. Lo único que le pasaba es que estaba muy nerviosa.

—¿Cómo va a ser la recepción?

—Se reúne gente de todos los pueblos de alrededor. Es todo muy formal y un poco aburrido, pero es el mejor sitio para dar a conocer

nuestra relación.

—¿Cuándo es?

—El sábado.

—¿Puedo pensármelo?

—No. Hay que comprar las entradas —le siguió acariciando la palma de la mano con el pulgar y esperó.

Freya no entendía por qué tenían que dar a conocer su situación. Tal como era, era perfecta, salvo por que en ningún sitio podían tener la certeza de estar solos y porque estaban mintiendo a Mia por omisión. La parte lógica de su cerebro sabía que Daniel tenía razón. Se hallaban ante una encrucijada: o decidían que la relación siguiera adelante o la abandonaban.

—De acuerdo —casi hubo que arrancarle las palabras.

—Todo saldrá bien —él se inclinó y la besó.

¿Que todo iba a salir bien? Daniel no sabía lo que decía. Freya se acabó de pintar los labios y bajó las escaleras. Llevaba casi seis semanas en Fellingham, y la gente seguía hablando de ella. El día anterior, otra conversación se había interrumpido bruscamente cuando entró en una tienda.

—¿Qué te parece? —preguntó a su abuela mientras giraba sobre sí misma. En Londres le había parecido el vestido de noche más clásico de su guardarropa, pero en aquellos momentos se preguntaba si no habría sido mejor ir a Olban a comprar algo menos provocativo.

—Estás muy guapa.

—¿No te parece excesivo?

—Es un vestido precioso. La mitad de la gente se quedará con la boca abierta, pero eso ya lo sabes, ya has debido de pasar antes por esto. La gente que acude a esos eventos suele ser muy estirada. Tienen conversaciones estúpidas mientras pican algo. Lo importante es que, si quieres a Daniel, vas a tener que ir. Y no tiene sentido que finjas que eres una mujer de traje de sastre y collar de perlas, porque no es así. Siempre te vistes para destacar y sorprender.

Margaret retomó el crucigrama que estaba haciendo mientras Freya jugueteaba con el diamante que llevaba colgado al cuello. Era la primera vez que su abuela había dejado traslucir que sabía lo que

había entre Daniel y ella. Margaret la volvió a mirar y sonrió.

—Claro que lo sé: os vi la semana pasada.

—¿Irán los Jameson?

—Supongo que sí —llamaron a la puerta—. No le des más vueltas. Vete. Y llévate la llave. No creo que esté levantada cuando vuelvas. De verdad que estás preciosa, y me siento muy orgullosa de ti —añadió mientras su nieta la besaba.

A Freya se le habían llenado los ojos de lágrimas. Se echó un chal de terciopelo sobre los hombros, agarró el bolso y fue a abrir.

Daniel parecía otro con el esmoquin. Estaba terriblemente atractivo, y era más fácil imaginar que había sido agente de Bolsa que cuando vestía de manera informal.

—Estás guapísima.

—Tú tampoco estás mal —dijo ella aclarándose la garganta para eliminar el nudo que le provocaba el miedo.

Daniel le tendió la mano y se dirigieron al taxi que los esperaba.

—¿Le has dicho a Mia que salimos juntos? —preguntó ella cuando se hubieron sentado.

—Hemos discutido. Mia quería ir a una fiesta. No sabía dónde se celebraba ni a qué hora volvería —dijo él en tono exasperado—. La iba a llevar Steve.

—¿Y qué has hecho?

—Me he puesto a chillar —respondió Daniel mientras se volvía para mirarla—. ¡Por Dios! No sé qué estoy haciendo mal con ella.

—Lo estás haciendo muy bien. Sigue así —le tomó la mano y se la apretó.

—Al final ha venido una vecina a hacer de canguro. No podía arriesgarme a dejarla sola. Resumiendo, no le he hablado de nosotros.

—Sabia decisión.

El conductor del taxi se bajó para abrirle la puerta a Freya. Ya que estaba allí, se sentía extrañamente tranquila. Su abuela tenía razón: ya sabía cómo eran aquellas fiestas. Lo único que había que hacer era adoptar una pose, tener la cabeza erguida y fingir que te sentías a gusto. Daniel lo parecía mientras la conducía, con la mano en su espalda, hacia la entrada de la recepción.

—¡Hola, Daniel!

Se dieron la vuelta para ver al que lo saludaba. Freya no lo

conocía. Los dos hombres se dieron la mano.

—Ésta es Freya Anthony.

—Freya, Ben Taylor.

Si necesitaba que le confirmaran lo guapa que estaba, los ojos de Ben lo hicieron. Le brillaron lascivamente, como solía suceder con los hombres que la rodeaban. Daniel volvió a ponerle la mano al final de la espalda con gesto posesivo y protector a la vez. Freya lo miró y se dio cuenta de que había captado el interés de su conocido por ella.

—¿Siempre reaccionan los hombres así contigo? —le preguntó mientras se alejaban.

—No lo hacen después de haber hablado conmigo.

—De cerca das mucho miedo —dijo Daniel riéndose.

La sala estaba atestada. Freya se había puesto tensa, pero se relajó al darse cuenta de lo fácil que resultaría ocultarse de alguien a quien no deseara ver. Disminuyó su temor a encontrarse con el profesor Jameson y su mujer.

—Hay un guardarropa en la habitación de al lado. ¿Te llevo el chal? Vuelvo enseguida.

La mansión era muy hermosa. Lord y lady Harrold la habían decorado con flores blancas.

—¿Todo bien?

Freya se dio la vuelta al oír la voz de Daniel.

—Sí. Estoy bien.

—¿Entramos?

—¿Dónde está lady Harrold? —preguntó Freya mientras se adentraban en la multitud.

—Hablando con el alcalde y su esposa —Daniel señaló a una mujer de pelo gris que llevaba un sencillo vestido de terciopelo—. A quien no veo es a su marido —detuvo a una de las camareras que pasaban con bandejas y agarró una copa de vino blanco—. ¿Tinto o blanco?

—Blanco. La verdad es que me da igual.

Al darle la copa, Daniel se dio cuenta de que llevaba un sencillo brazalete en la muñeca. El vestido rosa oscuro que se había puesto le sentaba como un guante. No tenía palabras para describir lo atractiva que estaba.

Freya agarró un canapé de una bandeja que pasó a su lado y lo

mordió.

—¿Y a quién tenemos aquí? —El alcalde se interpuso entre ambos—. Creo que no nos han presentado.

Freya alzó la otra mitad del canapé como si quisiera alejarlo. O, tal vez, lo que pretendía fuera demostrarle que tenía ambas manos ocupadas y no podía estrecharle la suya.

—Soy Arthur Allingham, el alcalde.

—Freya Anthony.

—¿De veras? Es usted la chica que se escapó con el músico. He oído hablar mucho de usted. ¡Simón! Esta es la chica de la que todos hablaban.

Simón, un amigo del alcalde de casi setenta años, se acercó de inmediato.

—Nos preguntábamos cuándo la conoceríamos. Conozco a sus padres.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó entre dientes una voz conocida detrás de Daniel.

—¡Sophy! —exclamó Daniel al ver a su cuñada—. No sabía si vendrías.

—Sabías perfectamente que iba a venir —lo tomó del brazo y lo separó de donde estaba Freya, rodeada por el alcalde y su amigo—. ¿Por qué la has traído?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Por qué no? —repitió Sophy casi escupiendo de indignación —. Ya te he dicho qué clase de persona es.

—No la conoces.

—La conozco mucho mejor que tú —inspiró profundamente para tratar de calmarse—. Y mira lo que lleva puesto. Es totalmente inadecuado. ¿Qué diría Anna?

—Está muerta.

Lo dijo con calma, pero sus palabras produjeron en Sophy el efecto que pretendía. Lo miró con los ojos entrecerrados.

—Así es. Pero su hija no necesita esa clase de influencias.

—¿Qué clase?

—Mírala —dijo Sophy señalando con la cabeza a Freya. Otros dos amigos del alcalde se habían unido al grupo—. Siempre ha sido así.

—¿Cómo?

—Siempre se ha portado como una ramera.

Daniel dejó la copa en una mesa cercana y se aproximó a su cuñada.

—No sé lo que pasaría entre Freya y tú cuando erais más jóvenes. Tampoco sé lo que Anna pensaba de ella. Nunca me habló de ella, lo que indica que no fue alguien importante en su juventud. Lo que sí sé es que buena parte de los chismorreos que circulan por el pueblo proceden de ti, y quiero que cesen.

Sophy sonrió. En varias ocasiones, Daniel había compadecido de todo corazón a Russell, su cuñado. La sonrisa de Sophy era malvada.

—Daniel, no hace falta que yo diga nada. Todo el mundo sabe que era la chica más fácil de nuestro curso.

Daniel apretó los puños mientras Sophy se daba la vuelta y murmuraba el nombre de Freya al pasar al lado de ésta. Ella giró la cabeza para ver quién la llamaba. Daniel sintió la urgente necesidad de protegerla. Le pasaba con mucha frecuencia, aunque era indudable que ella era capaz de cuidarse sola.

—Perdóneme, señor alcalde. Tengo que hablar con mi pareja.

—Salvada —dijo Freya uno segundos después al tiempo que lo miraba con ojos risueños.

—¿Por qué Sophy te odia tanto?

Freya cambió de expresión. Sus ojos se volvieron precavidos, como si esperara que le fuera a hacer daño.

—¿No es a ella a quien se lo deberías preguntar? —Tomó un trago de vino.

—Te lo pregunto a ti.

—Sinceramente, no lo sé. Yo gustaba a los chicos, y creo que estaba celosa —buscó a Sophia con la mirada—. Estoy segura de que comenzó a sembrar rumores sobre mí, y arraigaron. No eran ciertos, pero ¿eso qué importa cuando se trata de rumores? Y ya te he dicho que me esforzaba en no caer bien a los demás. En cierto modo, creo que me gustaba tener esa reputación porque mis padres la detestaban.

—Pero es verdad que te escapaste con un chico.

Por primera vez, la ira brilló en los ojos de Freya. Daniel habría retirado la pregunta si hubiera podido, pero ansiaba saberlo. Se moría de curiosidad.

—Eso lo sabe todo el mundo. Se llamaba Jack, tenía veintitrés años y tocaba la batería. Representaba todo aquello que mi padre detestaba, lo que lo hacía tremendamente atractivo. Me dijo que me quería, que era justo lo que yo deseaba oír. Creí que todo iría bien si nos marchábamos de Fellingham. Jack tenía conocidos que podían alojamos, pero lo que no me dijo fue que estaban ocupando ilegalmente una casa en el sur de Londres. Pensé que íbamos a fundar un hogar, quizá a tener un hijo, a construir un futuro juntos. Pero Jack quería divertirse. Y cuando dejé de interesarle, enseguida se buscó a otra. ¿Era eso lo que querías saber?

—Freya…

—No te acerques —le dijo levantando la mano—. Ha sido idea tuya. Sabes que yo no quería contarte nada de esto, y mucho menos tener que darte explicaciones aquí.

—Es la hermana de Anna.

—Exacto —lo miró con desprecio—. Así que hay que creerse todo lo que dice, ¿verdad? —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Daniel pensó que, si Sophy pretendía causarles problemas, lo había conseguido. Maldijo en voz baja y fue a buscar a Freya. No la vio, así que salió al vestíbulo y miró en todos los rincones. De pronto vio su vestido rosa y se dirigió hacia allí justo a tiempo de ver que un hombre alto la paraba y la besaba en las mejillas.

—Me resulta increíble encontrarte aquí.

—Soy de aquí —contestó Freya en tono apagado—. Nací en Fellingham.

—¡Vaya! Yo soy de Olban. ¿Quién es él?

—Daniel Ramsey. Daniel te presento a Ross Kestleman.

—Encantado —dijo Daniel.

—Así que te escondías aquí. He estado intentando localizarte para felicitarte por los millones que has ganado. ¿Por cuánto vendiste la empresa?

Freya dijo una cifra. Al oírla, a Daniel le comenzó a dar vueltas la cabeza.

—Verás, Ross, estaba a punto de marcharme. Te llamaré cuando vuelva a Londres.

—Estupendo —y la volvió a besar en las mejillas.

Sin mirar a Daniel, Freya se dirigió al guardarropa. De pronto se

detuvo como si se hubiera dado cuenta de lo que hacía.

—¿Me das el número para recoger el chal?

—¿Quién era? —le preguntó Daniel mientras se lo entregaba.

—Salimos durante un tiempo.

—¿Y el dinero?

—¿Hay teléfono para poder llamar a un taxi? —preguntó Freya mientras recogía el chal.

Sin decir nada, Daniel le entregó su móvil. Ella lo agarró, pero no hizo nada.

—Así que tenías una empresa —afirmó él en voz baja como si, de repente, hubiera conseguido encajar toda la información que tenía sobre ella: la ropa, el coche, sus expectativas de que las cosas se hicieran deprisa y como quería…

—Y la he vendido.

—¿Por qué?

—Porque me aburría —contestó sin pensar lo que decía.

—Y ahora tienes millones.

—¿No es gracioso? A la chica que no acabó los estudios le ha ido muy bien.

Daniel no le veía la gracia. Ella tenía dinero suficiente como para poder hacer lo que deseara: viajar todo lo que quisiera, alojarse en los mejores hoteles, crear otra empresa o invertir el dinero y no hacer nada durante el resto de su vida. Por tanto, ¿qué demonios podía ofrecerle él para que la idea de compartir sus vidas le resultara atractiva? La respuesta estaba clarísima: nada en absoluto.

Capítulo 11

Freya seguía con el teléfono de Daniel en la mano. Debería habérselo dicho. Al ver su expresión, deseó haberlo hecho.

—Te dije que había dejado de trabajar —dijo a la defensiva—. Y nunca me has preguntado en qué trabajaba.

—¿Había alguna razón para que no me lo dijeras?

Le había hecho daño. Todo su cuerpo lo demostraba.

Y sus ojos la miraban de una manera desgarradora.

—A casi todos los hombres que conozco les interesa más mi dinero que yo.

—¿Y creíste que yo sería igual?

—No te conocía. Cuando nos conocimos creía que estabas casado. Sigues llevando el anillo.

—¿Y después? —Daniel miró la alianza de oro que llevaba en la mano izquierda.

—Creí que carecía de importancia —sonó el teléfono y, sin decir nada, se lo dio a Daniel. Todo se había estropeado, como sabía que pasaría en cuanto dejaran que los demás entraran en su mundo. Observó a Daniel, que se esforzaba en entender lo que oía.

—Era la canguro. Mia se ha marchado —dijo en tono apagado. Llamó a un taxi para que fuera a buscarlos lo antes posible—. El taxi llegará dentro de diez minutos. No sé dónde está. Lo único que puedo hacer es sentarme en casa a esperarla.

—¿Dijo algo sobre la fiesta? ¿Quién la celebraba?

—Unos amigos de Steve.

—Algo es algo. Steve vive en Wentworth, ¿verdad? Pues empecemos por ahí. Si hay una fiesta en alguna de las casas, lo averiguaremos con facilidad. Vamos a esperar el taxi a la puerta.

—Voy a matarla.

—Tendrás que esperar a encontrarla. ¿Has tratado de llamarla al móvil?

Daniel lanzó una maldición e hizo la llamada.

—Está apagado.

El taxi llegó antes de lo esperado. Daniel abrió la puerta casi antes de que el conductor se hubiera detenido.

—Voy a ir a casa a recoger el coche. Solo me he bebido media

copa de vino, así que puedo conducir. ¿Quieres que antes te deje en casa de Margaret?

—Preferiría ir contigo, si no te importa —deseaba acariciarlo, consolarlo, pero no podía. Era como si un cristal se interpusiera entre ambos—. Ya pago yo —dijo cuando el taxi llegó a casa de Daniel—. Ve a por las llaves del coche.

Daniel tardó unos segundos en volver. Tenía el motor en marcha cuando ella se montó.

La urbanización Wentworth tenía un aspecto de abandono mayor del que Freya recordaba.

—Espera un momento —dijo de repente—. Vamos a preguntar en la tienda donde venden periódicos y chucherías. Suelen saber si se celebra algo.

A medida que se aproximaban se dieron cuenta de que la tienda había cerrado. Daniel dio la vuelta y deshizo el camino andado.

—Reduce la velocidad —dijo Freya al ver a alguien a quien creyó reconocer. Bajó la ventanilla—. ¿Muriel?

—¿Freya? ¿Eres tú?

La madre de Jack no había cambiado mucho en doce años.

—¿Sabes si se celebra alguna fiesta esta noche? Estamos buscando a una chica de quince años que no debería estar allí.

—Hay una en casa de los Farman. El viejo Bill murió, pero sus hijos, Cari y Steve, siguen viviendo allí.

—Gracias, Muriel.

—De nada. Llámame. Me gustaría saber cómo te van las cosas.

Freya se despidió con la mano mientras Daniel arrancaba.

—¿Dónde está?

—Tenemos que volver por donde hemos venido. La forma más fácil de llegar es entrar en la urbanización por el otro lado.

—Muy bien. ¿De qué conoces a Muriel?

—Es la madre de Jack. Una gran mujer. Ha sacado adelante a siete hijos sola y sin dinero. Y cuando supo que Jack me había dejado, llamó a unos amigos para que me alojaran.

—¿No trató de convencerte de que volvieras?

—No iba a volver de ninguna manera. Gira por la primera a la derecha y sigue la carretera de circunvalación.

Daniel hizo lo que le decía y enseguida vieron la casa donde se estaba celebrando la fiesta. Había gente fuera bebiendo. A pesar del

frío, las ventanas estaban abiertas de par en par y se oía una música atronadora.

—Si está con los hermanos Farman o con alguno de sus amigos, hay que sacarla de aquí —dijo Freya mientras cerraba la puerta del coche. Solo cuando alguien le tiró del chal recordó lo que llevaba puesto. Sintió pánico durante unos segundos, pero luego recurrió a su experiencia—. ¿Está Mia? Es de mi estatura, tiene quince años y es pelirroja.

—¿Una que ha venido con Steve? —preguntó el adolescente después de beber un trago de cerveza.

—Sí —dijo Daniel, que se había puesto al lado de Freya.

—Está dentro —se dio la vuelta y la llamó a gritos.

—Gracias. Ya la buscamos nosotros —dijo Daniel con rapidez.

Se dirigieron a la puerta principal. La música seguía atronando. Freya señaló el piso de arriba y le indicó a Daniel que buscara en el de abajo. Subió corriendo las escaleras. Muchas habitaciones tenían la puerta cerrada. Alguien vomitaba en el cuarto de baño. Llamó con fuerza a la puerta del primer dormitorio mientras gritaba el nombre de Mia. Una chica apareció en el rellano de la escalera con una botella de vino en la mano.

—¿Es una chica muy joven y pelirroja? —Al ver que Freya asentía, prosiguió—: Se ha encerrado en el cuarto de baño. Sácala. Todos queremos hacer pis.

—Mia, soy Freya —dijo ante la puerta que le había indicado la chica—. Ábreme.

—¿Freya?

—Sí, soy yo. Abre la puerta. Voy a llevarte a casa.

Mia descorrió el pestillo y asomó la cara por la abertura. En cuanto vio a Freya se echó a llorar.

—Venga, cielo. Te voy a sacar de aquí.

—Quiero irme a casa.

—Ya lo sé. Tu padre está abajo buscándote —le apartó el pelo de la cara—. Vamos —la tomó de la mano y bajaron.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Te olvidas de que yo solía venir aquí —le parecía increíble. Y lo más increíble de todo era que sus padres no hubieran hecho nada para impedírselo. De no ser por Muriel, todo le habría ido mucho peor.

Al verlas, Daniel abrazó a Mia.

—Lo siento, papá. Perdóname. No sabía que esto sería así —las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Estás bien? —Se separó de ella y le examinó el rostro.

—Lo único que quiero es irme a casa. Siento haberos estropeado la noche.

—Vamos —dijo Freya mientras la agarraba del brazo—. Tampoco nos estábamos divirtiendo mucho. Me alegro de que estés bien —le dijo al tiempo que abría la puerta trasera del coche—. Siéntate al lado de tu padre.

Mia negó con la cabeza y se sentó en el asiento de atrás. Freya tomó una rápida decisión y se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y la abrazó con fuerza, al tiempo que le besaba el pelo.

—Tenéis que abrocharos el cinturón —dijo Daniel girando la cabeza.

En cuanto lo hicieron, Mia se acurrucó contra ella. Freya le acarició el pelo mientras murmuraba palabras de consuelo. Alzó la vista y vio que Daniel las miraba por el espejo retrovisor. Padre e hija habían tenido suerte esa noche. La familia Farman siempre se había caracterizado por crear problemas. No quería pensar lo que le podía haber pasado a Mia. Era mejor concentrarse en que estaba sana y salva. Pero no era de extrañar que Daniel estuviera pálido y que no dijera ni una palabra durante todo el viaje de vuelta. Al llegar, ayudó a su hija a salir del coche.

—Vamos a meterte en la cama.

Freya cerró la puerta de entrada mientras ellos subían al piso de arriba.

—¿Quieres que prepare té?

Daniel asintió, pero no estaba segura de que la hubiera oído. Se quitó los zapatos de tacón de aguja y se dirigió a la cocina sujetándose el vestido para que no arrastrara por el suelo. Aquélla había sido la casa de Anna. Su hija estaba arriba. Su marido, también. No podía hacerlo, no podía inmiscuirse en la vida de Anna.

Y lo más probable fuera que Daniel no quisiera que lo hiciera. Sabía que se sentía atraído por ella, pero no estaba segura de que eso fuera suficiente. Tendría que quererla lo bastante como para consentir que desafiara las decisiones que Anna y él habían tomado.

Y no creía que eso fuera a suceder. Esa casa, el hecho de vivir en Fellingham y la sala de subastas formaban parte de la vida de Anna.

Se puso a preparar el té sin prisas. ¿Habría elegido Anna el hervidor? ¿Los armarios? Quizá hubiera ido a comprarlos con su hermana. No se oía ruido en el piso de arriba. Daniel no bajaba. Se habría quedado con Mia, como debía ser. No lo querría tanto si no pusiera a su hija por encima de todo lo demás. Se sirvió el té y se sentó a tomárselo. La espera se le hacía interminable. Tal vez debiera haber llamado a un taxi al llegar o haberle pedido a Daniel que se desviara un poco de su camino y la dejara en casa de su abuela. Por fin, oyó sus pasos y lo vio entrar despacio en la cocina.

—El té ya está hecho. Es probable que todavía esté caliente. ¿Cómo está Mia? —le preguntó mientras él se servía una taza.

—Ahora, bien. Steve trató de convencerla de que se acostaran. Cuando Mia le dijo que no quería, la dejó para ir a buscar a otra que estuviera dispuesta.

—Está bien que le dijera que no. No debió de resultarle fácil —Freya se acabó el té—. Voy a llamar a un taxi para irme a casa. Solo quería estar segura, antes de marcharme, de que Mia estaba bien.

—Puedo llevarte.

—No, tienes que quedarte con Mia —tragó saliva—. Y creo que ya va siendo hora de que me vuelva a Londres.

Daniel se quitó la chaqueta del esmoquin. Freya había tenido la esperanza de que se negara a que se fuera.

Se sintió desgarrada de dolor, lo cual era extraño porque, en aquel momento, controlaba la situación. Ya era hora: había tomado una decisión. Daniel pasó la mano por el esmoquin para estirarlo y ella vio el anillo de casado, el anillo de Anna.

—La familia de Anna no va a aceptar que entre a formar parte de la vida de Mia. Y ella la necesita —agarró el bolso—. Y, en estos momentos, necesita que le dediques toda tu atención. Si me quedo, lo único que voy a conseguir es hacerlo todo más difícil.

—¿Eso es todo?

—Siempre hemos sabido que sería difícil —fingió una despreocupación que estaba lejos de sentir—. Y creo que ha llegado el momento de separamos, antes de que las cosas se compliquen demasiado.

—¿Te vuelves a Londres?

—Este no es mi sitio, nunca lo ha sido. Quizá, si nos hubiéramos conocido en Londres… Si no hubieras estado casado con Anna… —sonrió forzadamente—. Tengo que llamar al taxi.

—Te llevo —dijo al tiempo que agarraba las llaves del coche—. Mia está dormida.

Se había acabado. Los ojos de Freya se llenaron de lágrimas. Ella había puesto fin a la única relación hermosa que había tenido. Él no se había opuesto a su decisión ni había protestado.

—Gracias por la ayuda que me has prestado esta noche —dijo él.

—Dile a Mia que la quiero —contestó Freya intentando sonreír.

—Lo haré, desde luego.

Enseguida llegaron a casa de Margaret. Daniel detuvo el coche.

—Te llamaré.

—¡No! —ella lo miró—. Es mejor que sea una ruptura tajante. Hay cosas que debes hacer y yo te lo pondría más difícil.

Daniel tragó saliva y asintió. Freya se bajó del coche. Cuando se alejara un poco podría llorar. Antes de introducir la llave en la cerradura, Daniel ya se había marchado.

—Te voy a echar de menos —dijo Margaret mientras Freya cerraba la maleta.

—Volveré —alzó la vista y sonrió—. Después de la operación de cadera, podrías venir a pasar unos días a Londres conmigo.

—¿No ibas a viajar?

—Ya no sé si quiero hacerlo. Tengo que reflexionar.

Iba a tener que pensar sobre muchas cosas. Ponerse a vagar por el mundo sin propósito ya no la atraía, pero tampoco pasarse el día entero en un despacho ni pasarse todo el día sin hacer nada. Tal vez pudiera hacer algo por los adolescentes que se fugaban de casa.

—¿Por qué no llamas a Daniel?

—Porque no.

—¿No quieres saber cómo está Mia?

Claro que quería saberlo, pero no podía llamar. Tenía que convencerse de que, desde aquel momento, a Mia le iba a ir bien. A los dos. Y Daniel podía haber llamado si hubiera querido. Pero Daniel sabía que ella tenía razón. Y como la tenía, debía aceptar el dolor de la pérdida.

—Ya está —Freya dio un fuerte abrazo a su abuela—. No hace falta que bajes.

Margaret se levantó con dificultad y se dirigió a la ventana.

—¿Estás segura de que no habrá hielo en la carretera? El coche está cubierto de escarcha.

—Han echado sal en las carreteras principales. No me pasará nada.

Conduce con cuidado, ¿me oyes?

—Siempre lo hago —volvió a abrazarla—. Voy a quitar el hielo del coche y luego subiré a por la maleta.

Bajó las escaleras corriendo y se puso la cazadora y las botas. Se sentiría mejor cuando emprendiera el viaje. Ella era así: cuando tomaba una decisión, tenía que llevarla a cabo.

Hacía un viento helado. Freya abrió la guantera del coche para sacar una espátula y se puso a quitar el hielo de las ventanillas. Oyó que un coche se acercaba, pero no alzó la vista hasta que Daniel detuvo el vehículo detrás del suyo. Se apartó el pelo de los ojos, desconcertada.

—¿Qué haces? —le preguntó en cuanto él se bajó del coche.

—Bloquearte la salida. Creo que vamos a convertirlo en una tradición familiar. Así te será imposible no escuchar lo que tengo que decirte.

—Nos lo dijimos todo anoche.

—No. Tú dijiste lo que tenías que decir. Yo me limité a estar allí, demasiado confundido para darme cuenta de lo que pasaba. Pero esta mañana tengo cosas que decirte —se acercó a ella. Su mirada era cálida y emocionada—. Anoche dijiste muchas tonterías.

—¿Qué…?

Y la besó. Freya se quedó unos instantes paralizada del susto, pero fue solo cuestión de un momento. Sus labios eran muy persuasivos; su lengua trataba de convencerla de que le respondiera. Ella lo atrajo hacia sí y abrió la boca para él.

—Me encanta cómo sabes —dijo él mientras se separaban—. Creo que nunca tendré bastante —sus ojos transmitían una nueva energía, como si el haberla besado le hubiera proporcionado seguridad—. Si no cierras la puerta de entrada, se va a perder todo el calor de la calefacción.

—Daniel, no tengo llave.

Él se echó a reír y fue a cerrar la puerta.

—Supongo que Margaret te abrirá. Ven —le dijo mientras le

tendía la mano—. Tengo que decirte una cosa y quiero que sea en un sitio especial —y, al ver que ella vacilaba, añadió—: Más vale que me acompañes porque, si no, no vas a poder sacar el coche.

—¿Dónde está Mia?

—Te lo diré enseguida, pero está estupendamente. Ven.

Freya dejó que la tomara de la mano y la condujera a la calle Mayor.

—¿Dónde vamos?

—A St. Mark.

—¿Para qué? —Se detuvo—. ¡Daniel!

—No soportas no controlar la situación, ¿verdad? Pues vas a tener que confiar en mí.

—Mi abuela no sabrá dónde estoy.

—Creo que se lo imaginará cuando vea que mi coche bloquea la salida del tuyo. ¿Sabías que el coche que tienes me fastidia mucho?

Ella comenzó a sentirse irritada. Como si se hubiera percatado, él le apretó la mano.

—Me acabo de dar cuenta del motivo. Lo comprendí anoche, cuando pensaba en ti, en nosotros. He tardado mucho en comprender lo que Sophy ha estado haciendo. Insinuó que el coche sería una de las cosas que te llevarías al acabar una relación con un hombre y, cada vez que lo miraba, me preguntaba cómo sería él y por qué lo abandonaste.

—El coche lo he comprado yo.

—Eso me imaginaba —Daniel sonrió.

—Y fue Matt el que me dejó.

—Bueno, de eso hablaremos más tarde. Lo único que se me ocurre ahora es que fue un idiota al hacerlo y que me alegro de que lo hiciera porque, si no, nunca te habrías fijado en mí.

A Freya le pareció que acababa de entrar en una de esas películas románticas donde todo acababa como uno deseaba.

—Y Sophy no solo me contó a mí su teoría, sino que la dejó caer aquí y allá. Cuando se lo hubo dicho a un número suficiente de personas, se convirtió en un hecho. Se le da muy bien lanzar ese tipo de indirectas, ¿verdad? Consiguió con mucho tacto difundir la idea de que solo te relacionabas con hombres con dinero, y nadie se paró a pensar si sería verdad o no. Aún no he terminado —dijo cuando ella trató de intervenir—. Y si me interrumpes, voy a perder

el hilo de lo que quiero decir, porque es muy complicado —estaban llegando a la iglesia—. No me había dado cuenta de lo insidiosos que pueden resultar esa clase de comentarios. A pesar de que nunca he tenido en mucha estima la opinión de Sophy, lo que dijo de ti se me quedó grabado.

—No importa.

—Claro que importa. Es injusto. Y Sophy no tiene razón. Anoche, después de que te fueras, comencé a deshacer el enredo. Siempre he sabido que Sophy tiende a ser posesiva. Lo era incluso con Anna. Y, por extensión, lo es con Mia. Sé que lo último que ella desearía es que introdujera a otra persona en la vida de mi hija. Tú eres su peor pesadilla, aunque no sé por qué. Pero comenzó a calumniarte desde que supo que volvías al pueblo.

—Daniel —dijo Freya deteniéndose—, no se trata solo de Sophia y de lo que dice de mí. Es mucho más que eso. Se trata de Mia; y de Anna. Y de que hayas decidido vivir cerca de su familia.

—Ya lo sé. Déjame acabar.

Freya asintió: no le quedaba más remedio. Pero la verdad era que lo habría escuchado de todas maneras. Sintió que Daniel se había puesto tenso, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir a continuación. Éste empujó la puerta que conducía al cementerio que rodeaba la iglesia y la llevó hasta una lápida blanca, en la que se leía: «Anna Ramsey. Te quise y te querré siempre».

Freya leyó la inscripción, que le confirmó lo que ya sabía: que Daniel había amado a su esposa y que siempre la amaría.

—Anna era encantadora —dijo Daniel acercándose a tocar la lápida—, pero estaba dominada por su familia. Ya conoces a su padre —prosiguió sin volverse—. Tiene una personalidad muy… fuerte. Es probable que de niña fuera tan desgraciada como tú, pero se enfrentó a ello de modo distinto, tratando de agradar a todo el mundo, sobre todo a sus padres. Y su progenitor valora el éxito por encima de todo, así que Anna trató de ser la mejor y se esforzó mucho para sacar las mejores calificaciones.

Freya se mordió los labios. Se produjo un breve silencio y Daniel se dio la vuelta.

—A ti no te caía bien, ¿verdad? —le preguntó con ojos increíblemente tiernos.

—No la conocía —contestó Freya con sinceridad—. Quien no me

caía bien era Sophia. Pero detestaba que Anna ganara todos los premios y que todos dijeran que era perfecta.

—La habrías desconcertado —dijo Daniel mientras le acariciaba los labios con el pulgar—. Anna jamás habría frecuentado los lugares a los que ibas, como ése en el que encontramos a Mia ayer. Pero tampoco era como Sophia. Era una persona muy tolerante, y por eso acabamos en este pueblo. Anna no se daba cuenta de lo controladora que es Sophy. No veía doblez en las personas. Y era valiente. ¿Sabes que le dijo a Mia que siempre sería su madre, pero que esperaba que yo encontrara otra madre para ella? Mia me lo dijo anoche. Yo creía que mi hija pensaría que no respetaba la memoria de su madre si me enamoraba de otra persona. Así que seguí llevando el anillo de Anna como si eso fuera una forma de hacer que se sintiera segura —extendió la mano izquierda, en la que se veía un círculo blanco en el dedo en el que había llevado el anillo—. Mia tiene ahora los dos. Va a hacerse un colgante con ellos.

Freya no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que Daniel le secó las lágrimas con los dedos.

—No llores. No quiero verte llorar.

La abrazó con fuerza. Ella apoyó la cara en su pecho y él le besó el pelo. Al cabo de unos instantes, Daniel se separó y la miró.

—Aún no he terminado. Lo sabes, ¿verdad? —Al ver que asentía la condujo a un banco—. Anna y yo nunca hablamos de lo que sucedería cuando ya no estuviera. Vivíamos el momento. Y yo no me imaginé que querría volverme a casar.

Freya se quedó sin respiración. Le resultaba doloroso escucharlo. Estaba llena de esperanza y de miedo. ¿Quería decir que en aquel momento estaba pensando en volver a casarse?

—Fue muy doloroso. Amar a una persona y perderla carece de sentido —su voz se hizo más profunda—. Pero te conocí, y te deseé como nunca había deseado a nadie. Me dejaste anonadado: no sabía si iba o si venía. Por un lado estaba Mia y sus problemas en el instituto; por el otro, Sophy dejando caer gotas de veneno en mi oído. Decidí que tú suponías una complicación que no me podía permitir. Pero me di cuenta de que me estaba enamorando… y me sentí muy culpable.

Freya ya sabía todo aquello. Por eso tenía que marcharse. No

quería hacerle la vida más difícil.

—Estas cosas no se me dan bien, Freya. La última vez que me declaré a una mujer le dije: «Así que será mejor que nos casemos», o algo similar. Pero resulta que te quiero. Te quiero tanto que me hace daño.

Freya lo miró incrédula.

—Tengo miedo de perderte —prosiguió él con sonrisa vacilante —. Y estoy terriblemente celoso de los hombres con quien has compartido tu vida. Sé que he elegido una forma de vida que probablemente no desearás para ti. Y que no hay nada que pueda ofrecerte que no puedas comprar por ti misma. Pero —la miró a los ojos, te amo y quiero dedicar el resto de mi vida a amarte.

—¿De verdad? —Sus palabras eran un susurro ronco.

—Si tengo que cerrar la sala de subastas, lo haré. Si tengo que irme contigo a explorar Australia, también lo haré.

—¿Y Mia? —La cabeza le daba vueltas.

—Mia está de acuerdo —Daniel se puso de pie—. Ven.

Freya le dio la mano y entraron en la iglesia. Mia, que los esperaba, se levantó inmediatamente.

—¿Ha dicho que sí?

—Yo diría que su respuesta todavía está en el aire —dijo Daniel mientras soltaba la mano de Freya—. Te queremos, Freya. Queremos que seas parte de nuestras vidas y de nuestra familia.

Ella se sintió como si en ese momento comenzara a estar viva. La invadía la felicidad.

—¿De verdad quieres compartir a tu padre conmigo? —le preguntó a Mia.

Ella asintió muy seria.

—Cásate conmigo —dijo Daniel volviendo a tomarla de la mano —. Cambiaremos lo que sea preciso para que esto funcione.

Freya miró sus manos entrelazadas y luego lo miró a los ojos.

—Te quiero.

Con repentina energía, Daniel le tomó la cara entre las manos.

—¿Es eso un «sí»?

—Sí.

Freya oyó reír a Mia y después solo fue consciente de los labios de Daniel, cálidos y amorosos, en los suyos.

—¿De verdad que sí? —preguntó él mientras se separaba de

Freya para mirarla a los ojos.

—Sí —contestó ella riéndose.

—Me alegro de que esto se haya acabado —dijo Daniel mirando a su hija—. ¡Ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida! —extendió un brazo hacia Mia para que se uniera a ellos—. Vamos a casa a hacer planes.

A Freya le gustó oírle decir esas palabras. No importaba lo que decidieran con tal de que estuvieran juntos.

—¿Qué habrías hecho si ya me hubiera marchado a Londres? —preguntó Freya.

—Te habría ido a buscar —la miró, y en su mirada había un mundo que solo les pertenecía a ellos dos—. Eres mi vida. La luz tras una noche muy oscura. Te amo, y te amaré hasta que me muera.

Epílogo

—«Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul» —dijo Margaret con voz firme.

Freya acarició el largo vestido de encaje de color perla que había elegido para ponerse encima de una enagua de seda. Era sencillo, y esperaba que deslumbrante.

—El vestido es nuevo.

—Y la liga es azul —añadió Mia.

—Y me has dado tu antiguo velo —dijo Freya sonriendo a su abuela.

—Te lo he dado, así que necesitas algo prestado —respondió ésta categóricamente.

—No creo en la suerte —Freya agarró la rosa blanca que se iba a poner en el pelo—. ¿Me la pones, Mia? Gracias —dijo después de que ésta se la colocara en el centro del velo—. ¿Qué tal estoy?

—Preciosa.

—Necesitas algo prestado.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Mia, tras unos instantes de vacilación, mientras alzaba el colgante que se había hecho con los anillos de boda de sus padres. Era muy bonito y delicado.

—¿Me lo prestarías?

Mia se lo desabrochó y se lo dio. A Freya se le llenaron los ojos de lágrimas y la abrazó con fuerza.

—Te quiero.

Mia se echó a reír.

—Es lo que tienes que hacer. Eres mi madre.

—No vayáis a poneros a llorar las dos —dijo Margaret mientras se levantaba de la silla— porque se os correrá el rímel. Creo que llega mi coche.

Freya agarró el ramo de rosas blancas y ayudó a su abuela a salir.

—Deberías ponerte una moneda de un penique en el zapato —dijo Margaret a modo de despedida—. Trae riqueza.

Freya se quedó mirando el coche de la anciana mientras se alejaba hacia St. Mark. Mia, que estaba mirando en dirección contraria, se echó a reír.

—Papá me dijo que lo haría.

Freya se volvió y vio que un carruaje tirado por un hermoso caballo doblaba la esquina. Las lágrimas que había logrado controlar un poco antes se le derramaron por las mejillas.

—¿Cuándo lo ha hecho?

—La semana pasada. Me dijo que soñabas con ello cuando tenías mi edad. Tienes que reconocer que es una idea estupenda.

Freya agarró la mano que le tendía el hombre que había descendido del carruaje para ayudarla a subir.

—¿Y si hubiera llovido?

El hombre ayudó a Mia a sentarse al lado de Freya.

—Si llueve, traen otra clase de carruaje. ¡Qué alto es éste! —se puso el ramo de Freya en el regazo—. ¿Te gustaría que tu padre te acompañara al altar?

—Prefiero estar contigo —Freya le apretó la mano—. Y probablemente soy demasiado mayor para que mi padre me entregue a mi futuro marido.

—¡Tonterías! —Mia se echó a reír.

—El señor Ramsey me ha pedido que le dé esto —dijo el conductor mientras le entregaba a Freya una rosa roja.

Ella la agarró y desenrolló el papel que envolvía el tallo.

—¿Qué dice?

—«¡Date prisa!» —leyó Freya.

El carruaje se lanzó hacia delante y Freya volvió a tener la sensación de estar en una película. Incluso había salido el sol, después de días de lluvia, para contribuir a su felicidad. Aspiró el aroma a limpio frescor de un día de verano inglés.

La iglesia de St. Mark estaba tan hermosa como siempre. Freya no sabía si Daniel preferiría casarse en otro sitio que careciera de recuerdos tristes, pero él había dicho que también tenía recuerdos alegres.

Sonrió e introdujo la rosa roja en el ramo antes de que el conductor la ayudara a bajar.

—No debes hacer eso —objetó Mia mientras señalaba la rosa roja—. Estropea el ramo.

—Es romántico.

Mia no parecía muy convencida, pero no replicó.

—¿Estás lista?

Freya asintió.

—Entonces, vamos a buscar a papá.

La enorme puerta estaba abierta, y Freya entró en la iglesia. Estaba repleta de flores; el aroma era embriagador. El viejo órgano comenzó a sonar, pero ella solo era consciente de la presencia de Daniel. Ni siquiera prestó atención a la complicada organización de los asientos que habían llevado a cabo sus padres. Únicamente miró a Daniel: alto, moreno y guapo, como debían ser los héroes.

Él se volvió a mirarla avanzar por la nave. Le guiñó un ojo antes de darle la mano.

—Cuánto has tardado —susurró.

—¿Creías que no vendría?

—Por eso insistí en que Mia viniera contigo.

—Ah.

La condujo al altar y le susurró al oído antes de que comenzara la ceremonia:

—Te quiero. Que se cumplan todos tus deseos.

En ese momento, Freya no supo si le quedaba algún deseo que no se hubiera hecho realidad.

Fin